

quistaron ese puesto. Y en ninguno de ellos, a excepción de los párvulos muertos antes del uso de la razón, falta el signo de la contradicción del mundo a su virtud y a su misión. Este signo de martirio, cruento o incruento, no falta en ninguno de ellos porque el mundo odia, persigue y escarnece a quien es de Dios.

Así como el rojo le sirve a un toro enfurecido de incitación, así también para los envidiosos y malvados hace de incitación el fulgor de la caridad que se desprende de los amados del Señor y contra ella arremete para abatirla y destruirla. No puede. Cada derrota hace que aumente en potencia y ésta es tal que, como reza el Introito: “los enemigos vacilan y caen”. Déjalos caer sin rencor y sin gozarte de su caída. Déjalos caer sin que te distraiga el estruendo de la misma. Escucha a Dios y a sus voces sin temblar en tu corazón.

Ruega tan sólo. Pídele al Señor que el curso del mundo discurra tranquilamente conforme a sus disposiciones y que la Iglesia goce de una tranquila devoción. Y entiende lo que esto quiere decir.

El mundo, según el común sentir, no goza de tranquilidad. Desventuras y calamidades de todo género lo agitan y atormentan. Mas todo esto sucede por quererlo así los hombres. El mundo en sí, el planeta Tierra va describiendo tranquilamente el curso que le marcó la voluntad del Creador. Como astro que completa su trayectoria en el firmamento, el planeta que lleva por nombre Tierra, desde hace decenas de millares de años sigue el curso iniciado con su creación y que habrá de terminar con la disgregación cuando, en el tiempo marcado, llegue su fin.

Mas como en su infancia fue amenazado de destrucción porque la corrupción de los hombres hizo que el Creador se arrepintiese de haberlo creado, así, en esta su edad en la que la corrupción rebasa toda medida — y se da lo mismo en los palacios que en los tugurios, sin que los lugares sagrados se vean exentos de contaminaciones corruptas, habiéndose extinguido el amor dando paso al odio sin razón alguna nacional, sino al odio por el odio, al odio contra la humanidad y, por tanto, contra sí mismos, siendo los hombres, a la vez, suicidas, homicidas y deicidas, alzando su mano armada de odio, de impiedad y de satánicos descubrimientos contra Dios en sus criaturas, contra Dios en Sí mismo, contra ellos mismos y contra todo —, ¿no puede este continuo pecar contra la caridad y este hervir satánico de soberbias en muchos, en demasiados hombres y por todos los motivos, provocar un “Fiat” divino que corte el curso del mundo y provoque su desintegración con horribles convulsiones por las que los hombres, locos de terror — por guerras, hambres, estragos de epidemias y terremotos, ciclones, inundaciones, granizos, fuegos, pestilencias, invasiones de animales dañinos y creación de máquinas y venenos mortíferos en un apocalíptico sucederse de castigos — los hombres, ciegos en su vista por las tinieblas y en su corazón por el terror y el ateísmo, vayan a la muerte y después al tremendo Juicio antes de la hora?

Recordad todos que si las plegarias de los justos y de la “Toda llena de Gracia” aceleraron en años la venida de Cristo, lo cual fue una gracia insigne, este acelerar los tiempos del fin del mundo con las culpas sin número será la mayor desgracia que la Humanidad habrá de sufrir, ya que será la ira de Dios la que la habrá de herir.

Rogad, pues, vosotros, los buenos, para que el mundo muera cuando está marcado su fin. Rogad para que Dios no mande a los ejecutores de su justicia a castigarlo como hizo con Lucifer y con Adán. Porque los decretos de Dios son eternos, es verdad, mas pueden mudar cuando su Justicia y el propio Honor imponen al Amor hacerles recordar a las criaturas que sólo hay un Dios y que nadie hay más grande que El.

Esto por lo que hace al mundo.

Y en cuanto a la Iglesia, ¿sabes, alma mía, cuáles son los “goces de una tranquila devoción?”. Los que se derivan de un exacto conocimiento, de una justa aplicación, de una santa voluntad, de la Fe, del Evangelio y de la caridad.

Un exacto conocimiento de la Fe y una justa aplicación del Evangelio, en los que, llevados a la perfección, radica toda la religión antigua fundida con la cristiana, impiden la creación de herejías y de sectas, de exaltaciones o tibiezas culpables, y una santa voluntad de amor destruye con su fuego las plantas venenosas de las herejías y de las sectas.

El amor, siempre es el amor el que salva y conserva. No es la exaltación fanática ni el rigor paralizante sino el ser cristianos como Cristo lo quiso. Y esto, lo mismo en la Iglesia en todas sus jerarquías como en los fieles de cualquier condición. Entonces, de una Iglesia militante verdaderamente cristiana en todos sus miembros, nutrida de Cristo al modo como el árbol se nutre del meollo y por él impulsa la savia hasta la última hojita del follaje más alto, vendrá el gozo de la tranquila devoción, exenta de fiebres mezcladas de un misticismo estéril y de oscurecimientos que hace que las tinieblas lleguen a envolver la Luz, ocasionando sacudidas perjudiciales a los espíritus que no son todos de adultos sino, en su mayor parte, de débiles niños espirituales necesitados de un gozo tranquilo para crecer en el Señor, de una fe constante y de una ardiente caridad que les envuelva y corrobore para protegerles de las insidias del Adversario, del mundo y de la carne.

Tú, hija de la Iglesia, ruega, ruega siempre por ésta tu Madre; ruega por los hermanos que, lo mismo que tú, son hijos de la Iglesia, hijos pródigos tal vez o quién sabe si separados o extraviados, para que estén con la Madre y Esta no tenga sino la caridad de Cristo con el rebaño fiel y las ovejitas descarriadas a las que, materna, materna, santa y perfecta como su Cabeza: Jesús Señor Nuestro, las llame, exhorte, conforte y sostenga.

Y ahora vamos a leer a Pablo que te conforta con una palabra santa. Acéptala porque es verdad. Pablo la dijo cuando aún estaba en la Tierra, si bien ahora desciende de los Cielos confirmada con la aprobación de Aquél que padeció más que nadie y que ahora, divinamente glorioso, muestra en su Cuerpo las señales de haber padecido y que, por eso, es glorioso como Hombre además de como Dios. “Yo tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no guardan relación con la gloria futura que se ha de manifestar en nosotros”.

Así es. Muchos son, en verdad, los padecimientos de los verdaderos hijos del Dios verdadero; mas superior, sin medida, la gloria futura que poseerán en el Cielo.

El Verbo era Dios. Por eso era infinita su gloria como Dios. Ahora bien, El era gloria para Sí mismo. Hízose Hombre y padeció de un modo atroz y completo en el tiempo. Después subió al Cielo y a su gloria infinita unió la gloria de todos los salvados. Por eso cada uno de los santos es un aumento de gloria que el Verbo obtuvo para Sí al padecer en el tiempo. ¿Qué serían los Cielos de no haber El padecido? La gloria estática de Dios habríales colmado, es cierto; mas no habrían resonado en ellos los hosannas de los mil y diez mil bienaventurados, de los ciento cuarenta y cuatro mil de todas las tribus, ni habrían escuchado el cántico nuevo con fondo de un sonido semejante al de muchas aguas y al zumbido del trueno, semejante también a un concierto de arpistas que tañen sus instrumentos; ese cántico nuevo de los vírgenes que siguen al Cordero a dondequiera que va, llevando sobre la frente su Nombre y el del Padre, el cántico que sólo aquéllos que fueron rescatados de la Tierra para el Cordero y para Dios, pueden cantar.

Toda esta gloria es la que se multiplica en torno a la del Verbo por cada uno de los santos que llega a Cristo al haber Este padecido en el tiempo; y lo que era refulgió por sus padecimientos y después refulgió eternamente en El y en su Cuerpo glorificado a la

vez que en su Espíritu Divino.

“En efecto, la creación está aguardando con ansia la revelación de los hijos de Dios”.

Atiende bien, alma mía. ¿Qué quiere decir esta frase? ¿De qué revelación habla? Te habló una vez de las dos ramas de la Humanidad: la rama de los hijos de la libre y la rama de los hijos de la esclava. Mira, aquella explicación te ayuda a entender esta frase.

La creación está aguardando a conocer los hijos de Dios para distinguirlos de los hijos del pecado. ¿Cuándo los conocerá? Cuando, una vez finalizado el tiempo, todos los hombres se hayan presentado a la imponente revista, siendo apartados, conforme a justicia, los hijos de Dios de los hijos del pecado.

Por ahora es una labor continua e incesante la de llegar a esta revelación. Cada una de las criaturas la debe realizar en sí misma y el conjunto de todas las criaturas, con el conocimiento de la labor de cada una de ellas, proporcionará la revelación de los hijos de Dios haciendo que se distingan de aquellos que no quisieron serlo.

La vida de cada uno de los individuos es como una placa de mosaico a la que cada cual es libre de darle el color que desee. Cuando lleguen a reunirse todas las vidas en la resurrección final, entonces es cuando se recompondrá el cuadro de la historia de la humanidad: a este lado de la creación, el más elegido y, por ello, el más insidiado por el Adversario que, en los primeros Padres, sometió toda la Humanidad a la vanidad con la permisión de Dios a fin de probar a sus hijos y poderles premiar con multiplicados méritos por su santidad conseguida con el propio esfuerzo y no con don alguno gratuito de Dios.

¡En qué funesto orgullo no habría llegado a caer el hombre si por una culpa, de dos maneras feliz y propicia, no hubiese sido humillado al amanecer de su existencia! Fue feliz la culpa por haber obtenido a Cristo y lo fue igualmente por haber mortificado al hombre antes de que siglos de inmunidad le hubiesen hecho tan orgulloso como a Lucifer que, al verse sin culpa, se creyó semejante a Dios.

Providencial fue también éste caer de la Humanidad, éste su morder el fango para recordarle que es fango animado por Dios; fango únicamente por sí sola; mas, por voluntad de Dios: espíritu en un fango que ha de santificar dándole la impronta y la semejanza con el Desconocido, el Perfecto, el Espíritu y el Eterno. Y providencial asimismo, éste haber caído al comienzo de sus días para así poder contar con un largo período de expiación y rehabilitarse durante toda la vida, tornar al Cielo desde el abismo y, mediante la buena voluntad, con la ayuda del Salvador, con la batalla entablada contra la Tentación, con la fortaleza que rompe las cadenas de la concupiscencia, con la Fe, la Esperanza y la Caridad, con la Humanidad santa y la santa Obediencia, volver a llegar a ser merecidamente gloriosos y libres con la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

Con harta frecuencia maldice el hombre el primer pecado y blasfema de Dios cual si fuese un Señor imprudente que puso al Hombre ante una tentación más fuerte que él. Mas ¿qué habría ocurrido si el hombre, en lugar de ceder a la tentación que le inducía a creer que, comiendo el fruto prohibido, llegaría a ser semejante a Dios, hubiese llegado, sin mediar tentador alguno, a creerse Dios por verse sin pecado, sin dolor y sin muerte?

En tal caso, ya no habría habido redención, puesto que el hombre hubiera llegado a ser un nuevo Lucifer o más bien una innúmero legión de luciferes, ya que, con el decurso de los siglos, la Humanidad iría aumentando con todos los procreados y entonces, no un hombre y una mujer, sino que todos habrían pecado por esta herejía sacrílega y la raza humana habría perecido *toda* en un castigo infernal.

El Creador amó a la criatura más bella de la creación, a aquella cuya alma despedía fulgores celestiales, y la quiso hasta el punto de que pudiera ser salvada todavía. Y bien, ¿puede acaso el hombre dudar de que Dios no habría podido impedir que Satanás entrase en el Edén? No, no pensáis así. Mas habéis de creer que el acto de Dios fue bueno como todos los suyos y causa de otro acto infinitamente bueno, como fue el de la Encarnación del Verbo para la salvación de los hombres.

“Sabemos nosotros que, hasta el presente, todas las criaturas suspiran y se hallan en dolores de parto”.

En efecto, cada una de ellas debe darse a luz a sí misma, y ésta es la eterna, la que nace para el Cielo o para el Infierno en el momento en que la primera muerte arranca al alma y la respiración, sobreviniendo la primera llamada ante Aquél a quien no se le puede engañar. Por la materia, como el fruto por la flor — por la materia a la que los Sacramentos le ayudan a que sea (en vez de cadena, obstáculo, peso para la santificación, para el nacimiento, para la Vida del hijo inmortal de Dios, para el feliz habitante ciudadano del Cielo) instrumento de santificación con su mantenerse sujeta al espíritu, al espíritu del justo, del obediente y humilde a Dios y a su Ley —, por la materia como el fruto por la flor, he aquí que será dado a luz, con dolores de toda la vida, con peso de gestación durante toda la vida, el hijo de Dios, hermano de Cristo y copartícipe, por divina promesa, de la divinidad.

“Vosotros sois dioses” aparece consignado en la Escritura y en las cartas de Pablo. Ni tampoco negó Jesús que el hombre, al hacerse santo con un esfuerzo constante hacia la perfección, no llegue a ser semejante a Dios su Padre en la proporción de hijo al Padre y de espíritu creado al Espíritu Santísimo Increado.

Mas para alcanzar esta glorificación es preciso suspirar y sufrir con paciencia y esperanza, con fe y amor, igual que una madre que durante largos meses sufre y espera, yendo voluntariosa al encuentro del dolor a trueque de dar a luz a su criatura.

¿Ya véis qué bueno es Dios? Concede a la materia el procrear cual si fuesen pequeños creadores. Mas a todos los espíritus les concede el que puedan recrearse a sí mismos, ya que el alma donada por Dios puede recrearse y superrecrearse a sí misma alcanzando la dignidad excelsa de hijos de Dios y copartícipes de la gloria eterna del Padre.

“Y no sólo ellas sino que también nosotros poseemos las primicias del Espíritu, pues también nosotros suspiramos dentro de nosotros mismos esperando la adopción de hijos de Dios y la redención de nuestro cuerpo en Jesucristo Señor Nuestro”.

El poseer dones extraordinarios no excluye del deber de sufrir para recrearse con destino al Cielo, antes, en proporción del gozo que del Cielo os viene, debéis saber sufrir para llegar cada vez a más altos grados de perfección espiritual. Y contar con la “Palabra de Dios” ¿no es acaso, alma mía, poseer las primicias del Espíritu? Por eso, proporcionada a esta gracia debe ser tu fortaleza. Camina, desde tu seguro refugio, prendida de la mano de tu Padre que te conforta en tu tribulación y te da sus consuelos para compensarte de los que te niegan los hombres. Mantente en la Luz a fin de que tus ojos permanezcan iluminados y nunca te adormezcas en la muerte espiritual para que tu enemigo jamás pueda decir de ti: “¡Ya la venci!”. Piensa que debes estar alerta y ser justa, luminosa y sapiente, tanto para tu alma como para la Obra de Dios a la que una defección tuya, aunque leve, devaluaría. Sé santa para complacer a Dios, dar paz y vida eterna a tu alma y no rebajar el don de Dios. Piensa que con ello contribuirías al juego de los enemigos. Corona tu frente de espinas, mantente firme en la flagelación y camina bajo el

peso de la cruz. Haz que quienes te atormentan tengan que decir un día lo que los crucifijos de Cristo sobre el Calvario: "Era un espíritu justo" y se golpeen el pecho diciendo: "Los sufrimientos que la hemos inflingido pesan sobre nuestra conciencia y claman a Dios porque hemos atropellado a una inocente que servía a Dios. Por eso es a Dios al que hemos combatido".

Ven, ven, alma mía, alma cada vez más amada. Ven, descansa sobre el seno de quien no traiciona a sus hijos. Descansa sobre quien se te ha dado por padre.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

---

<sup>1</sup> Se refiere al P. General que prohibió se siguiera trayéndome la Santa Comunión: como así lo anota a lápiz María Valtorta en una copia mecanografiada. Con todo, nunca le faltó el consuelo y el sostén del Santísimo Sacramento, ya que un sacerdote de la misma Orden (de los Siervos de María), con prudente valentía, se ingenió para que la Enferma pudiese comulgar *todos los días*. El Padre General aludido es el P. Alfonso M. Benetti, O.S.M.

---

14/7/46  
Domingo 5.º después de Pentecostés

*Dice Azarías:*

«También es toda para ti esta explicación a fin de consolarte en esta hora de dolor.

“Escucha, Señor, la voz de mi súplica; sé mi auxilio, no me abandones, no me desprecies, ¡oh Dios, Salvador mío! El Señor es mi luz y mi salvación. ¿A qué temeré?”, dice el Introito.

Mi explicación versa siempre, en gran parte, sobre el Introito por ser éste la nota dominante de cada una de las Santas Misas. Tras él prosigue el canto litúrgico, se desenvuelve y sube cada vez más alto, si bien la nota inicial perdura en todas sus partes. Aquí la nota es de confianza en los divinos auxilios, esos auxilios de los que todos se encuentran necesitados y, en especial, tú, alma mía, que únicamente cuentas con Dios para ayudarte en esta hora. Pero confía, puesto que una sola mirada de Dios puede más que todas las fuerzas perversas de los hombres juntas.

¿Cómo puedes pretender tú, pobre criatura, doblegar a los hombres cuando éstos resisten hasta al mismo Señor? Tus palabras y tus pruebas, tras rebotar en el bloque durísimo de su voluntad que te es contraria, caen sin haber dejado huella alguna en su superficie inmutable a cada intento tuyo de penetración. Sólo un querer divino puede penetrarlos como el rayo destruye cuanto hiera. Y el rayo divino es el más fuerte de todos, no habiendo nada que se le resista. Más tú no desees para ellos otros rayos que los del amor, pues también éste es rayo, pero que no destruye antes edifica, transforma, moldea, vuelve buenos a quienes no lo son, hace de los perseguidores sustentadores y, sobre todo, impide la ruina de sus almas.

Ofrecerte por la salvación de las almas y para que el Reino de Cristo, esto es, el amor, se instaure en ellos, éste debe ser para ti, víctima, el objetivo principal de todos tus actos. Ellos duros, tú dulce; ellos enemigos, tú hermana; ellos prontos a herirte y tú a acariciarles. Hasta ahora te has mostrado heroica en este amor contrario al odio, en esta paciencia opuesta a su obstinación de querer deshacer lo que Dios quiere y tú pretendes en nombre de Dios. Ellos han alzado su mano espiritualmente para crucificar tu espíritu. Pues bien, imita al cordero que besa la mano del que le degüella y al Cordero Divino que, lleno de mansedumbre, no se sustrae de las manos de sus perseguidores, antes fuerza al amor a rogar por ellos en sus últimas palabras.

Obra así. Y si ni aún con esto logras ablandarlos y mueres aniquilada ante su muro impenetrable, no temas. Hay justicia en el Cielo. Y justicia habrá para la llama que se apagó dando luz y calor hasta el último extremo, como también la habrá para quienes permanecieron helados y oscuros ante su oscilar amoroso. Confíate a Dios y suplicale tan sólo que no te abandone ni te desprecie y, después, no te preocupes de los abandonos y desprecios del mundo, pues son un honor para quien los recibe porque indican que éste no es del mundo sino de Dios.

¿Oyes la Oración? “Oh Dios que tienes aparejados bienes invisibles para quienes te aman”.

Tú le amas y más que a ti misma. Todo lo que no sea gloria de Dios no te mueve el deseo de poseerlo. Únicamente esta gloria. Cuanto Dios te concedió se lo entregaste para su gloria. Recuerda, para tu consuelo, el episodio del joven rico que le pregunta al Maestro: “¿Qué debo hacer para poseer la vida eterna?”. Y Jesús le contesta: “Tú ya sabes los mandamientos”. El le responde: “Los he observado desde mi juventud”. Y entonces le dice el Divino Maestro: “Aún te falta una cosa: vende cuanto tienes, dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el Cielo. Después ven y sígueme”.

Así pues, tras haber observado los Mandamientos desde tu juventud y vendido todos tus bienes con el sacrificio de tu salud, supremo holocausto y el más meritorio, porque, una vez ofrecido por ti — y no aceptado como los otros que Dios te pedía —, te uniste al séquito, no del Rey sino del Mártir. Tus pobres son aquellos para los que conseguiste la amistad de Dios con tu oscura inmolación. Ahora bien, si Jesús Santísimo asegura la vida eterna a quien vende su patrimonio, el suyo material, para darlo como socorro material a los pobres, ¿qué no dará a quienes se despojan hasta de la vida y con esta moneda adquieren la Vida para los que languidecen o mueren en su espíritu?

Lo diste todo y Dios te dará infinitamente. Y ya desde ahora te da infinito amor, te da el bien de su amor sensible y su palabra, anticipos todos ellos del bien inmenso que te aguarda allá arriba: el bien que será El mismo, tu Dios, que ya no se verá obligado a velarse a Sí mismo para adecuarse a la capacidad de la criatura de soportar su presencia.

“Infunde en los corazones los sentimientos de tu amor”.

¡Oh! Y ¿de qué vives tú, despojada como estás de todo y de todo privada, sino de su Pan, sino de estos sentimientos de amor divino? Mira a tus hermanos: ¿en quiénes y en cuántos ves que se dé la pingüe medida que Dios te da a ti de Sí mismo?

“A fin de que, amándote en todo y sobre todo”.

El amor hace trueque con el amor, en él todo sacrificio es posible y con él “se consiguen las cosas que Dios tiene prometidas, las cuales superan todo deseo”.

¡Son superiores a todo deseo! Verdaderamente, ¿qué criatura, por muy subido que

sea su conocimiento del Bien, puede llegar con el deseo de su pensamiento a las lindes, aunque sólo sea a las lindes de lo que es el premio que le aguarda en el Cielo? Y allá, no en las lindes sino adentro, en la beatitud perfecta, se verá inmerso el espíritu de los que, habiendo amado a Dios en todo y sobre todo, habrán conseguido la posesión de Dios: aquí exhausta y allí nutrida; aquí castigada por las criaturas y allí premiada por el Criador.

Olvídate del tiempo y de los hombres. Mira a la eternidad y al Eterno. No está aquí tu sitio. Te encuentras en la Tierra como peregrino en una posada en la que los asalariados te sirven mal o se niegan a servirte. Mas en la Casa del Padre ya no conocerás las desatenciones de ahora. No te aflijas, por tanto, de lo que al presente sufres sino piensa que cada día que pasa te va acercando a aquel lugar celestial en el que el Padre y los hermanos te amarán como se ama en el Cielo donde tan sólo hay perfección y, entre tanto, aumenta cada vez más tu perfección recordando la Palabra de Jesús Señor Nuestro: "Sed perfectos como lo es mi Padre".

¿Cómo se llega a esta perfección? ¡Oh!, siempre a través del amor. No enseñó otro medio vuestro Maestro Santísimo ni tampoco su primer Vicario el Bendito Pedro. "Manteneos todos concordes, compasivos, amantes de los hermanos, misericordiosos, modestos y humildes". ¿No son acaso amor estas variadas manifestaciones de virtudes cristianas? Amor a los hermanos en las cuatro primeras y amor a Dios en las dos últimas, reconociendo que si por un acto de su bondad os hace ser algo más que los demás, esto es un don de Dios y, por tanto, en dicha elección habéis de ser siempre más modestos y más humildes a fin de que la elección no se cambie a ruina ni a falsa santidad capaz de engañar a los hombres aunque no al Señor; santidad hipócrita de la que se os llamará a justificaros ante el Juez y por la que seréis castigados.

De estas primeras virtudes pasa Pedro a otra más difícil: la del perdón. El perdón de las ofensas es la prueba de vuestra caridad y de vuestra unión con el Verbo. "Ya que si tan sólo amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Amad a los que os odian y presentad la otra mejilla a quien os abofetea". Así dijo Nuestro Señor Jesús porque os quiere salvar. Y si a quien lanzaba un insulto contra su semejante el Sanedrín le condenaba y a quien le ofendía se le prometía el fuego de la Gehena —y esto cuando el Amor aún no había venido a amaestrar y reinar sobre la Tierra en el corazón de sus seguidores— aquel que en la Nueva Ley no sabe amar a sus enemigos ni soportar las ofensas, antes reacciona, animalidad contra animalidad, hecho una fiera pronta a las más bajas reacciones del bruto, se encontrará con un juicio mucho más severo que el del Sanedrín y con un fuego mucho más atroz cuando, despojado de la carne que le servía de coraza haciéndole más ofensivo y oscuro, se presente con su espíritu desnudo ante el Juez que enseñó el amor y redimió con él.

Pedro, eco fiel de su Maestro, repite: "No devolváis mal por mal ni maldición por maldición, sino bendecid ya que para esto fuísteis llamados: para heredar la bendición".

¡Oh, qué difícil es! ¡Comprendo lo difícil que es! En las criaturas, aún en las más espirituales, no queda anulada la carne y tiente con sobresaltos bajo el látigo de las ofensas. Mas voy a enseñarte el secreto con el que conseguir la victoria contra ese yo humano por demás azuzado con los dardos que de continuo te hieren.

Oye, alma mía: Si tú miras los dardos de las ofensas por lo que son, esto es, ofensas, no las puedes amar. Si tú consideras a quienes te los arrojan por lo que son: injustos, no les puedes amar. Mas si tú ves en los dardos de las ofensas armas de martirio y piensas, como pensaba el bienaventurado Sebastián, que cada nueva flecha era un ala más que se le concedía para su próximo vuelo; si tú las tienes por otras tantas saetas de fuego que,

consumiendo en un acelerado incendio tu carne, sirven para purificarla y para desatar la cárcel de tu alma; si tú miras a tus torturadores como a los cooperadores más valiosos en proporcionarte la corona del martirio; si piensas que Dios te ama sin limitación alguna hasta el punto de permitir que seas semejante a sus Confesores y te parezcas a su Hijo muerto por los hombres para redimirlos; si tú haces todo esto que te digo, amarás entonces las ofensas que te traspasan, las besarás como los mártires sus cadenas y amarás a quienes, abriéndote el Cielo al quitarte la vida, son, sin ellos saberlo, tus principales benefactores.

“No saben lo que hacen” en el mal. Porque si, de saberlo lo hiciesen lo mismo, ¡pobres de sus almas! Mas, nuevos judíos, creen servir a Dios y salvar al pueblo dando muerte al inocente. Pero “tampoco saben lo que hacen” en el bien, ya que te proporcionan los medios para que seas coronada tras esta última batalla, debiendo amarles por ello.

Nuestro Santísimo Señor Jesús te lo dijo ya al hablarte en una visión: “No hay hombre alguno que sea *del todo* y voluntariamente malo durante toda su vida. Por eso hay que compadecerles pensando en lo que de bueno hayan podido hacer que nosotros desconocemos”. Hazlo así, alma mía.

“Por tanto, quien desee amar la Vida y ver días felices, que refrene su lengua del mal y sus labios del hablar fraudulento; evite el mal, haga el bien, busque la paz y se esfuerce por conseguirla”.

El Bienaventurado Pedro no se refiere a la pobre vida de una hora sino a la Vida eterna y habla asimismo de los días eternos, de aquéllos que, para los “vivos” en el Señor, serán verdaderamente días felices. ¡Oh!, bien merece saber callar pues el hablar hace muchas veces que se atropelle la caridad aturdiendo al espíritu con el estrépito de las palabras propias y ajenas y, en medio del aturdimiento, puede que se recurra al engaño por ver de sobresalir en el combate con el adversario y así la disputa, en un principio justa, puede degenerar en injusta y el que tiene razón pasar a la ofensa rebasando la medida del respeto y del amor y más que nada, sufre la paz, que se altera en el corazón del otro.

Dios habita en la paz y no resulta conveniente conseguir una pobre victoria humana a trueque de perder a Dios sino antes, sofocando toda rebelión de la parte humana que se encabrita con los latigazos injustos, ceded de vuestro derecho, por justo y lícito que sea, para así hallaros en disposición de adheriros con todas vuestras fuerzas únicamente a Dios. De este modo la paz habitará en vosotros plena y luminosa como una buena amiga y maestra santa, “porque el Señor tiene sus ojos puestos sobre los justos y sus oídos atentos a sus plegarias”. Y no “sobre” vosotros sino dentro de vosotros estará Dios porque, conforme a la promesa beatífica del Verbo, los pacíficos estarán en el Padre y el Padre en ellos.

¡Tener a Dios, tener la Paz en vosotros! Nosotros, los ángeles, que sabemos lo que es ver a Dios, podemos muy bien entender qué supone para vosotros tener a Dios, el Pacífico, en vosotros. Y asimismo podemos intuir qué venga a ser la vida de aquéllos que, en un momento de reflexión, comprenden haber obrado mal y, por ello, tener fijos sobre sí la mirada airada de Dios y su severo juicio.

¡Oh alma mía! La paz, la paz, siempre en ti la paz pues te encuentras en el tabernáculo bajo la tienda de Dios. No salgas de ella por más que todos los torbellinos sacudan la tienda y embistan contra el tabernáculo para empavorecerte y los chacales y malandrines merodeen en torno tuyo por el desierto que te rodea. Quédate donde estás, pues si huyeras te perderías y si te enfrentaras te vencerían. Ten presente lo que dice Jesús de su Iglesia: “Y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella”.



Tú, encerrada como estás en el entoldado sapiencial de Dios, en el tabernáculo de su Corazón y de su Amor, te encuentras como en una Iglesia viviente “y las puertas del mal no prevalecerán”. Yo te lo digo porque mi Señor me ordena que te lo diga junto con el Bienaventurado Pedro que os asegura que nadie podrá dañar a quien es celoso del bien y tiene, con verdad, por bienaventuranza el sufrir por la justicia, recordando una vez más las palabras de su Maestro que prometió el Reino de los Cielos a quien sufre persecución por la justicia.

Y con el Apóstol y Pontífice te digo: “No temas sus amenazas ni te turbes, antes santifica en tu corazón a Cristo Señor tributándole la alabanza de su justicia y así tengan que proclamar los hombres: Verdaderamente estaba en ella Cristo viviente, el Santificador, y, por esto, ella venció a su humanidad con sus tentaciones y a cuantos la persiguieron sin razón como persiguieron a Cristo, su Esposo, Maestro y Señor”.

Bendice al Señor que te aconseja. Está siempre delante de El y ten tus ojos al Modelo Divino para ir copiándolo fielmente en ti. Apóyate en el que te ama y así nunca vacilarás. Pídele una cosa tan sólo al Señor y busca únicamente ésta: habitar en la casa de Dios bajo la tienda sapiencial que levantó para tu defensa y consuelo, en la seguridad de su vivo tabernáculo, en su Corazón, por todos los días de la vida terrena hasta el momento en que la llama, tras un postrer parpadeo, se destaque de la lámpara terrena y ascienda al Cielo, lucecita que torna a la Luz, fuego diminuto que resulta absorbido por el Fuego Divino y amor de criatura que se diviniza perdiéndose en el de Dios.

¡Gloria, Gloria, Gloria al Señor que otorga divina recompensa a sus siervos y mártires!

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

*21 de julio  
Domingo 6.º después de Pentecostés*

*Dice Azarías:*

«Dios, compadecido de la debilidad de la materia que no puede permanecer atenta y para dar consuelo a tu espíritu, me manda a hablar, como se pide en el Introito, a fin de que tú no te sientas “como aquéllos que bajan a la fosa”. Y para darte seguridad de que “no morirás” sino que “vivirás en Cristo”, te propongo la meditación de la epístola de Pablo, tan poco comprendida hasta por quienes se dicen fervientes católicos.

¿Qué es, de un modo preciso, el bautismo? Los más responderán: “Una ceremonia que se acostumbra realizar al comienzo de la vida para hacer ver que somos católicos”; otros, muy pocos dirán: “Es el Sacramento que borra el pecado original y nos devuelve la Gracia”. Habrán respondido bien, demostrando poseer un mínimo de conocimientos religiosos suficientes para vivir católicamente y poder salvarse si a dichos conocimientos va unidad la buena voluntad.

Mas serían muy pocos los que con su pensamiento fueran más allá hasta desentrañar lo que de verdad es el Bautismo, de qué está formado y cuál es su verdadera naturaleza,

oculta bajo las materias empleadas en el rito. Si pensasen muchos en la “naturaleza” del Bautismo católico y esos muchos se esforzasen en hacer entender a sus hijos y ahijados, desde su más tierna edad, dicha naturaleza, verdaderamente se despertaría, tanto en los niños como en sus padres y padrinos un profundo amor hacia Cristo, un amor tal que les apartaría del pecado, un amor tan fuerte que les llevaría a obrar santamente, correspondiendo así al don recibido en el inicio de la vida y, mediante el amor, saldar el débito contraído con Cristo, igual que, mediante el dolor, saldar el contraído con el Altísimo.

“Perdónanos nuestras deudas” pedís como El os enseñó. Mas es justo también, en la medida de lo posible, esforzarse en saldar por cuenta propia el débito contraído sin pretender que haya de ser Dios el único generoso.

Este abstenerse de pecar, este reconocimiento amoroso hacia Aquél que os devolvió la naturaleza de hijos de Dios –la coparticipación, mediante la Gracia, de la Vida, de la gloria y de la divinidad– resulta espontáneo en quien sabe contemplar el Bautismo por lo que realmente es: la inmersión en los padecimientos de Jesús, en sus lágrimas, en su Sangre, en sus humillaciones y en su muerte. Esto es lo que viene a representar la especie del agua. El Vencedor de la Muerte murió para destruir la muerte más verdadera: la del pecado. Se desangró para daros con qué blanquear vuestras almas y se dejó desgarrar el pecho para acogeros en la cavidad de su Corazón, de donde resurgís a la vida de la Gracia.

Vencedor y consumidor, El venció y se consumó. Mas es requisito indispensable que el hombre le secunde pues, de otra suerte, la sangre del Cordero gritará contra vosotros como contra los sacrílegos escarneedores y disipadores de su Sacrificio.

Si los católicos pensasen estas cosas, ya no llamarían “ceremonia” al Bautismo, sino que lo verían, no sólo como el Sacramento que devuelve la Gracia y anula la Culpa, sino también como el holocausto de Cristo que se desangró para proporcionaros el lavacro que anula el Mal y os hace partícipes del Bien, para hacer de vosotros, criaturas, semidioses, y para infundiros las virtudes necesarias para salvaros y, por tanto, para hacerlos igualmente capaces de comprender la Sabiduría, creyendo y esperando en la Misericordia.

El que nació y resucitó en la Sangre de Cristo y permanece fiel a dicha Sangre, ya no muere sino que vive en Jesucristo Salvador, habiendo vencido, como El, al mundo y a Satanás en las concupiscencias domadas.

Descansa, alma mía. Te he dicho estas pocas palabras a fin de que no tiembles por verte abandonada. Mas la caridad me prohíbe el que te exija esfuerzo alguno, siquiera sea el de atenderme. Descansa. Yo rogaré en tu lugar. Tú ofrece tus sufrimientos en coparticipación con el Santo Sacrificio de este domingo».

En efecto, yo ya no puedo más y a duras penas alcanzo a seguir las palabras angélicas...

28/7/46  
*Domingo 7.º después de Pentecostés*

*Dice Azarías:*

«También son pocas hoy las palabras que, por compasión de tus sufrimientos físicos, descienden del Cielo junto con el gozo espiritual que te compense de todos tus dolores.

El haberte llegado a persuadir, a través de esta pasión y de esta persecución que te han ocasionado, de que la Obra es ciertamente de Dios, debe hacerte mirar esta tortura — que Dios ha permitido para contrastar el metal de los corazones: el del tuyo y el de los demás, aquilatar su materia y medir sus vibraciones con el toque de lo sobrenatural — como cosa buena y en modo alguno inútil ni estéril.

En diferentes ocasiones se te llegó a explicar esto: Dios, el Padre bueno, para conseguir que no lleguen a ser tan perversas las acciones de Satanás y de los hombres, no las deja pasar sin extraer de las mismas el adecuado mérito para quien las padece.

¿Te has dado cuenta alguna vez, María, de que, por más que la maldad satánica se crea en libertad de hacer a su antojo, dueña de torturar, capaz de competir con Dios al que cree igualársele, y de mofarse y contradecir a Dios, acaba por cooperar con los designios de Dios haciendo que brillen mucho más vivamente los actos de los hijos de Dios?

¡Oh!, no hay más que un Dios al que todo le está supeditado y hasta el Adversario, que se cree semejante a El, no es sino uno más que le está sujeto y, queriendo dañarle, lo que en realidad hace es servirle porque aumenta la corte celestial, esto es, la gloria de Dios y de los santos a los que él tentó y atormentó pero que supieron resistirle y ejercitar las virtudes bajo la férula de la persecución.

Sí, los santos que, sin la intervención del Adversario habrían llegado a ser dulcemente santos únicamente por su cooperación con los dones gratuitos de Dios, por obra, en cambio, del demonio alcanzan a ser fuertemente santos, ya que durante toda su vida han de luchar contra sus insidias, tanto más fuertes cuanto más comprende él que son presas que se le van de las manos. He aquí por qué todo es providencia que secunda amorosamente un designio divino, por más que no se le alcance a la limitación humana.

¡Lo sé! Le resulta muy difícil entender esto al que se halla bajo los efectos del mordisco del dolor; mas tú, alma mía, que ya estás viviendo envuelta en el aura de paz y de beatitud que descende de los Cielos, en la luz que ilumina toda verdad, hecha a la sazón al lenguaje sapiencial que se habla en el Cielo, rebosante de felicidad con las sonrisas y miradas que te dirigimos los que te amamos para decirte lo querida que nos eres — y, a tal efecto, me atrevo a unir mi sonrisa y mirada de criatura angélica, tan inferior a Dios, a aquellas sonrisas y miradas divinamente perfectas de Dios, de tu Jesús y de nuestra gloriosa Reina — tú que, mientras las tinieblas tratan de envolverte para causarte miedo y dolor, tienes siempre fija la mirada en la Luz que te ama, comprendes esta verdad y dices conmigo: “Todo es providencia que secunda amorosamente un designio divino”.

Tú haces de continuo este acto de fe, de esperanza y de caridad porque crees en la Sapiente Bondad del Señor, porque le amas a El y a los que, al herirte, te proporcionan una corona más; y les amas con Cristo “perdonándoles porque no saben lo que hacen” y porque esperas firmemente que por este sufrimiento te dará el Señor una paz todavía más grande y duradera.

Leamos ahora a Pablo, al bienaventurado Pablo, que da una nueva versión de la utilidad del sufrimiento.

Es cosa cierta que alcanzar la santificación quiere decir sufrir, mientras que secundar la Tentación significa gozar de una manera material. Porque el camino de la santificación está sembrado de renunciaciones, de luchas y de dolor, mientras que el de la Tentación lo está de satisfacciones y de una aparente tranquilidad que es engañosa y que oculta la verdad de la desesperación futura y eterna.

Y es asimismo cierto que no hay quien alguna vez no haya cedido a la Tentación

entregándose a sí mismo con sus propios miembros — y no sólo con éstos sino también con su entendimiento que consiente y con su alma que no se opone — a las inmundicias de toda especie llamadas “pecados” que son otras tantas desobediencias a los Mandamientos de Dios y a sus santos preceptos.

Por éste su consentir en la culpa, el hombre merece castigo, tanto más grave éste cuanto lo sean las culpas. Mas no queda saldada toda la deuda debida a Dios con el Sacramento de la Penitencia que, si cancela el pecado, no así la expiación consecutiva al mismo. Pues bien, la bondad del Padre proporciona a la criatura la posibilidad de expiar en la Tierra haciendo que sirvan para la conquista del Bien eterno aquellas mismas cosas que neciamente contribuyeron al Mal, esto es: los miembros, el entendimiento y el espíritu. He aquí, por tanto, cómo, según aconseja el Apóstol, el hombre puede, con aquello que le sirvió para pecar, hacer que le sirva para la justicia y reparar su pasado mediante la conquista de la santificación.

Dulce esclavitud es ésta: la de cooperar y servir a la justicia, esclavitud santa con la que obtener la libertad sin término. Aquéllos que son servidores del mundo se ríen de ella y desprecian como necios a quienes a dicha sapiente esclavitud se someten rechazando las falsas libertades del mundo y de la carne con las que negociarían su perpetua y tremenda esclavitud para la otra vida.

Mas vosotras, almas justas, que preferís la mortificación y os abrazáis al dolor como al amigo más seguro para llegar a Dios y como al transformador más cierto del hombre animal en hombre espiritual y más adelante en espíritu regio en el Reino celestial y en hijo de Dios en la Patria de Dios, ¿qué decís cuando volvéis la vista al tiempo en que aún no estábais en este servicio del Bien? ¿Era acaso libertad *verdadera* aquélla de entonces? ¿Os proporcionaba realmente alguna utilidad? No. En los aprietos de la mortificación o del dolor tal vez, ¿por ventura no os sentís ricos y felices con dones regios que no pasarán antes se acrecentarán completos, perfectos y beatíficos cuando podáis gozar de ellos en el Cielo como espíritus capaces de gustar completamente lo que como hombres no pudisteis por la limitación de vuestras fuerzas?

“El fin de las cosas indecorosas es ciertamente la muerte” como dice Pablo. Mientras que el fin de la liberación de la esclavitud del sentido y del pecado, lo mismo que del leal servicio de Dios es la paz, la gloria, la Vida y la Posesión de Dios.

Amad, por tanto, el sufrimiento y la mortificación, como medios de expiación primero y de santificación después; y alabad al Señor que os concede el que podáis ofrecerle un sacrificio continuo, mucho más digno que el de las ofrendas en dinero o en dones como los carneros y becerros de la antigua Ley; el sacrificio de vuestra voluntad, de vuestras pasiones y de todo vuestro *yo* a la paternal providencia de Dios para que os conduzca, lo mismo que a su Hijo, hasta la muerte de Cruz a fin de ser, además de redentores vuestros, redentores de vuestros hermanos.

Sí, María: ofrece tu sacrificio por tus hermanos y compañeros. Di con tu Jesús: “Triste está mi alma”. No eres más que Jesús. El experimentó la repugnancia para el dolor y la muerte. Puedes tú experimentarla igualmente y confesarlo con humildad.

Pero prosigue: “¿Y qué diré: Padre, líbrame de esta hora?”. ¡Si precisamente para esta hora vine yo, es decir, para que, con mi sacrificio total, aumente la gloria de Dios con la conquista para El de muchas almas!

Y, con la seguridad de ser escuchada, pide que adonde tú vas ellos también estén, esto es, en Dios. La inmolación obtiene cuanto pide. Y para demostrarles tu amor a los

hermanos y compañeros, nada hay más grande que completar tu sacrificio pidiendo para ellos la Luz y el Amor con los que consigan la salvación y su gloria futura».

*4 de Agosto de 1946  
Domingo 8.º después de Pentecostés*

*Dice Azarías:*

«Entiende bien la frase del Introito correspondiente a esta Santa Misa. Por la exactitud en la traducción aparece así escrito: “En medio de tu templo hemos recibido tu misericordia”. Mas, para la debida exactitud de la idea contenida en la frase litúrgica, te sugiero que la medites modificada así: “Hemos recibido tu misericordia en medio o por medio de tu templo”.

Considera esto: ¿Quién es Cristo? ¿El Cristo real o el Cristo místico? El es el Templo de Dios. El mismo lo dijo. Y ésta su verdad se la lanzaron como una acusación y una burla al tiempo de su Pasión y hasta en sus últimos momentos: “Tú que dijiste que podías reconstruir el Templo en tres días”; y anteriormente: “Le hemos oído decir: “Puedo destruir el Templo de Dios y reedificarlo en tres días”, mintiendo vilmente porque mentir es alterar una palabra dicha por uno a fin de hacer la frase más acusatoria o cambiarla de justa en injusta, merecedora de severo juicio, como es también mentir el inventar totalmente una noticia o decir: “Yo no he hecho esto” habiéndolo hecho.

Los malvados lo hacen así porque todo les sirve para dañar, hasta la misma bondad, verdad, condescendencia y paciencia de los demás e, incluso, los milagros que ellos los saben tomar y presentar como pruebas de satanismo o de anomalías físicas o psíquicas. Y vosotras, almas predilectas, lo mismo que vosotras, voces queridas, no debéis extrañaros ni lamentaros de los comentarios y burlas de los hombres, como tampoco de su comportamiento para con vosotras que ni debéis juzgar. Pensad tan sólo que en ellos no es todo voluntad de dañarlos lo que tienen sino más bien una deficiencia u opresión tal vez del Enemigo que trabaja como puede en desvirtuar y rebajar las obras de Dios y en vengarse de sus instrumentos haciéndoles objeto de la persecución de los demás.

Es deficiencia, pues, como no todos los hombres son perfectos en sus cinco sentidos ni en sus miembros, así también no todos los espíritus son perfectos en su sensibilidad para lo divino y sobrenatural.

Y es opresión del Enemigo. De uno que se ve oprimido no se dice que es un demonio o un pecador sino que, muy frecuentemente, es propiamente un espíritu que marcha por las vías del Señor y que, por ello, es víctima del odio de Satanás, el cual, no pudiendo de otra suerte presentarlo a los ojos de los hombres como un malvado enemigo de Dios, le molesta, le aturde y oprime mientras Dios se lo permite. Fíjate que yo no hablo de posesiones ni de obsesiones sino de opresiones. El león infernal se aprovechó de un momento de decaimiento espiritual o de distracción para abatirse sobre la presa teniéndola oprimida bajo su garra; mas sin poder devorarla porque ella es un guerrero abatido pero resguardado por la coraza de sus virtudes que le podrán mantener a recaudo de los golpes por algún tiempo hasta que pueda más tarde recobrar y resurgir librándose del peso que le oprime.

Otros se ven igualmente oprimidos porque, debido a un error inicial, se adentraron

en el senda del león, es decir, cometieron un pecado, leve en su cuantía, por lo que no perdieron la gracia, mas de naturaleza tal que los tiene siempre envueltos en una red que no se rompe sino cuando ellos desandan el mal camino diciendo humildemente: "Me equivoqué". Estos, hasta tanto no se reintegran con espontánea voluntad al buen sendero, a duras penas trabajan por liberarse braceando en todos los sentidos menos en el de confesar humildemente su primer error y así se van enzarzando más y más en la red que les tendió Satanás sin que éste se molestara en asaltarles; en esa red puesta para causar despecho a Dios, al espíritu de quien en ella cayó y en aquellos a quienes su error puso en difícil situación, haciendo, en consecuencia, que resulte arduo en extremo su ministerio extraordinario.

Alma mía, nos hemos alejado del Introito. Mas el deseo de nosotros los del Cielo, es que tú seas cada vez más docta en la Ciencia de las Ciencias que es el conocimiento de los espíritus y de sus movimientos, de suerte que no puedas errar al conocerlos y juzgarlos diferenciándote de la Caridad. Así pues, nuestro deseo es tal que ponemos nuestro máximo empeño en instruirte acerca de esa Ciencia. La instrucción en ella produce bondad y misericordia porque, cuando se ha logrado desentrañar los entresijos de los ánimos, se despierta hacia sus defectos e imperfecciones la misma compasiva piedad que tienen los médicos buenos con los cuerpos enfermos o constitucionalmente débiles y deformes. El Santísimo Señor Jesús, porque conocía con su perfección de Dios el interior de los corazones, tú sabes muy bien con qué misericordiosa bondad inclinaba sobre ellos su Perfección absoluta.

Nosotros queremos en ti este completo conocimiento a fin de que produzca un mar de misericordia dulcísima en el que tú puedas purificar los ánimos de tus hermanos absolviéndoles, en lo que está de tu parte, de toda culpa y pidiendo al Dios de la misericordia que les absuelva. Recuerda siempre que tu Señor y mío te enseñó que la fuerza que consigue el perdón de Dios para un pecador es el perdón del ofendido. Es un trastrueque en la petición de la Oración de Jesús Santísimo: "Padre, perdónanos nuestras deudas como nosotros se las perdonamos a nuestros deudores" dice el Pater. Es la misericordia de un corazón que todo y a todos absuelve diciendo: "No son unos malvados sino unos infelices" y grita asimismo: "Padre, perdona a nuestros deudores puesto que nosotros ya les hemos perdonado todo".

¿No adviertes tú cómo era ésta la dulzura que sumergía en sus amarguísimos afanes el Corazón moribundo de Cristo cuando pedía el perdón para sus crucifijos y entre las tinieblas de su Hora tremenda les hacía cerrar los ojos en paz contemplando un sol en el que se hallaban los rostros de todos los *"salvados por su perdón?"*. ¿No te das cuenta tú, por el movimiento de estos días, tan llenos, tan completos y tan bendecidos por la Caridad, que tu espíritu se halla nadando en la dulzura?

Verdaderamente puedes decir tú como Ezequías: "he aquí cómo se cambia en paz mi amarguísima aflicción. Tú has librado mi alma"<sup>1</sup>. Alma mía, recuérdalo: Dios medicina todas tus heridas. Abandónate cada vez más en el Dulcísimo y así el que te ama con amor de predilección sanará todas las llagas producidas por los hombres quedando únicamente las cicatrices de las dolencias que son las perlas que resplandecerán en el Cielo.

Pero volvamos al Introito. Te decía yo: ¿Quién es Cristo: el Cristo real o el místico?

Es el Templo viviente de Dios. En El descansan la Promesa y la Ley, está depositado el Maná y resplandece la Divinidad en su Gloria Trinitaria. Este es el Cristo real. El Cristo místico, por su parte, es ese Cuerpo del que El es la cabeza y los fieles los miembros, que se llama Iglesia.

Ahora bien, ¿de dónde les viene a los hombres la misericordia? Del Templo vivo de Dios, del Verbo Encarnado que murió por los hombres en la Cruz y del Templo que es la Iglesia, a través de la cual, por medio de sus jerarquías, descienden las aguas de los siete Sacramentos a regar las almas y nutrir las con sus frutos. De aquí que resulta justo decir y entender que es por el verdadero Templo de Dios, esto es, por Jesús viviente eterno en el Cielo y viviente en su Iglesia, como los hombres han recibido y reciben la misericordia del Señor, es decir, la Gracia y el Perdón.

El reconocimiento de los espíritus hacia Jesús Santísimo, del que la Misericordia se derrama, debería ser proporcionada a la grandeza del don y a la santidad del Donante, lo que equivale a que debería ser perfecta y completa, puesto que perfecta e infinita fue la donación de Jesucristo, Dios y Hombre, para que vosotros, por su medio, tuviérais la Divina Misericordia y pudiérais subsistir en vuestro espíritu, ya que esto es lo que importa que subsista para obtener la Vida eterna.

La Sabiduría proviene de Dios, lo mismo que la Justicia, la Fortaleza y toda otra virtud que os haga capaces de vivir conforme al querer divino, y todas estas fuerzas: alimento y luz de vuestros espíritus, proceden ciertamente de Dios; por lo que resulta justo decir que por El subsistís. Mas de donde propiamente vienen es de Dios Hijo, de Jesús, en el que aparecen compendiadas las Perfecciones de los Tres Santísimos para hacer de El la obra maestra del Amor que salva, del Divino Amor Misericordioso.

Escucha a San Pablo: "No seamos deudores de la carne para vivir según la carne". Si realmente queréis *vivir*, ninguna sujeción debéis a la carne. Porque la carne es muerte cuando es reina y medio cuando es esclava. Muerte y medio ¿de quién y para quién? Del espíritu y para el espíritu.

El espíritu dominado por una carne prepotente, muere. El espíritu dominador de la carne, vive y se adorna con los méritos adquiridos y con las victorias conseguidas mediante los sufrimientos de la carne domada. Si los hombres meditasen la realeza del espíritu y qué dignidad confiere al hombre el ser uno en quien el espíritu reina, ciertamente, ningún hombre querría vivir en contradicción con su espíritu.

Oíd al Apóstol: "Aquéllos a quienes les mueve el Espíritu de Dios son hijos de Dios".

El Espíritu de Dios, como sabéis, no habita sino donde la carne se encuentra encadenada en sus apetitos animales y reina de un modo absoluto la libertad de un espíritu-rey. Entonces el Espíritu de Dios desciende a ser Maestro y Guía del espíritu del hombre y por cuanto el contacto de Dios no puede dejar como estaba lo que encuentra, he aquí que el espíritu del hombre, debido a la cohabitación en él del Espíritu de Dios, se transforma, se diviniza y toma del Padre la paternidad. Así pues, el hombre, al ser en tal grado espíritu que merece ser habitado y amaestrado por el Espíritu de Dios y conducido por El en sus diversas acciones, realiza obras y tiene pensamientos, luces y movimientos que ya no son humanos sino divinos. Es, por tanto, un pequeño dios al anularse su personalidad humana en Aquél que le posee. El siervo deja de ser siervo y es absorbido por el Dueño Eterno, viniendo, por tanto, a ser él parte de El, parte bienaventurada, heredero de los bienes paternos, coheredero con el Hijo amado del Padre y hermano de Cristo, teniendo derecho, como El, a llamar Padre al Altísimo.

A nosotros, los ángeles, no nos es dado llamar "Padre" al Eterno. A vosotros, los hombres, sí. Es Padre, realmente Padre. El lo es para vosotros, justos que recibisteis, que habéis sabido recibir en vosotros este bendito Espíritu de Dios, no para tener un nuevo motivo de temor sino, por el contrario, un nuevo motivo de confianza, de paz y de gozo, no

sintiéndoos solos en el destierro ni débiles en las pruebas, antes unidos al Cristo, hermano vuestro, que os amó hasta la muerte para daros la Vida y el Espíritu de Dios que es Sabiduría y Luz.

“Os conviene que Yo me vaya (a la muerte) porque si no voy no vendrá a vosotros el Consolador. Si me voy os lo mandaré... Y cuando venga este Espíritu de Verdad os enseñará toda Verdad”. Y más aún: “Pediré al Padre que os dé otro Consolador que se quede con vosotros para siempre: el Espíritu de Verdad que el mundo (esto es, la carne que es mundo) no puede recibir... El os enseñará todo y os recordará cuanto Yo os dije”.

¡Recordad, almas, a través de qué recibisteis el Espíritu de Dios! A través del sacrificio de Cristo. El, esta Luz beatísima, este Fuego de amor, pasó a través de los desgarros de la Carne del Cordero y, cual llama que irrumpe fuera de un horno al abrirse, brotó del Corazón lacerado del Hijo de Dios y hermano vuestro santísimo.

Sea, pues, vuestro amor a Cristo cada vez más fuerte, ya que, en verdad, todo cuanto tenéis a El se lo debéis. Y santificaos para darle gloria porque éste es vuestro deber para con El.

Descansa, alma mía, y sé cada vez más un espíritu guiado por el Espíritu de Dios. De este modo jamás errarás puesto que El conduce a través de senderos inflamados por la Caridad.

Sea dada gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

---

<sup>1</sup> Isaías 38, 16-17. Ezequías fue rey de Judá entre los años 716-687 antes de Jesucristo.

**11/9/1946**  
**Domingo 9.º después de Pentecostés**

*Dice Azarías:*

«El salmo es de los tiempos del rigor, por lo que entonces aún se podía pedir venganza contra los enemigos. Mas tanta es ahora en nosotros la caridad y tanta la que debe existir en ti, alma mía, que no nos detendremos a comentar la primera frase del Introito<sup>1</sup>.

Tú perteneces a los tiempos del amor, eres cristiana y en tus labios tan sólo debe florecer la plegaria en favor de los enemigos. Pero no, no debes llamar enemigos sino “pobres hermanos” a quienes te causan dolor. ¿Pues qué, acaso no se encuentran privados de las verdaderas riquezas al no poseer la caridad, careciendo de justicia, ignorando las voces de lo sobrenatural hasta el punto de no comprender el lenguaje del Cielo al que califican de delirio de la criatura o, lo que aún es peor, de mentira de la misma? ¡Pobres, pobres hermanos tuyos!

Un día les dirá el Señor: “Os hablé y no me reconocísteis. Conforme a mi Palabra, tomé a un niño poniéndolo en medio de vosotros, doctores, y le instruí para que os dijese mis palabras, dado que el Espíritu del Señor se complace en revelarse a los humildes con los que juguetea como un padre con sus pequeños en los que encuentra consuelo. Yo vine y no me acogísteis, os hablé y no me escuchásteis, os llamé y os invité a entrar en la es-



tancia de mis tesoros, que os los abría, y no acudisteis. No os conmovió mi amor y negásteis mi doctrina diciendo que no se conformaba con la que prediqué en Palestina. Os quería hacer ricos y doctos; quería poner en vuestras manos un instrumento enriquecido con nuevas notas para que pudiéseris cantar las infinitas y por muchos ignoradas misericordias de Dios convirtiendo los corazones. Os quería santos, ya que mi conocimiento es amor sin que haya límite en el mismo y así el Cristo docente es Dios y Dios es infinito en su amor y en todo el resto de sus atributos, por lo cual quien más conoce más ama y quien más ama más se santifica. Vosotros, santos; vosotros, ardientes; vosotros sabios de 'mi' santidad, de 'mi' amor, de 'mi' sabiduría, os habríais santificado, encendido e instruido. ¡Oh, mi Sabiduría, mi Amor y mi Perfección! ¿Por qué no me quisisteis? Ahora sois pobres, más que el pobre Lázaro. A él le cubría sus llagas, mas en su corazón tenía el tesoro de su conocimiento de Dios. Id a vestiros de luz, a aprender el amor, a meditar las palabras que no aceptásteis y cuando os hayáis vestido y adornado de caridad, de verdad y de sabiduría, venid...”.

Tú, *entretanto*, ruega para que, durante el tiempo que les resta, puedan vestirse y adornarse con lo que el Señor exige a los invitados a las nupcias sin que tengan que hacer una penosa espera fuera de la Casa de Dios expiando su dejadez y tibieza y, con ellas, su soberbia y egoísmo.

Por eso tú, en el Introito, detente sobre todo a pedir protección para ti. Nada más. Pertenece al tiempo del amor y el amor quiere ahora el poder de Dios en tu defensa y para su conversión; y basta. Con ello le pedirás al Señor lo que le agrada ya que está de acuerdo con sus deseos, el primero de los cuales es que los hombres se amen como hermanos unos a otros.

“No deseemos cosas malas”, dice el Apóstol. Desear que caiga el mal sobre nuestros propios enemigos es cosa sumamente mala, puesto que es la negación del precepto del amor y del perdón. Y si tú recapacitas bien, verás que este desear el mal a los enemigos no es tan sólo un pecado de odio sino también de idolatría en el que el ídolo es el propio yo, amado exageradamente, adorado como el señor y el dios más grande, amado tan desordenadamente, hasta el punto de salir del orden por él, ya que, hallándose el hombre compuesto de materia y de espíritu y siendo el espíritu inmortal y heredero del Cielo, es exigencia del orden darle al espíritu lo que le corresponde, esto es, vivir sobrenaturalmente como hijos de Dios, movidos y guiados por el Espíritu de Dios con regia sujeción y filiación excelsa, no viviendo como brutos, fuera de la Justicia, del Camino y de la Verdad, en el desorden de la carne, del mundo y de Satanás.

“Yo soy el Señor tu Dios”. Dios es Dios, el Único. Ningún otro dios debe sustituir al Dios Único y Santo. El que se ama a sí como si él fuera el único a quien debe tributar honor y gozo, es idólatra de sí mismo. Y la idolatría arrastra al hombre a cultos salvajes como es el de querer el mal y la venganza contra los enemigos y a invocarla para dar satisfacción al yo, saliendo de la Religión Cristiana, es decir, de la Religión verdadera, de la Caridad.

Entre los pecados de Israel enumera Pablo el culto al ídolo de oro. Pondera hasta qué grado de envilecimiento, no sólo de la religión mas también de la razón no lleva la idolatría. El hombre, rey de los animales, que tiene por Padre a Dios y que, como Dios Espíritu, tiene en sí el espíritu que le hace ser imagen y semejanza del Padre – porque el alma es espiritual, libre, inmortal, inteligente, capaz de adornarse con las virtudes que están en Dios, menos el poder creador y aún éste en la justa proporción que debe mediar entre el Altísimo y el hombre, entre el Creador y el creado – el hombre, criatura perfecta,

he aquí que llega a adorar la imagen de un siervo suyo animal, de un becerro y, siendo hijo del Creador, llega hasta rebajarse ante una substancia formada por el Creador, ante el pobre oro que brilla tan sólo cuando la luz lo embiste, mientras que Dios es esplendor de Luz Increada e infinita. Y después, bajando aún más, se envilece en la crápula haciendo del comer, no una necesidad sino un vicio y, ebrio después de vino y de comida, se alza para darse a diversiones obscenas, como no lo hacen los animales más lascivos.

Y aquí, incidentalmente, te hago observar la conducta de Moisés. El, santo, declina el honor que Dios quería otorgarle como premio: "...déjame hacer, los exterminaré y después haré de ti el cabeza de una gran nación"; mas suplica que sus "pobres hermanos pecadores" sean perdonados y salvados. Moisés había intuido ya el amor, el cual quiere el bien de los demás el verdadero bien, más que el propio honor temporal.

Pablo, a seguido de la idolatría, recuerda la fornicación y su castigo: la muerte de los licenciosos — porque en el Pueblo de Dios, destinado a entrar en la Tierra Prometida, no podía haber impuros, fornicadores, idólatras, homicidas, mentirosos y abominables — a manos de los hijos de Leví, celosos del honor de Dios más que de su amor por la propia sangre, los cuales, "para obtener la bendición, consagraron sus manos con la sangre de sus hijos y hermanos" muertos para reparar la ofensa inferida al Señor.

Ahora, en la Ley de amor, se lavan igualmente con los sacrificios las ofensas; mas no desangrando y matando a los culpables sino, a ejemplo del Redentor Santísimo, ofreciéndose víctimas por ellos; y no sólo las manos y la bendición sacerdotal quedan consagradas sino todo el ser al que le llega la bendición que abre el Reino de Dios a los Santos, a éstos que se inmolan para salvar a los pecadores y reparar las ofensas hechas a Dios.

"No tentemos a Cristo como le tentaron algunos de los que fueron muertos por las serpientes".

Dios había provisto a su Pueblo del maná y antes habíale otorgado su protección a partir de la noche de la pasada angélica en Egipto; y ellos, olvidándose de las penalidades sufridas allí y de la milagrosa intervención del Señor, ya había deplorado la falta de los peces, melones, pepinos y otras verduras de Egipto anteponiendo el vientre con sus delicias a las delicias de la independencia y de la unión con Dios.

Dicen de nuevo: "Nos produce náuseas este alimento tan ligero", olvidándose de los que murieron por saciarse en demasía con las codornices que tuvieron antes de llegar a Haserot. Se quejan de no tener agua ni pan habiendo visto el milagro del agua de la roca. Teniendo a Dios que les provee de lo necesario, murmuran de El y le tientan queriendo lo superfluo.

¡Triste ejemplo para muchos cristianos! Y he aquí que, habiendo escuchado el silbido de la Serpiente, insinuadora de concupiscencia, terminan cayendo muertos por las serpientes. Porque quien acoge a Satanás, de Satanás recibe la muerte. ¡Cuántos, tras haber recibido todo de Jesús Santísimo, rechazan al Cordero por la Serpiente y, viendo más tarde con terror el nido de serpientes que se mueven para matarles, se olvidan de elevar su mirada a la Cruz sobre la que está el Salvador!

Los hebreos, en fin, se portaron mal al murmurar contra el Señor que, a cambio de un pequeño sacrificio, quería entregarles la tierra que destila leche y miel.

Diez veces tentadores del Señor, diez veces rebeldes y murmuradores, merecieron morir en el desierto, heridos por Dios, enojado ya por su obstinado espíritu rebelde. Morir en el desierto herido por Dios — cuando se nos asegura lo dichosa que es la morada

prometida y la seguridad de su posesión con sólo que lo quiera la voluntad del hombre a la que Dios ayuda de mil maneras, de forma que no hay que temer como algo invencible las insidias del mal— es una gran necedad.

Con todo, esto es lo que acaece de continuo y estos hechos —figura de los acontecimientos que vosotros, llegados al final de los siglos del rigor, o sea, llegados al tiempo de la misericordia, al tiempo que precede al eterno del Gozo, habríais encontrado espiritualmente— no logran impedir al hombre la tremenda necedad de perder el Cielo eterno por el mundo fugaz.

Grave es la advertencia de Pablo: “Quien crea hallarse de pie, guárdese de no caer”.

Tened siempre en cuenta cómo los hombres, no obstante el terror que tenían de Dios, pecaron en la antigüedad. Y no digáis: “Habían progresado menos que nosotros”. Habéis tenido, es cierto, el perfeccionamiento de la Ley y el auxilio sin medida de los Sacramentos, hechos canales de Gracia por los méritos de Cristo. Pero bien, ¿sois acaso mejores? Habéis progresado en los conocimientos humanos y las nueve décimas partes de los mismos van en contra vuestra. Habéis progresado en el saber, mas no en el espíritu. La malicia es la que os conduce, la soberbia la que os rige y la triple concupiscencia la que os destruye. El egoísmo de los individuos y de las colectividades inunda de lágrimas y sangre el mundo con esporádicas y múltiples efusiones o con verdaderos diluvios mundiales y mortíferos de sangre y de lágrimas.

No habéis progresado, antes, entre aquellos que en la antigüedad eran rapiñadores, idólatras, violentos e incestuosos por no conocer exactamente las leyes morales y religiosas —y los hay todavía entre los salvajes— y vosotros, evolucionados y conocedores de la Ley de Jesucristo, sois vosotros mucho más culpables porque obráis a sabiendas de lo que hacéis. Por tanto, nadie se envanezca si hasta el momento actual de su vida no pecó gravemente, ya que en el momento siguiente podría hacerlo por cuanto las riendas que mantienen frenado el yo del hombre están muy relajadas, hallándose en trance de caer por alejarse de Dios.

Dice Pablo: “Hasta el presente tan sólo os han asaltado tentaciones humanas”. No quiere decir con ello que no hay que temer a estas tentaciones o que haya que vivir tranquilos diciendo: “Yo soy tan fuerte que en vano soy tentado puesto que venzo siempre”. Quien así dijese, cedería instantáneamente en una tentación espiritual: a la tentación de soberbia que abre el camino al resto de los otros seis vicios capitales. Y la soberbia impediría a Dios derramarse con sus dones porque Dios no se comunica a los soberbios y porque los soberbios no recurren a Dios. Mas cuando el Hombre es humilde y ama a su Señor, no le defrauda Dios, fiel como es en su amor, en sus promesas y en el mantenimiento de las mismas.

Jesús Santísimo nunca dijo palabra que no fuese útil y diese fruto. Dijo El: “Cuando roguéis, decid así: ‘Padre nuestro... y no nos dejes caer en la tentación mas líbranos del Mal’”. Si os lo dijo es porque sabe que el Padre *quiere* hacerlo y por eso no ha de permitir que las fuerzas del hombre, hijo suyo, sean inferiores a la violencia de la tentación.

Fíjate bien que yo no digo: “Y el Señor permite que sus hijos fieles sufran leves tentaciones mientras que las de los hijos infieles son fortísimas”, sino que digo: “No permite que las fuerzas de su hijo sean inferiores a la violencia de la tentación”.

El quiere que combatáis para que os alcéis con la victoria, pues el mérito debe ser vuestro. La gloria debe guardar proporción con el mérito y con la lucha sostenida. Como buen padrino del guerrero en liza, El le pasa a éste las nuevas armas con las que oponer

una resistencia cada vez más válida a los reiterados asaltos de la Tentación; le ofrece el cáliz corroborante de su Gracia y, una vez finalizado el combate, está pronto a acogerle sobre su corazón para coronarle de paz, reservándose el gozo de la gloria paradisíaca para el momento de su retorno a Dios.

Conforta a Pablo, abofeteado tres veces por el envidioso ángel de las tinieblas, para que no tema. Y yo, con él, te conforto, lo mismo que a todos, con las palabras litúrgicas: "Son justos los preceptos del Señor y sus juicios más dulces que la miel". Sed, pues, fieles a ellos, creciendo en gracia y en sabiduría ante Dios y ante los hombres.

Y, por último, os dirijo las palabras del Maestro Santísimo: "Tomad sobre vuestros hombros el yugo de Cristo, pues es dulce y ligero". Tomadlo con santa audacia y heroica voluntad. Tomadlo con absoluta confianza en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, los cuales son Amor y el Amor es fortaleza. A ellos sea dada eternamente la gloria».

---

<sup>1</sup> Dicha frase es ésta: «Haz, Dios mío, recaer los males sobre mis enemigos y, en honor de tu verdad, exterminalos». (Salmo 53, versículo 7) (N. del T.).

---

18/8

*Domingo 10.º después de Pentecostés*

*Dice Azarías:*

«Te dije el domingo pasado que no merecía comentarios la frase invocando el mal sobre los enemigos puesto que el alma que se da al Amor tan sólo amor invoca, amor y misericordia.

Mas hoy el Introito no es un grito clamando venganza sino el reconocimiento de la prontitud con que Dios escucha a sus hijos y vela por sus intereses. Es el reconocimiento del justo obrar de Dios que sabe alzar a los oprimidos poniéndose de su parte, que sabe recordar a quienes se creen más que Dios —y con ello obstaculizan el querer de Dios poniendo límites a sus obras por creer que pueden ponérselos, pero que, en realidad, no hacen sino levantar barreras ficticias que sirven tan sólo para juzgarles y conferir un mayor mérito al justo que las sufre al estar oprimido por servir al Señor— que El vigila y puede, cuando El quiere, restablecer el orden violado, ya que es desorden poner obstáculos a la Voluntad de Dios. El, que es Orden perfecto, puede siempre restablecer el orden, como lo restableció en el Cielo tras la insurrección de los Rebeldes y como lo hizo en el Edén después de que pecó Adán, lanzando a los desordenados, tanto al uno como a la otra del Paraíso.

Alza, pues, tu grito al Señor y deposita en El todas tus ansias. El te sostendrá espiritualmente con horas de amor beatífico y, materialmente, no permitiendo que seas prensada y probada por cima de la medida.

La Oración ...Alma mía, la oración de esta Santa Misa parece el eco o el motivo musical que movió e inspiró tu canto de hace unos días. Tú pediste, a costa de tu sacrificio, "que Dios muestre más su omnipotencia perdonando y compadeciendo", dándose a ellos, al igual que a ti, con la plenitud de su amor para que, por virtud del fuego del amor, se dilate su cerrado corazón, se caldee, se haga luminoso, les libre de lo que les oprime y los

santifique.

Mucho es lo que pediste. Pediste a la Justicia que desvíe su curso. Pediste que vaya el Amor a donde se ha lanzado el Castigo y se sustituya a él. ¿Puede Dios mudar sus justos decretos? ¿Puede dejar de hacer uso de la justicia para Sí mismo? Porque — medita esto — porque es para con El con quien se faltó principalmente. Tú fuiste colocada a modo de pantalla entre ellos y Dios, siendo traspasada por sus dardos. Mas ¿dónde han terminado estos dardos? ¿Contra quién iban dirigidos? ¿A quién han herido al término de su malhadado recorrido? A Dios, a la Caridad, a la Voluntad de Dios, a su Palabra, a su Omnipotencia, a su Generosidad y no agrego más palabras para explicarlo porque han herido a estos atributos de Dios que son Dios mismo. Mas todo aquél que sepa lo que Dios quiso y dio y cómo se comportó, puede comprender por qué digo que fue herido Dios, su Caridad, su Voluntad, su Palabra, su Omnipotencia y su Generosidad. También sobre el Gólgota y en Cristo Santísimo fue herido Dios y en estos mismos atributos.

El hombre alzó su mano contra Dios y golpeó a la Caridad latente en Cristo que había encarnado para entregar el supremo amor de Dios a los hombres a los que por espacio de tres años benefició con la evangelización, con milagros, con socorros materiales arbitrados milagrosa o humanamente por quien podía darlos en favor de quienes se hallaban desamparados.

El hombre renegó y blasfemó de la Palabra Divina diciendo ser de un loco o de Satanás. Negó la Omnipotencia, visible de la Encarnación por obra, no de hombre sino del Espíritu Santo y en los milagros sobre los elementos, las enfermedades y las conversiones sonadas que son milagros mucho mayores que una curación corporal. Se mofó de su Generosidad y la rechazó cual si fuera contaminante. Dios mandó a su Hijo amado, mandó a su Verbo y, con El, su perdón y su amor; y los hombres se rieron y le abofetearon cual si fuera un oprobio y un monstruo lo que era una Generosidad de Dios.

Mas la Gran Víctima — pantalla santísima a través de la cual, herida hasta ser toda una llaga tal como la describen David e Isaías, fue herido Dios, el Amor Celeste, por el Odio conjunto de Satanás y de los hombres, por todo el Odio perenne y eterno que hay sobre la Tierra y en el Infierno— mas la Gran Víctima pidió lo mismo que tú: que la Justicia desvíe su curso. Porque las Hostias, al tiempo de su inmolación, piden esto: que se cumpla aquello por lo que vinieron y se han ofrecido, esto es, que triunfe el Amor que es el regenerador de los espíritus en Dios.

He dicho: “todo el Odio, perenne y eterno, que hay sobre la Tierra y en el Infierno”. No me he equivocado poniendo en presente una acción pasada cual es, ciertamente, la Muerte del Redentor.

El Verbo, esto es, Jesús, es el eterno Expiador, es el Amor Eterno y Expiador. Lo era ya antes de que fuese Hombre y lo será hasta el postrer hombre. Y el fruto de su Expiación continuará aún más allá del tiempo porque es eterno el pueblo que los Santos que serán, más allá del tiempo, el fruto de la expiación de Jesús.

Y, al igual del Amor, el Odio es asimismo eterno, aunque no con una perfección de eternidad como la de Dios que nunca tuvo principio y que es el eterno, sino eterno desde el momento en que surgió en el espíritu maldito de Lucifer y de los suyos. Eterno en el Infierno, que existe desde entonces, y que ya no tendrá término. Eterno en el corazón de los hombres que lo eligen por su señor y lo llevarán consigo más allá del tiempo, se abatió sobre la Tierra desde que la sangre de Abel se derramó por el odio de Caín y hiere sin descanso a Dios. Todo le fue presente a Cristo en la hora de su Pasión triturándole como cuerpo lanzado a una piedra de molino, pues así de numerosas fueron las heridas

inferidas al Amor Encarnado. Después del tiempo se seguirá blasfemando en el pueblo de los malditos que serán, más allá del tiempo, el fruto de la labor de Satanás. Y estas dos eternidades: la del Amor y la del Odio, la del Expiador y la de Pecado, la de Jesús y la de Lucifer estarán en el perpetuo *es* y el Rey del Cielo y el del Abismo a la cabeza de sus respectivos pueblos. De aquel pueblo que debía haber sido uno: el de la Humanidad al servicio de su Creador y Señor pero que, con libre voluntad prefirió dividirse en dos, eligiendo la rama nueva un rey maldito por el que volvió la espalda a Dios eligiendo como ley suya el Mal. Porque Mal incurable no es haber nacido entre las sombras del Gentilismo o de una idolatría, como tampoco entre las nieblas de una fe herética en la que perdura un recuerdo de la Verdad y de partes de la Verdadera Religión aunque privadas de Vida por estar separadas del Cuerpo místico que es el único Cuerpo viviente. El mal estriba en, no obstante haber nacido en el seno de la Iglesia, vivir como herejes, paganos, separados y muertos por el pecado.

No hay Vida fuera de la Iglesia Romana, si bien todos pueden entrar en la Vida, y la Iglesia Romana no se niega a recibir en su seno a los “muertos” procedentes de otras religiones, reveladas o idólatras, y darlos a luz para la Vida lo mismo que el Sepulcro de Jesús Santísimo acogió un cadáver y dio a luz al Viviente, a aquel Viviente que por sí mismo retornó a la vida por ser El la Vida, a aquel Viviente que, al ser la Cabeza del Cuerpo místico, no puede por menos de vivificar cuanto él pertenece y en él penetra.

Esto hace la Iglesia. Es Esposa y Madre. Como Esposa santa otra cosa no desea sino dar a luz hijos para su Esposo a fin de que sean muchos los hombres que lleven su Nombre por todos los ámbitos de la Tierra. Y es Madre desposada con la Divinidad que es Padre por poseer esta cualidad como Primera Persona en cuanto Engendrador del Hijo, como Fecundador de la Virgen que dio a luz al Hombre por obra del Espíritu Santo y como Creador de los hombres; Padre, por tanto, en relación consigo mismo y en relación con sus criaturas. Así pues, teniendo por esposo a un Padre, la Iglesia no puede por menos de ser Madre. Tomó de su Creador, de su Fundador, de su Esposo y de su Cabeza el pensamiento y los afectos: es Madre. Y como Madre, arde en deseos hacia todas las criaturas y en cada una de ellas ve esparcido sobre la Tierra un germen que debe ser gestado y dado a luz para el Cielo; y tiende los brazos y abre su seno para acoger en él los gérmenes informes a fin de nutrirlos y darlos a luz para su Esposo.

Ahora bien, la Iglesia militante la componen la Iglesia docente y la discente, lo mismo que al cuerpo lo componen los órganos y la carne. Los órganos, sin la carne que los protege, no podrían formar un cuerpo; y la carne, sin los órganos que la mantienen regada de sangre, nutrida de jugos glandulares y de oxígeno, purificada de las toxinas que se forman diariamente y de los detritus, no podría vivir. También la Iglesia, el Cuerpo místico, si ha de sobrevivir y ser cuerpo, necesita de una labor recíproca entre los órganos y los miembros, entre la parte docente y la discente. Y la Iglesia docente, esta gran Madre, dirigiéndose a la discente, le dice: “ayudadme a que pueda dar a luz para la Vida a los gérmenes informes que hay sobre la Tierra”.

¿Cómo? Con sacrificios, ya que el sacrificio de los fieles ayuda a los sacerdotes; y con los óbolos. Porque la evangelización comporta un honor costosísimo. Penetrar, propagarse y hacerse amar no se hace sin gastar. El dinero es una de las trampas tejidas por Satanás para la ruina de los hombres. Mas, como todas las cosas creadas por el Mal, puede ser redimida. La gran Culpa fue redimida por el sacrificio de Cristo. Pues bien, la riqueza, si se usa de ella con el fin santo, también puede ser redimida. Y, te lo digo yo, no hay fin más santo que emplear la riqueza en obras de misericordia. Casi todas las obras de misericordia, tanto corporales como espirituales, las llevan a cabo los misioneros, es de-

cir, los buenos sacerdotes porque toda la Tierra es tierra de misión, ya que, a las puertas de su iglesia, en los umbrales mismos de su convento, el Sacerdote o el Religioso, encuentra al idólatra, al hereje, al incrédulo, al ateo, al “muerto”, a ese germen informe que tiene que llevar al regazo de la Madre Iglesia para que Ella lo dé a luz para Dios.

El, el Verbo, lo dijo: “Quien dé una sola copa de agua a uno de mis discípulos, no perderá su recompensa”. Y dijo también: “Procuraos amigos con las riquezas injustas a fin de que, cuando muráis, os reciban ellos en las tiendas eternas”.

Por deber para con la Madre y por una santa astucia consigo mismos, los católicos que creen en el Señor Jesucristo deberían procurarse amigos, es decir, los cristianizados a través de su ayuda espiritual o financiera —y mejor, por ser más perfecto: espiritual y financiera a la vez— los cuales, al morir sus indirectos salvadores, les reciban en las tiendas eternas.

No es buen católico el que ruega únicamente para sí, ni buen hijo de la Iglesia de Cristo el que piensa en *su* gloria futura, en *sus* necesidades presentes, en *sus* luchas, en *sus* fatigas, pero no en la gloria de la Madre, en sus necesidades, sus luchas y fatigas a fin de recoger y engendrar para la Verdad, el Camino y la Luz a esos pobres hermanos que son como bastardos sin padre ni madre no sólo en la Tierra sino también en el Cielo, ya que se hallan fuera de la Familia en la que el Padre de Dios, la Iglesia la Madre y hermanos los santos y los católicos. Vosotros, católicos, que os véis en la dulce y santa Comunión de los Santos, ¿cómo os mostráis tan reacios en procurar que entren tantos hermanos vuestros de humanidad? Si os preciáis de amar al Señor y su Nombre, ¿por qué no echáis mano del sacrificio y de vuestro dinero para hacer que todos los hombres le amen?

Ya lo dijo El: “La mies es ciertamente copiosa, mas pocos los operarios. Rogad al Dueño de la mies que mande muchos operarios a ella”. Y ¿no recordáis cuándo lo dijo? Dice Mateo: “Y como viese las turbas, se compadeció de ellas, pues estaban cansadas y extenuadas como ovejas sin pastor”. Esas palabras, por tanto salieron de los labios de Nuestro Señor Jesús cuando un amor de compasión le hizo afligirse por aquellos que se hallaban sin pastor, cansados y extenuados.

El que no tiene esperanza en una Vida futura, el que carece de la Fe que tranquiliza el espíritu, esto es, de la verdadera Fe sin lagunas: la Católica, —ya que toda otra Religión, cualquier otra Fe, presenta lagunas y grietas ante las cuales tiembla el ánimo en ciertos momentos al no sentirse seguro de hallarse en la verdad— el que no medicina su dolor humano con el bálsamo y la miel de la Caridad, el que, por último, no cuenta con los auxilios espirituales que prestan con largueza el vivir dentro de la Iglesia y el gozar de los méritos de Cristo y de los Sacramentos, bien puede decir que se encuentra desfallecido y cansado, sintiéndose verdaderamente como oveja sin pastor a merced de los ladrones y de los lobos.

Las tristezas de las almas carentes de la Gracia vosotros, los hombres, no las conocéis ni las meditáis. Nosotros las vemos y tenemos para ellas la misma compasión que tuvo el Maestro al ver tanta mies en abandono.

Almas que vivís en la Iglesia, atended al lamento de Cristo. Los graneros del Señor están esperando la mies para antes de que suene la hora de la gran revista. Haced porque se siembren las tierras incultas y den fruto para que así haya después operarios que sigan de sembradores porque entre los operarios del Señor, entre los *auténticos* operarios, pasa muy presto la guadaña de la muerte y corta; y así quien sembró no llega a cosechar, por lo que es preciso rogar, rogar y más rogar para que sean tan numerosos, querría decir, tan numerosos como las espigas y de este modo la semilla, cada semilla llegue a tener dos án-

geles que la tutelen: el de Dios, espiritual, y el eclesiástico, sacerdotal, porque el mundo muere por falta de Sacerdotes.

¿Sabes qué quiere decir Sacerdote? Sacerdote quiere decir consagrado, dedicado, ofrecido por completo a su Dios para llevarle almas. Todo debe desaparecer para el Sacerdote, absolutamente todo y quedar únicamente Dios y las almas. Debe despojarse de todo, hasta de su humanidad y, como Cristo, inmolarsé para su misión.

Así es como llega a ser un operario de Cristo, pudiendo sembrar y segar con la seguridad de que en su surco no le ha de crecer la cizaña y de que hará de cada hombre un alma, un alma cándida.

En el Cielo no se dan los matices de las distintas razas. Todo allí es luz y belleza, todo pureza y amor. En el Cielo, el Dueño del Cielo y de la Tierra deja entrar a todo aquél que tiene el alma limpia y adornada. No rechaza al negro, al mongol ni al polinesio, es decir, a ninguno. Todos son hijos *suyos*. Son los hermanos de su Hijo que a *todos* los amó desde el seno del Padre, más tarde en la Tierra y después sobre la Cruz, desde la que contempló hasta a aquellos que el mundo ignoraba que existiesen. Al indio como al patagón, a los de la lejana Oceanía, a los australianos lo mismo que a los pielesrojas, a todos vióles desfilar como en una revista ante sus ojos de Moribundo bajo el cielo tenebroso del Viernes Santo. Y landas septentrionales cubiertas de hielos y bosques o desoladas; selvas vírgenes ecuatoriales e islas ignotas, inmensas unas como continentes y diminutas otras como atolones; regiones abrasadas por el fuego subterráneo o casquetes árticos en los que parece imposible la vida, todo se le presentó al detalle en su futuro; y sobre todos esos espacios su Sacrificio y su Amor sin límites quiso que el sol de Dios diseñase la sombra de una cruz para que, al igual de su signo Tau marcado por el misionero sobre las almas, hiciese miembros de su Pueblo a los idólatras y paganos.

No olvidéis el último deseo de Cristo expresado en la plegaria del Jueves Santo y ya sobrentendido en las palabras: “Te pido por todos aquéllos que, por las palabras de mis sacerdotes, han de creer en Mí a fin de que sean una sola cosa como Tú estás en Mí y Yo en Ti”, y expuesto con anterioridad en el discurso del Buen Pastor: “Tengo otras ovejas que no son de este redil: también a éstas habré de congregar, prestarán oídos a mi Voz y habrá un solo rebaño y un solo pastor. Por esto me ama el Padre, porque doy mi vida por mis ovejas”. Y ambos deseos se repiten en su Corazón moribundo cuando, entre sexta y nona, la agonía sella por fin sus labios.

Trabajad en hacer realidad el deseo de vuestro Salvador. No seáis soberbios como los antiguos fariseos que se tenían por los únicos elegidos de Dios. No creáis que entre los idólatras y vosotros, entre los cismáticos y vosotros media un abismo insondable y que tenga que ser así por cuanto vosotros sois “los puros” y ellos los inmundos.

Dice Pablo: “Sabed que cuando érais gentiles os dejábais llevar tras los ídolos mudos fiados en la capacidad de quien os conducía”.

Mas, por ventura, aquellos gentiles que se dejaban arrastrar a los ídolos por los que, revestidos de sacerdotes paganos, se los presentaban como dioses, ¿eran acaso mayores pecadores que vosotros que, conociendo al Dios verdadero y ya regenerados por la Gracia, seguís con harta frecuencia a los ídolos que la triple concupiscencia y Satanás os presentan?

Sois vosotros, sin duda, más grandes pecadores porque, no obstante conocer la Verdad, la posponéis a las cosas vanas y viciosas. Aquellos gentiles, al igual que los de ahora y los idólatras actuales, una vez conocida la Verdad, la han seguido aún a costa de su



vida, repudiando heroicamente su pasado para abrazar la Fe convertida para ellos en su eterno Presente.

No abriguéis desdén ni extrañeza hacia quienes todavía desconocen al Dios verdadero, sino más bien haced porque salgan de su ignorancia para entrar en la sabiduría y, sobre todo, procurad no escandalizar a aquéllos que viven entre vosotros como idólatras, herejes o cismáticos: Portaos de forma que no puedan decir: “ellos no creen en lo que dicen pues, de lo contrario, no serían así”. Vuestras acciones deben ser obras misionales para los gentiles que, bajo diversas denominaciones, conviven en vuestra ciudad o en vuestras propias familias tal vez. ¡Ay de aquél que predica y alza su voz en nombre de Dios y después lleva a cabo actos reprobables que el prójimo juzga! Con ello da a entender que es un falso hijo de Dios y un hipócrita.

Dé cada uno a Dios lo que pueda para la edificación de su prójimo y se lo dé santamente a fin de que se manifiesten las obras misericordiosas de Dios. Porque si uno hace mal uso de los dones de Dios o finge poseer lo que no tiene, esto es, aquello que le fue quitado en castigo de no haberlo usado como debía, es un hipócrita aborrecible a Dios, un embustero y un idólatra porque se da culto a sí mismo y lo exige de los demás, pronunciando palabras engañosas y, por tanto, tiene consigo al demonio.

“Ninguno que hable por el Espíritu de Dios anatematiza a Jesús”. Y anatematizar a Jesús es llevar una vida en desacuerdo con su doctrina.

“Y nadie puede decir ‘Señor Jesús’ si no es por el Espíritu Santo”, pues, efectivamente, tan sólo reconoce a Cristo aquél que, teniendo en sí la Gracia, puede reconocer, es decir, conocer a Jesús por lo que realmente hay en el Señor Jesús Salvador: la Sabiduría y la Palabra que deben ser escuchadas y puestas en práctica con fe, caridad, esperanza, humildad y siempre con verdad, sin envidias que lleguen a negar los dones en un hermano por no ser los propios; sin egoísmos avaros y guardando para sí lo que el divino Espíritu dio en forma y medida diversa extrayéndolo de una misma Fuente, esto es, de Sí mismo, del Mismo y Unico Espíritu.

Contentaos cada uno con vuestra suerte espiritual: el que tiene porque puede dar, y el que no tiene porque puede recibir. Porque, bien sea que déis como que recibáis, todo lo tenéis de Uno sólo: de Dios, que distribuye los dones con sabiduría perfecta sabiendo a quién hacen bien y a quién no, dando y queriendo dar únicamente para vuestro bien. Por eso, no pudiendo exigir lo que se os da gratuitamente y *no debiendo rehusar lo que Dios os regala*, habéis de ver en todas las cosas a Dios y su deseo de ser amado por todos los hombres. Y gozaos en dar cada uno lo que podéis: mucho o poco, no importa, basta que sea lo que está a vuestro alcance dar.

Dios sabe, Dios ve y Dios juzga. Cada una de las acciones de un hombre bueno, por insignificantes que sean, las justifica Dios y los actos todos del hombre los ven con justicia sus ojos.

Amad y, de este modo, todo lo haréis bien: tanto en lo relativo a Dios como a la Iglesia y al prójimo que está más próximo a vosotros si pertenece a la verdadera y única Iglesia; hacia aquél que, por estar fuera del Redil, se encuentra más alejado; y hacia el pecador para atraerlo a la Salvación. Haced que el Amor venza al Odio en los individuos y en la Humanidad entera.

Vosotros todos que, con uno u otro don, servís al Señor, estad ciertos de que Dios está con vosotros y abrigad la firme esperanza de que Dios no permite que sus siervos sean confundidos y así marchad siempre hasta la meta tributando por todo acciones de

gracia al Señor.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

**25 de agosto**  
**Domingo 11.º después de Pentecostés**

*Dice Azarías:*

«¿Cuál es la morada santa de Dios? A esta pregunta responderán algunos: “El Cielo”; otros: “La Iglesia”, y otros: “El corazón del hombre”. Y, aun no alcanzando la perfección en la respuesta, ninguno habrá errado, ya que Dios habita en el Cielo, en su Iglesia y en el corazón de los hombres que están en su Gracia. Mas, para ser exactos, Dios está en Sí mismo. El tiene la morada en su Caridad infinita, única morada que, por su perfección e infinitud, puede contener al Perfecto y al Infinito. En la Caridad todo se opera, procede, se genera, se satisface, reposa y aplaca. La Caridad, esto es, El mismo, es la morada santa de Dios.

Por esto la palabra litúrgica que dice: “es Dios el que hace habitar en su casa a personas de carácter idéntico” viene a significar sabiamente que tan sólo quienes moran en la caridad habitan en Dios. Concepto contenido en esta frase de Jesús Señor Nuestro: “Permaneced en Mí y Yo en vosotros... Si alguien permanece en Mí y Yo en él, éste tal lleva mucho fruto”, y en aquélla de la plegaria divina: “que sean todos una sola cosa como Tú estás en Mí, ¡oh Padre!, y Yo en Ti”. Palabras que, recogidas por el Apóstol del Amor, resuenan en su Epístola escrita muchos años después de la Sagrada Cena cuando, en los umbrales del más allá, Juan, sin necesidad de éxtasis, contemplaba ya “la morada de Dios” que descendía para acoger a aquél que había entendido la Caridad: “El que ama nació de Dios... Dios es Amor... Si nos amamos los unos a los otros, Dios habita en nosotros y su caridad adquiere en nosotros la perfección. Por esto conocemos que estamos en El y El en nosotros: por el hecho de que El nos dio su Espíritu”.

Tres son las operaciones que compendian todas las obras, todos los frutos de las mismas y las fases todas de la criatura-hombre que, pasado un tiempo, torna a su Origen para siempre. “El que ama nació de Dios”. Cuando una mujer da a luz un hijo se dice: “este niño ha nacido de esta mujer”. *Ha nacido*, esto es, ha salido de ella, de su seno. Ella le formó, le revistió de carne, le dotó de sangre y de órganos, y no sólo de estos elementos materiales sino que también le imprimió, si no todos, algunos al menos de los caracteres y semejanza física con ella misma.

La mujer es tan sólo una criatura imperfecta, como imperfecta es igualmente su matriz. Mas Dios no es imperfecto. Ponderad, por tanto, qué grado de carácter y de semejanza imprimirá en aquellos que salen de su seno. Todas las almas son creadas por Dios y toman del Padre una primera imagen y semejanza. Ahora bien, toda alma, por espontánea voluntad, puede, diré así, tornar al Padre y volver a nacer de El. Es ésta la “recreación” del alma de la que han hablado los doctores de la Iglesia.

Después de estas mis palabras aprecias toda la profunda verdad de las de San Juan: El que ama nació de Dios y le conoce. El que ama; puesto que si no amase a Dios, no

haría por *volver a entrar* en El ni a renacer en plena y propia voluntad de Dios.

Vuestro primer nacimiento fue querido por quien os engendró y Dios lo sanciona y ennoblece al conceder a la materia el alma; mas este nacimiento no depende de vuestra voluntad. La Iglesia, desposada con Dios, coopera a vuestro nacimiento fortificando a la criatura con la Gracia Bautismal y, consiguientemente, con los otros Sacramentos. Pero únicamente cuando la criatura llega a la edad de comprender y de querer, es cuando puede querer nacer de Dios en un segundo y más perfecto nacimiento que se realiza mediante el amor a Dios y al prójimo según lo dispone la Ley.

Segunda operación: la cohabitación de Dios en vosotros y de vosotros en Dios a través de la Caridad. Dios desciende a habitar en el corazón que le ama y el alma sube a habitar en la morada de Dios, esto es, en la caridad, por lo que entonces “la caridad de Dios en vosotros es perfecta”. Y tan perfecta que se anula la distancia entre el Cielo y la Tierra, entre la criatura y el Criador, y ambos: el finito y el Infinito, el nada y el Todo vienen a ser “una sola cosa” como lo pidió vuestro Maestro Santísimo.

Tercera operación: la concesión del Espíritu de Dios a la criatura. El Espíritu de Dios es el Amor, el Espíritu al que Jesús llama Espíritu de Verdad, Consolador, Aquél que puede ser recibido por quien no es del mundo, Aquél que enseñará todas las cosas y hará recordar todas las cosas santas, Aquél que procede del Padre. El Espíritu Santo imprime en quienes lo reciben el carácter de verdaderos cristianos, o sea, de hermanos con Cristo y, por tanto, de hijos de Dios.

Dice el Introito que Dios hace habitar en su morada a personas de carácter idéntico. Ese carácter es el del amor. Ya lo dijo Jesús Santísimo: “En la casa de mi Padre hay muchos puestos”. Mas para ocuparlos se requiere *un único carácter*: el de la caridad.

Uno tendrá su puesto en el Cielo por haber sido maestro de almas en la Tierra, otro por haber sido discípulo, otro por la predicación, y otro más por su vida escondida; quién habiendo permanecido en el mundo como simple ciudadano, buen hijo, marido y padre, y quién, por el contrario, habiendo renunciado a todo por vocación claustral o monacal. Mas todos cuantos moran en la casa de Dios: niños y ancianos, ricos y pobres, doctos y analfabetos, deben poseer *un único carácter*: el de la caridad que es “paciente, benéfica, mas no envidiosa, insolente, rebelde ni egoísta”; la caridad que ama en el prójimo al propio hermano y no hace a los demás lo que no quiere para sí; la caridad que frena las concupiscencias, que alimenta la fe y sostiene la esperanza; que, como de un árbol potente, brotan de su tronco ramas y más ramas que son: la fortaleza, la justicia, la prudencia, la templanza, la humildad, la obediencia y la sinceridad, por las que quien las posee puede entrar en la Jerusalén celestial de la que están excluidos los cobardes, incrédulos, maldichos, homicidas, fornicadores, venenosos, idólatras y embusteros, no penetrando nada que sea impuro.

La Caridad, en fin, alma mía, es la que por sí sola pone en fuga al demonio porque la caridad es luz y el demonio ama las tinieblas; porque la caridad es Sabiduría y las palabras engañosas de Satanás son desmentidas por la Sabiduría; porque la caridad es Verdad y el Mal la odia; porque la Caridad es Dios y Satanás no soporta la vista de Dios.

Las turbaciones que el Adversario pueda suscitar con el recuerdo de faltas pasadas y con sugerencias de tentaciones presentes quedan anuladas mediante la Caridad que es misericordia y que sobrepasa los méritos y deseos de las criaturas que le aman, otorgando, además de la liberación del Maligno y de sus artes turbadoras, lo que, incluso, la criatura humilde y amorosa no se atreve ni a imaginar siquiera que pueda obtener con su oración.

Jesús Santísimo te llama "pequeño Juan". Yo me atrevería hoy a llamarte "pequeño Pablo". No Saulo sino Pablo, ya que Saulo nunca lo fuiste. La Caridad te fulguró antes de que la edad de la razón te hiciese responsable de tus actos y tú quedases ciega al mundo de entonces, viendo tan sólo el fulgor gozoso con el que tu Señor se te iba desvelando cada vez más y tú quedaste muerta para el mundo y el mundo para ti, porque siempre y para siempre habíate tomado el Espíritu que no es del mundo y al que tú le tomaste por Vida tuya.

Mas si llegaste a ser un pequeño Pablo fue por el querer de Dios. Y el querer de Dios es éste: que tú des a los hermanos el Evangelio que has recibido. También a ti, que no eres apóstol ni maestro y sí la más insignificante de todos en cuanto a ciencia y reputación según el concepto humano, instrumento útil tan sólo por el mérito de tu caridad que jamás rehusó el servicio de Dios y deseó consumirse en el mismo para que los hermanos amen al Señor, también a ti, y precisamente por estos dos últimos motivos, se te apareció el Señor al que has visto y oído y al que le ves, le sientes, le verás y sentirás en adelante.

Así pues, pequeño Pablo, di las palabras sinceras, humildes y reconocidas del gran Pablo y sean éstas el broche que cierre la presente meditación dominical antes de volver la mirada de tu espíritu a Aquél que se te presenta una vez más para hacerte feliz, para adoctrinarte y darte las lecciones que has de transmitir a las almas.

"Por la gracia de Dios soy lo que soy y la gracia que se me dio no ha sido en vano puesto que me he fatigado más que todos ellos. Pero yo no sino la gracia de Dios que está conmigo".

Es justo este reconocimiento de las obras de Dios en ti que pone a salvo la humildad que sabé lo que ha hecho y por qué lo ha hecho: por el solo mérito de la gracia de Dios que ha querido que tú seas lo que eres. Así tú le honras y debes siempre honrarle si no quieres llegar a ser un Caín que no le reconoce a Dios el mérito y el derecho a las riquezas y bellezas de los frutos de tu alma.

Y debes honrarle con tus bienes, con las primicias de cuanto llegues a tener, ofreciéndoselo todo a El a fin de que, demoliendo las barreras levantadas por la Envidia que tiene vida propia y anida en muchos, esparza los tesoros sobre aquellos para quienes se dieron. Y nunca temas que cese la efusión sobre ti puesto que cuanto más des, más tendrás, ya que los tesoros de Dios y los ríos de la Sabiduría son inexhaustos de forma que, estando aún los frutos colgando de las ramas, el árbol se adorna con las corolas de nuevas flores que el día de mañana se convertirán en frutos nuevos.

El árbol de la Vida se cubre sin cesar de flores y de hojas y madura sus frutos para aquéllos que aman, sirven y responden con buena voluntad a los deseos de la Gracia de Dios.

La Gracia de Dios que está contigo te protege y sostiene contra todos aquéllos que desearían alegrarse con una caída tuya para así acallar la voz de su conciencia que les reprocha de muchas cosas, siendo las primeras de entre ellas sus faltas de caridad y después su modo de hacer fructificar el don de Dios.

Mas tú ruega por ellos, por todos, para que tengan la caridad que es la fuente de toda virtud y salvación.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

*Dice Azarías:*

«Unámonos al altar sobre el que en esta misma hora (son las 15,30) se celebra una Santa Misa. ¡Pensamiento consolador! No hay momento de las 24 horas del día en que en un punto determinado del globo no se consume el Sacrificio eterno. ¡Cuánto más excelsa es esta continua celebración del Cordero divino que no la inmolación, que tanto asombra a los hombres de ahora, de las hostias animales en el Templo sobre el Moria!

Mas no quiero cansarte, alma mía, pues acabas de salir de una agonía por demás profunda, hecha víctima con la Víctima por los pecados del mundo. No te voy a hablar sino de la epístola. Mas, como contrapartida, a fin de hacértela comprender, paso a exponerte alguna consideración sobre un versículo que precede a la epístola de hoy y que la esclarece.

Escucha: “Mas sean dadas gracias a Dios que nos hace triunfar en Cristo Jesús y por nuestro medio difunde por todos los lugares el perfume de su conocimiento. Seamos, pues, nosotros ante Dios el buen olor de Cristo para aquéllos que se salvan y para aquéllos que se pierden. Para éstos un olor de muerte que da la muerte y para aquéllos un olor de vida que da la vida”.

Aquí tienes lo que son los siervos de Dios y sus instrumentos en las diversas misiones para las que Dios les consagra. Bien sean apóstoles o víctimas, doctores o fieles, o “voces” tal vez, deben ser los altares del incienso y del holocausto de los que se exhale para Dios, no ya el olor de Pablo o de Pedro, de Benito o Buenaventura, de Magdalena o Teresa, de María, de ti o de otros, sino únicamente el perfume de Cristo y esparcirlo en honor a Dios y para perfumar a los hermanos impregnándolos del mismo. Apóstoles o víctimas, instrumentos o voces, los siervos de Dios deben ser de tal manera una misma cosa con Cristo Jesús, que lo lleven entre los hombres en una perpetua encarnación para que así el mundo le conozca y con libre voluntad se dé vida o muerte al aceptar o rechazar al Señor sin que puedan decir como excusa: “¡Pero si no le conocíamos...!”.

Pregunta Pablo: “Y para esto ¿quién más indicado que nosotros?”.

En efecto, ¿quién sino aquéllos que por amar a *todos* se consagran al servicio de Dios, son los más indicados para llevar a cabo esta labor? No ya los que lo hacen por costumbre o necesidad, ni los que lo hacen a la fuerza —entre los que también se cuentan éstos—, ni los que lo hacen por miras humanas, sino únicamente los que lo hacen por amor, con una inmolación conocida tan sólo de Dios y de los ángeles, pueden perfumar el mundo, porque el olor del holocausto no se exhala cuando éste aún está lejos del sacrificador y del ara sino cuando ya sufrió el martirio y se consuma totalmente ardiendo entre las llamas de la hoguera.

¿Quién sino aquéllos que realizan el sacrificio movidos únicamente por el amor, de modo que no se toman la libertad de adulterar la palabra de Dios en aras de alguna utilidad sino que “la transmiten a los hermanos en toda su pureza, tal como viene de Dios” por más que esto les reporte dolor y contradicción de parte de aquéllos para quienes la palabra de Dios es causa de muerte al no recibirla con amor, antes despreciándola como locura?

Pablo, hablando en nombre de los Apóstoles, de los que es el último –aunque ciertamente no el último en valer– y como perteneciente al cuerpo apostólico, dice: “Vosotros sois nuestra carta... conocida y leída por todos los hombres, pues es manifiesto que sois vosotros una carta de Cristo redactada por nosotros y escrita, no con tinta sino con el espíritu del Dios vivo, no sobre láminas de piedra sino sobre láminas de corazones de carne”.

Y estas palabras de Pablo son, en realidad, palabras del Espíritu de Dios que se dirige a vosotros, instrumentos suyos, hablando por los labios del Apóstol: “Vosotros sois una página viva de Cristo redactada por Nosotros: Padre, Hijo y Espíritu Santo con nuestro Espíritu sobre vuestro propio corazón”. Esto es lo que sois: verdaderos instrumentos de Dios.

Y esto lo debéis creer, no para gloriaros sino para reconocer la obra del Señor en vosotros, tributarle alabanzas por ello y darle culto por el don que recibís, usándolo con veneración y justicia para vosotros y para vuestros hermanos, puesto que Dios, con el don, os concede la capacidad de tratarle y esta capacidad tan sólo se pierde cuando el instrumento decae por soberbia, mentira, desobediencia o egoísmo.

Muchos, demasiados, se tienen por maestros por el solo conocimiento de las palabras. Mas no es el conocer las palabras lo que vivifica sino el hacerlas vivir en vosotros. Muchos se glorían de ser “doctores” por el mero hecho de llevar la vestimenta de tales, despreciando a quienes no la llevan y querrían imponer silencio a quien habla en nombre de Dios. Mas, ¿cuál es la mano capaz de impedir al Espíritu del Señor hablar en aquellos que saben ser espirituales en el dar y en el recibir, en el aprender y en el practicar?

Demos aquí lectura a la consideración paulina: “Si el ministerio de la muerte... estuvo rodeado de tal gloria... ¿de cuánta mayor gloria habrá de estar rodeado el ministerio del Espíritu?”.

Mas esto debería decirseles a los negadores y burladores, a aquéllos que se creen con derecho de poder decir a Dios: “¿Por qué a éste que es *nada* y no a nosotros?”. A éstos les responderá un día el Señor; pero será *tarde* para ellos.

Tú, alma mía, deja a un lado cuanto pueda redundar en gloria caduca y presta atención a lo que es don incorruptible y gloria que perdura. Vigila, vigila a fin de que no sea profanado, alterado ni humillado lo que viene de Dios. Tú, a tu deber hasta la hora de nona y hasta tu último latido, y ellos, a sus humos. Y, al morir, encomienda tu don al Señor diciendo: “En tus Manos confío mi espíritu y la palabra de tu Espíritu a fin de que Tú los salves de la corrupción y del desmembramiento”.

Queda en paz. Dios está contigo».

8/9/46

*Natividad de María Santísima  
y Domingo 13.º después de Pentecostés*

*Dice Azarías:*

«No te voy a hablar de la Santa Misa propia de la Natividad de María puesto que de ello te hablaron ya el Santísimo Señor Jesús y nuestra Reina Benditísima cuando te

hicieron el regalo de la Vida de María. Nada tengo que añadir yo, pues Ellos son la Sabiduría y yo tan sólo un reflejo de ella. Mas, aunque no sea sino por el gozo que experimento al hablar de María Santísima, nuestra Reina, te voy a desentrañar el profundo significado de una frase de la Sabiduría que se lee en la Santa Misa del Nombre de María.

Se dice en esa frase: “El que come seguirá teniendo hambre y el que bebe seguirá teniendo sed”. Frase que está en oposición con los conceptos vertidos más de una vez por Jesús Santísimo al hablar a la Samaritana y a los judíos y discípulos: “...El que bebe del agua que Yo le daré, ya nunca tendrá sed”. “Yo soy el Pan de vida; el que viene a Mí ya no tendrá más hambre y el que cree en Mí ya no tendrá más sed”.

Así pues, ¿tan por debajo está María respecto de su Divinísimo Hijo que el nutrirse y el apagar la sed con Ella no sirva para quitar el hambre ni la sed del espíritu que peregrina sobre la tierra y anhela a la Casa del Padre y a los alimentos que en ella se paladean? ¿O tal vez se halla El tan por encima –suposición de todo punto imposible– que, mientras una vez saciados de Cristo, ya no se tiene más deseo, y en lo que a Ella se refiere dicho deseo perdura? Ni lo uno ni lo otro sino una tercera conclusión verdaderamente sapiencial y sin engaño.

Escucha: María es la preparación de Jesús. Como ciertas bebidas suministradas al que se encuentra débil, inapetente, enfermo, asqueado de alimentos, drogas o enfermedades diversas, sirven para devolverle fuerzas, apetito, salud y ganas de alimentarse, disponiendo en suma su estado físico para el retorno a la sanidad y cooperando a este retorno hasta su total restablecimiento, así es María, Madre del Señor, la que prepara al espíritu para una unión verdadera y fructífera con Jesús.

Ella, Madre Universal, derrama su leche de gracias sobre sus pobres hijos pecadores, débiles, enfermos, medrosos, con náuseas y cansados. Siempre es dulce recibir consuelo y cuidados de una Madre. Ella robustece a sus hijos dándoles un sano apetito, un deseo de otro Alimento mucho más perfecto, del Alimento que está en Ella y es una misma cosa con Ella: su Jesús.

¡Oh!, nuestra Reina es el perfecto Sagrario pues siempre están en Ella el Pan de Vida y la Gracia, y nunca vosotros, los hombres, os llegaréis a aquel Pan y a aquella Fuente de Gracia sino a través de Ella.

He aquí por qué resulta justo decir: “El que me come seguirá teniendo hambre y el que me bebe seguirá teniendo sed”, mientras que de Jesús Santísimo se lee que quien de El se alimenta y apaga su sed ya no tendrá más hambre ni sed. María es la Santa Necesidad y Jesús el cumplimiento. Ella prepara y El completa. Ella mantiene el hambre y la sed y los aumenta para llevaros con la dulzura de sus santos sabores al cada vez más vivo y reiterado deseo de vivir de Cristo.

Ella es la verdadera Eva, la raíz y el Arbol de los Vivientes. El Padre la creó, el Amor la fecundó y de su meollo salió la linfa de Gracia que os dio el fruto que es la misma Gracia.

Sus virginales e inmaculadas raíces no dejaron el terrón nativo: el seno esplendente de la Santísima Trinidad. Siempre le besaron las áurás del Paraíso. Verdadero Arbol de Vida, tiende sus ramas, cargadas del Fruto de su Seno, para que vosotros comáis de él. Ahora bien, ¿quién dejará de acercarse a ese árbol para hacerse con sus frutos? Y ¿quién dejará de tornar al mismo una vez comprobada la suavidad de tales frutos? Ninguno, a menos que sea un necio. Id, pues, vosotros, espíritus cristianos, a comer y beber de María a fin de alcanzar el apetito santo de Jesús que, al comunicarse a vosotros, os da la Vida

Eterna.

Que Dios hubiera sido fiel al pacto concertado con la Humanidad, lo patentiza el propio Nacimiento de María. El primer eco del mismo nos viene del Edén, palabra amenazadora dirigida al más astuto de los creados: "Pondré enemistad entre ti y la mujer... Ella te aplastará la cabeza y tú le insidiarás su calcañal". El segundo es a Abraham y a Isaac en Abraham. Y el pacto alcanza su cumplimiento cuando de María nace el Redentor que, tras una vida breve, sube a la Cruz para salvar las almas de los pobres de Dios, de los hijos en desgracia y en el exilio por el Pecado.

Dios siempre es fiel a sus promesas. No siempre es pronto en el obrar. Los hombres querrían que las esperas fuesen menos prolongadas; mas El opera siempre en el momento preciso. Para llegar a aceptar este pensamiento son necesarias una fe grande, una esperanza absoluta y una ardiente caridad. Mas, bienaventurados aquéllos que, bajo la granizada del dolor y ante la realidad de los acontecimientos humanos, saben decir y creer firmemente que Dios intervendrá en el momento oportuno.

Dejad los "porqués" que nada más hacen sino cansaros la mente y envenenaros el alma sumiéndola en la desolación, exasperándola, desconfortándola y trocándola temerosa con un temor nada bueno hacia su Dios. Fiáos y confiáos. La justicia humana, por muy justa y severa que sea, es siempre deficiente si se la compara con la divina que no tiene prisa y que, al parecer, deja hacer, mas sin perder de vista, ni por un instante, a los hombres y sus actos.

Haced vosotros, verdaderos hijos buenos, por obedecer siempre al mandato que Abraham recibió del Altísimo: "Camina en mi presencia y sé perfecto", y después dejad hacer a vuestro Dios. Contra las ovejitas de Dios no se desata el furor divino por más que el fragor de los rayos roja sobre sus cabezas. Muchas veces los lobos y los chivos se entremezclan con las ovejitas y entonces los rayos son para aquéllos mas no para éstas. Otros muy distintos son los rayos que lanza en la refriega de la vida el perpetuo y envidioso remedador de Dios: Satanás; rayos que los dirige contra las ovejitas que, incluso, quedan heridas a resultas de ellos. Mas la herida no es mortal. Su vestidura se enriquece con los rubíes de su dolor y las perlas de su llanto haciéndolas más dignas de la esplendorosa morada del Cielo.

Tened esta fe en la justicia de Dios y en sus promesas como la tuvo el patriarca Abraham. ¿Véis? La fe en las promesas de Dios es un aliciente más activo aún que la Ley para la vida perfecta. Tanto es así que, mucho antes de que se diese la Ley a los hombres, Dios dictó a Abraham y a la progenie de pueblos que habrían de derivarse de él, la promesa a fin de que en ella encontrasen los pueblos la razón de caminar en la presencia de Dios, mereciendo con ello el cumplimiento de la misma.

La infinita Misericordia de Dios, siempre misericordia aun en el tiempo de la ira, viendo que el veneno de Satanás era tan activo que hacía difícil a los hombres el caminar con perfección en la presencia de Dios, dictó posteriormente la Ley.

Cual niños, imperfectos de nacimiento o por enfermedad, que necesitan de una continua vigilancia y de un instructor que les vaya indicando: "Haz esto, no hagas aquello", los hombres, con anterioridad al tiempo de la Gracia, fueron dotados por Dios de un código minucioso con el que supiesen vivir como justos siendo gratos a su Señor. Y en éste su menester de custodio y preparador de las almas continúa hasta el momento en que la Promesa se hace realidad con la llegada del Viviente para vencer la Muerte y el pecado.

Bien dice el Apóstol: "Si la Ley, de suyo, hubiese sido 'Vida', entonces sí que hubiese



venido la justicia. Mas la Ley no era sino la preparación para la Vida. Faltaba la Gracia, persistía el Pecado y, por eso, no fue la Ley sino la Promesa la que provocó la Vida, esto es, a Cristo Jesús venido a suministrar la Gracia y a cancelar el pecado, proporcionando así los medios con los que resistir a las concupiscencias mediante la nueva Ley, la Suya, basada en el amor, hecha fácil por el amor recíproco, por los méritos de Jesús, por los Sacramentos y por la unión, a través del Cuerpo místico, con el Santo, el Victorioso y el Inmortal.

Dios mantiene siempre sus promesas. Sean, pues, éstas la lección y la fortaleza que te comunica la Santa Misa del 13.º domingo después de Pentecostés.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

15/9/46

*Domingo 14.º después de Pentecostés*

*Dice Azarías:*

«Bien como persona individualizada o como integrado en una sociedad formada por un solo organismo, el cristiano encuentra su ayuda cuando se ve protegido cabe el Señor Eterno por su Hijo amado.

Lo mismo que sucede cuando una persona se dirige a otra para saludarla, hacerle algún favor, reprenderla o conocerla simplemente, que no le mira a las manos, a los pies, a la espalda ni al pecho, sino que se fija en su rostro, así también vuestro Padre, cuando se vuelve al escuchar vuestras súplicas o bien se indigna de vuestros pecados u os observa tal vez para conocer vuestras acciones y pensamientos, ¿qué mira ante todo? El Rostro de Aquél en quien tiene sus complacencias y que resplandece en el espíritu de los buenos pero que también queda sobre los miembros enfermos del gran cuerpo que es la Iglesia de todos los cristianos católicos.

Lo primero que encuentra es la mirada de su Cristo, con lo que su indignación se aplaca acrecentándose su misericordia por la justicia y el júbilo.

Por la justicia: al haber ya expiado Cristo por los pecados de todos los hombres que después tornan arrepentidos al Señor o por aquéllos por los que otro cristiano ruega y sufre junto con Cristo.

Por el júbilo: porque en cada uno de los justos que imploran al Señor, parece oír la voz de su Impetrador amado y se siente feliz de conceder lo que en su Nombre le piden.

He aquí por qué la liturgia usa la fórmula: “Por Jesucristo Nuestro Señor”. Todo el bien proviene de El, la Gran Víctima, que, con la efusión de su Sangre y la plenitud de su amor quebrantó los diques de la misericordia y del amor levantados para poner límites a los sentimientos divinos, violencia que a Sí mismo habíase hecho Dios presionado por el enojo de la Culpa Primera.

Dado que todo se obtiene a través de Cristo y que el Padre no acierta a mostrarse severo si quien le mira suplicante es Cristo, Cabeza de la Iglesia, he aquí, pues, que podéis rogar con plegaria segura por Ella que tan necesitada se encuentra de oraciones si ha de mostrarse fuerte, unida y santa. La hora de Satanás bate tempestuosamente las playas

marcadas con la Cruz. Tan sólo una promesa se alza como escollera en defensa de la Iglesia Apostólica, la palabra de Jesús: “No prevalecerán”.

Pero observad las palabras que acompañan a esta promesa. Ellas recuerdan una cualidad de la Iglesia y suscitan otro parangón evangélico. Dicen así: “Tú eres Piedra y sobre esta Piedra edificaré Mi Iglesia”.

Construcción sólida, por tanto. De piedra, no de barro que el viento seca y dispersa o el agua diluye; ni de hormigón que el tiempo deteriora, ni de ladrillos a los que la piqueta puede desencajar introduciéndose entre uno y otro o derrumbarlos al quebrarlos golpeando con fuerza, sino de piedra. Una sola piedra, potente, inquebrantable, inalterable, sólida y segura. ¿Recordáis a Juan el Bautista? ¿Cuál es el elogio que Jesús hace de su Precursor? Es éste: “¿Qué habéis ido a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento?”.

Juan, el Precursor, no era una caña que el viento agita a diestro y siniestro o a la que la mano de un niño o el paso de un animal quiebra. El era un fuerte hasta la violencia, hasta esa violencia mediante la cual se defiende y se conquista el Reino de los Cielos. Juan, Precursor del Cristianismo, debía ser esta fuerza a la que nada quiebra ni abate. De otra suerte ¿cómo habría podido preparar los caminos del Señor de haber sido un débil al que cualquiera le inclina a su lado?

Ahora bien, ¿no es acaso la Iglesia militante la que precede a la triunfante y eterna preparando el gran Triunfo del Cordero en la Jerusalén celestial? ¿Cómo, sin más llanto, habría de poder la Esposa vestirse de brillante biso para sus nupcias si de reina pasase a ser esclava, si ante los embates de Satanás se fuese despojando de sus miembros cual hojas aventadas por el huracán o se resquebrajase como casa que se cuarteja? ¡Horror! ¡Horror que no tiene nombre! Mas el que vio el Cielo y el Tiempo Ultimo lo dice: “He aquí que se vio venir un gran dragón rojo... y con su cola arrastraba tras de sí a la tercera parte de las estrellas precipitándolas”.

Rogad, cristianos, rogad para que no más de la tercera parte caiga arrollada por Satanás, por sus siete malditas hidras, por sus décuples armas infernales y por su serpentino y diabólico trabajo.

Rogad, rogad para que el organismo de los creyentes, la Iglesia militante, continúe siendo “Piedra” y no llegue a hacerse de barro, hormigón ni ladrillo. Cercadla con las barreras de vuestra oración pues, de verdad, la hora es tremenda, más tremenda que la de las tinieblas en que fue inmolado Cristo. Porque entonces, contra el odio de un mundo ensatanado se erguía Cristo contra el que, al ser inconmensurables su poder y su Santidad, la prevalencia era relativa; mas en esta hora, prolongada y cada vez más tenebrosa, el mundo ensatanado que se levanta contra vosotros, los cristianos, y contra la Iglesia, no tiene enfrente sino hombres, o sea, seres en los que, como dice la oración, no hay sino una naturaleza humana mortal, la cual, sin la ayuda de Dios, sucumbe. Y tanto más fácilmente sucumbe cuanto más infectada y enervada se encuentra por los vapores del mundo y de la ciencia mundana.

Rogad presentando al Padre el Cabeza místico de la Iglesia para que, al ver el Rostro de su Cristo, intervenga el Altísimo impidiendo las afrentas que ya sufrió el Viernes Santo, las cuales fueron figura de las que, a lo largo de los siglos, y cada vez más violentas, se habrían de desatar contra la Cabeza y el Cuerpo místico de Cristo. Y para que vuestra oración sea con mérito, rogad como justos, es decir, como dice el Bienaventurado Pablo, “caminad de conformidad con el espíritu” no dando satisfacción a los deseos de la carne.

La parte selecta es el espíritu. Dad, pues, al espíritu la preeminencia, dadle la reale-

za. La carne es la esclava y el espíritu el rey. Si la esclava abusivamente llegara a ser reina, vuestra naturaleza – en la que aparece trazada la semejanza con el Creador haciendo del hombre el eslabón que une las perfecciones creadoras de los animales, vegetales y minerales con las supercreaciones angélicas y, aún más, dándoos una parte espiritual, cual somos nosotros, y otra carnal como la que asumió el propio Cristo para redimir esa naturaleza, os hace semejantes al Hermano Divino y Primogénito de los Vivientes – perdería la semejanza con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo que le prestan la espiritual inmortalidad, la facultad de poder uniros a Cristo para completar en vuestra carne lo que falta a la Pasión de Cristo, y la mente inflamada por las Virtudes infusas y los Siete Donnes, llegando a asemejaros a los animales inferiores que son únicamente carne y que, una vez cortada su respiración, nada son ya para la eternidad.

En ese perpetuo contraste entre la carne y el espíritu que constituye vuestro campo de batalla y de victoria, no dejéis de suministrar todas las armas al espíritu para que sea el verdugo de la carne. ¡Ejecución santa de la justicia que hiere, doma y trocea para darle un día su misma gloria eterna a esa materia a la que ahora hiere para que sea santa! Combate santo que os libra de los rigores de la Ley, puesto que aquél a quien le guía el espíritu no peca de manera voluntaria y premeditada, y así, por más que llegue a ceder ante un asalto imprevisto de la materia, se levanta prontamente, no terminando en mal sino en bien su caída, toda vez que ésta se resuelve en una victoria sobre su pusilanimidad, su desconfianza y su soberbia. El Mal entonces, a su despecho, coopera al Bien, porque, recordadlo siempre, el Mal es un “libre encadenado”. Puede dañar incluso, si bien no más allá de un límite, y su presencia, su posible astucia y su incansable empeño por herir sirven para manteneros vigilantes, haceros invocar la ayuda de Dios y proporcionaros coronas de victoria.

Dios es Bondad y todo cuanto hace “es bueno”. Si de verdad Satanás no pudiese ser vencido por los hombres, Dios no habría permitido “este mal”. Mas con su refinado mal Satanás coopera a la glorificación de los héroes del espíritu, de los verdaderos fieles del Señor.

Y para estos héroes del espíritu no existe ya la Ley del rigor. En la medida que su voluntad repugna cuanto se relaciona con la carne, la Voluntad y la Justicia Divinas anulan las involuntarias debilidades prontamente reparadas con su deseo de amar, abriéndoles las puertas del Reino a los hijos fieles. Y se las abren ya desde este día terreno prodigándoles sus dones que son: la caridad, el gozo, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la longanimidad, la mansedumbre, la fidelidad, la modestia, la continencia y la castidad. Virtudes todas ellas que estaban en el Hombre perfecto, en Nuestro Señor Jesucristo, el cual, con ser Dios, cuando se revistió de carne haciéndose semejante a vosotros, quiso dotar a su espíritu de los dones y de las virtudes a fin de poder resistir a Satanás y al mundo, conservándose perfecto a los ojos del Padre y de los hombres.

“¿Quién de vosotros me puede convencer de pecado?”. ¡Oh, qué paz confiere poder decir esta frase ante los acusadores, ante los jueces, ante la muerte y ante Dios! Y esta frase puede florecer luminosa y dulce e infundir respeto al que la oye y calma y serenidad al que la dice y a cuantos caminaron de acuerdo con su espíritu, crucificando como Cristo al que pertenecen, su carne en los vicios y en las concupiscencias. Entonces, sirviendo con el espíritu-rey al Espíritu Santísimo, os mereceréis el concurso del Angel del Señor que os salvará cuando, furiosos hasta el extremo por vuestra capacidad de resistencia, sufráis el asalto de Satanás y de sus servidores.

¡No temáis! No temáis, dulces almas que amáis al Señor hasta el sacrificio vuestro

y de sus mismos goces con tal de que el mundo se salve y venga el Reino de Dios.

¡No temáis! Vosotras habéis comprendido a la Verdad que ha hablado y lo que ante todo habéis buscado ha sido el Reino de Dios; mas no para vosotras únicamente sino para todos. El está en vosotras, está ya en vosotras. Sólo esto es lo que tiene valor. Las demás cosas se os darán por añadidura. Mas, aun en el caso de que no se os llegasen a dar por haberlas destruido la guerra promovida por Satanás y por los hombres al tiempo que descendían del Cielo, no temáis, pues es como si vosotras *todo* lo hubiéseis cumplido, dado y recibido. Quienes *no* tendrán las cosas dadas por añadidura no sois vosotras sino los otros.

Al que no quiere recibir no se le da, como tampoco se le da a quien querría recibir; mas no para el espíritu sino para las concupiscencias y las obras de la carne. Ahora bien, nada ni nadie podrá arrebatar los dones del Espíritu a aquellos que le aman con todo lo que son hasta el sacrificio.

Y ahora veneremos a la Bendita del Corazón traspasado. María, el verla tal como la vio Juan al pie de la Cruz, ¿no es acaso un don?

Pequeño Juan, toma tu puesto y consuela a tu Madre. También el Apóstol se hallaba afligido y, con todo, consoló a la Afligidísima. El tenía tan sólo su propio dolor, mas Ella, como Corredentora, *todos* los dolores presentes y futuros, incluso los que tú sabes... Imita a Juan tú, pequeño Juan, *destrozada por tu dolor que es bien grande, pero que es nada comparado con el dolor de la Madre Dolorosa*. Rosa Mística, todas las espinas del inmenso rosal que es el mundo, sin dejar una, se clavaron en su candidísimo corazón haciéndolo enrojecer... Bebe de su llanto y sigue cobijada bajo su manto. Es tu Madre. En el Cielo sabrás cuánto...».

Veo la Dolorosa... y veo cómo una mano le arroja al corazón un haz de espinas... Y la Dolorosa vuelve la cabeza en dirección opuesta a la de aquella mano masculina, fuerte, torva... y llora sin sollozos... Una lluvia de lágrimas cae por su derecha hasta empapar la tierra... El desconsuelo de María Santísima... ¡Oh, me es imposible expresar todo lo que veo...! Ante el suyo, me olvido de mi dolor y la llamo con todo el amor de que soy capaz...

Soy una pobre miserable criatura... Pero, ¡Madre, aumenta mi capacidad de consolarle en la medida de los muchos que son a herirte... a herirnos de esta suerte...!

¡Madre!, ¿no basta con haber pedido que se me prive por ellos de toda dulzura y de todos los éxtasis de amor? ¿Cuándo entonces podré conseguir que torne en ellos su espíritu como Tú lo quieres? ¿Cuándo moriré?

Que se haga la Voluntad de Dios... Pero, ¡Madre, Madre, Madre Dolorosa, ámame y consuélate con mi amor...!

**22/9/46**  
**Domingo 15.º después de Pentecostés**

*Dice Azarías:*

«Alma mía, como le sucede a uno que, yendo de camino, da con un objeto repugnante pero, tras la primera vista involuntaria, al volver a pasar más veces por allí, no se

para a considerar y deja atrás la repugnante vista procurando no recordarla siquiera, fijándose en cambio en las flores, en los árboles y en los buenos caminantes con los que se cruza, así haces también tú después de este nuevo doloroso conocimiento de lo que se oculta en algunos corazones y diriges tu mirada adelante, a las cosas buenas de Dios, a los buenos hermanos y a tu Señor en el que confías. Echáte a la espalda hasta el recuerdo de las dobleces, de los intereses, de los egoísmos, de las codicias, de las soberbias y del desamor que se ocultan bajo un falso simulacro de amor.

Deja en el fango lo que es fango, camina, abre las alas, elévate y vuela a donde el Amor te quiere; regocíjate en tu Señor y con la alegre y activa caridad de los hijos de Dios ruega por la Iglesia de Dios que tan necesitada se encuentra de la Gracia.

Gracia y Salud, Sabiduría y Amor. Ahora son mucho más necesarios a la Iglesia en sus miembros propuestos para el cuidado de las almas el Amor y la Sabiduría que no la Ciencia. Mas abunda ésta con menoscabo de las demás cosas. Y la luz espiritual se apaga sustituyendo a la misma el resplandor rojizo de sus focos humanos. Ofrece todo tu dolor, tu desazón, tu sacrificio y tu perdón para que la Gracia reanime a tantos espíritus que languidecen en el Sacerdocio.

Con esto serás tú mucho más feliz que con cuanto te puede proporcionar tu misión de portavoz, ya que ésta es un don que tú recibes y, en cambio, tu amor, tu dolor, tu desazón, tu sacrificio y tu perdón son dones que tú entregas. Y tú ya le oíste decir al Santísimo Señor Jesús: “Dar es mucho más grande que recibir”.

Recibir impone incluso un cúmulo de obligaciones. Dar, en cambio, es aligerar el espíritu, ponerle alas y encenderlo con fuegos celestiales. Da, pues, sin medida y, conforme a la promesa que no miente: “se te echará” aquí “en el seno una medida rebosante” y en la otra vida te cubrirá de luz beatífica.

¿Ya lo ves? Ellos se saben de memoria las palabras inspiradas lo mismo que las evangélicas. Saben de memoria la letra, mas sin hallarse poseídos de su espíritu. Y ¿por qué esto que les impide caminar por las vías reales de la justicia? Por la flaqueza de su voluntad — hablo de la espiritual— y porque obstaculizan la Gracia, cuando no la ponen en fuga con verdaderas y serias culpas y espíritu de vanagloria. Vanagloria por la reelección en el cargo, vanagloria por la facilidad de palabra en la predicación, vanagloria por la realidad de una virtud que en un principio existió y que después se relajó pero que le creó una fama de santidad aceptada por quienes la han llegado a conocer después de haber ésta decaído; y vanagloria, por último, derivada de la propia prestancia física y del saber adquirido. Vanagloria por los éxitos alcanzados, por las iglesias construidas y los conventos fundados. ¡Vanagloria, vanagloria, vanagloria!

“Si vivimos del espíritu, caminaremos según el espíritu sin provocaciones ni envidias mutuas”, dice el Apóstol en la Epístola de hoy.

Hagamos una confrontación de situaciones. Por un lado estás tú con tu desinteresado despojo de cuanto podía proporcionarte gloria, incluso humana. En esto te tentó Satanás una y otra vez. A ti, de mente y posición elevadas, no podía tentarte sino en esto y lo hizo. A ti, con apuros económicos y necesitada de cuidados, era fácil asaltarte suscitándote el miedo al día de mañana y haciéndote ver el provecho que te reportaría la publicación de una obra tuya<sup>1</sup>. He aquí cómo el Tentador, para hacerte caer, provocó tu parte moral y tu parte material: el orgullo de la mente y los apremios de la carne. De haber aceptado su malvado consejo mintiendo a Dios y a los hombres y robando a Dios, todo habría terminado. ¿No llegaste a advertir cómo el ordenamiento del verdadero Evangelio<sup>2</sup> se inició después de que tú hubiste superado las tentaciones suscitadas en el sentido

de apropiación indebida<sup>3</sup> y de ánimo de lucro y de gloria? Primero hubiste de vencer para después poseer.

Observemos ahora el otro lado. Sin mérito alguno de su parte<sup>4</sup>, Dios les ofreció un don poniendo algunas cláusulas. Si hubieran meditado las palabras que acompañaban al don, habrían comprendido que no eran sino la prueba de su espíritu. Severa la alusión a la otra Orden<sup>5</sup> a la que tu espíritu tendía y tiende por una verdadera vocación que el pensamiento inescrutable de Dios ha contrarrestado. ¿Por qué, te pregunto yo, siendo franciscana en tu espíritu desde la infancia<sup>6</sup>, tan del todo franciscana, fielmente franciscana, por una deplorable falta de interés de tus hermanos religiosos que no se ocuparon de ti<sup>7</sup>, hubiste de aceptar la imposición de otra Tercera Orden no solicitada por ti<sup>8</sup>. ¿Por qué no fuiste ni preguntada siquiera en asunto de tanta importancia? Es tu continuo porqué cuando besas los dos escapularios. Ese porqué lo sabrás en el Cielo. Dios, recuérdalo siempre, se vale de terceros para probar a los primeros. Y en esta frase tienes la explicación que por ahora se te puede dar.

Severa fue la alusión a la otra Orden que debió hacerles reflexionar, lo mismo que las cláusulas unidas al don condicionado a las mismas. No lo hicieron. La vanagloria les aprisionó con sus tentáculos destrozando la caridad, la justicia, el discernimiento y la obediencia. Hízoles crueles, envidiosos, provocadores y torturadores de una inocente.

¿Te habla a ti Pablo o les habla a ellos? A ellos les habla, como a quienes debieran ser maestros en el espíritu. Tú no puedes hablarles a ellos. Cada cual en el lugar que le corresponde. A ellos les hablan por ti la Sabiduría y tus actos, y esto en vano. Mas Pablo, el Apóstol de las Gentes, sí puede hablarles a ellos. Con caridad, pero con firmeza, él les dice: “Si uno cometiere algún yerro... instrúyete con espíritu de dulzura”.

He aquí cómo yerran en su juicio equivocado que no es sincero. ¿Dicen que puedes estar engañada? Pues entonces, ¿por qué no te indican con amor en qué? ¿Por qué? Porque no es cierta su afirmación y carecen de base para probar sus aseveraciones. Y a este primer error de querer mortificarte, por no querer confesar que Dios te ha amado extraordinariamente, añaden este otro de tratarte sin dulzura.

“Y menos mal si tú mismo no llegas a ser tentado”. ¡Oh, cómo me hace callar la caridad en este punto! La desobediencia a las palabras de Dios, la arrogancia, el desorden hacia las reglas canónicas y hacia los prelados de las diócesis, la vanagloria de sentirse y aparecer como doctos de la sabiduría y de la espiritualidad que no poseen, ¿no han sido acaso las tentaciones consentidas por ellos hasta el punto de formar una segunda naturaleza?

“Llevad los unos las cargas de los otros y así cumpliréis con la Ley de Cristo”. A ti, sobrecargada con tu misión, no quería Jesús Santísimo añadirte nuevos pesos y así había dispuesto consignar para ellos lo que tú no podías sobrellevar a fin de que fuesen tus buenos hermanos los que los llevasen. Ellos no los quisieron y, al echarlos por el contrario sobre sus espaldas, agravaron con sus actos la situación dando muerte con ello a la caridad.

“Si uno se cree ser algo no siendo nada, ese tal se engaña a sí mismo”. El Único que es, es Dios. Los hombres, todos los hombres, son lo que Dios y su voluntad quieren. Dios escoge sus instrumentos y a sus siervos. Y si ellos responden a sus llamadas y a sus órdenes, entonces vienen a ser lo que El quiere que sean. En cambio, aquellos que se glorían de ser algo, o son unos ilusos, entrando en tal caso en el grupo de “los que no saben lo que hacen” o, por el contrario, son conscientemente culpables al revestirse de unos méritos que no son suyos, siendo, por tanto, pertenencia de Satanás.

A los ilusos les aconseja Pablo: "Que cada uno examine sus propias obras y así habrá de gloriarse tan sólo en sí mismo y no por los demás, puesto que cada cual debe llevar su propia carga". Gloriarse en sí mismo de la ayuda que Dios le prestó, de la misión que le encomendó eligiéndole con singular amor y de su propia correspondencia a la voluntad del Señor, no gloriándose de nada más; y humillarse reconociendo los propios yerros, causa de las propias desventuras y de las de los demás; y dolerse, no de las desventuras propias que son expiación de los yerros sino de haber causado daño al prójimo. A los avaros y envidiosos que adquieren con codicia y dan un destino injusto a lo que adquieren, Pablo les dice: "El que es catequizado... haga partícipe de sus bienes al que le catequiza".

El primero a quien ellos tienen obligación de hacerle partícipe es aquél que, desinteresadamente, sintiéndose jerárquicamente inferior, les dio. Y si bien él no tenga necesidad de la Palabra por recibirla directamente, tiene, en cambio, necesidad de recibir muchas otras cosas de quien es superior suyo jerárquico. Y, a los ojos de Dios, no es válida su inútil justificación: "El ya tiene a Dios que le dirige". ¿Cuándo dijo Dios jamás: "Este no necesita del sacerdote porque soy Yo el que le instruyo y cuido de él?"

¿Cuándo jamás dijo Cristo a sus leprosos curados: "No tenéis necesidad de presentaros al Sacerdote porque Yo, directamente, he comprobado que estáis limpios?" Y ¿cuándo jamás dijo Cristo: "No marché al Templo porque Yo no necesito de eso para estar en la Ley y con Dios?". Cristo siempre indicó el Templo y el Sacerdocio como trámite obligado entre los hombres y Dios. El que se niega a tutelar un alma porque Dios hace uno de ella es un desertor de su propia milicia.

¡No queráis engañaros! ¡Oh!, ¿qué vale decir: "Somos al presente nosotros los que decíamos estas cosas?". También algunos aparatos y animales repiten las palabras que se les enseña o transmite. Mas ¿son acaso los aparatos y los animales los que formaron esas palabras con su propio pensamiento? El mecanismo o el habla del papagayo ¿pueden tal vez decir: "Lo que digo es mío?". ¿De qué sirve engañarse a sí mismos y a los hombres cuando hay quien os mira desde el Cielo y penetra hasta el más pequeño de vuestros pensamientos? ¿Queréis burlaros de Dios? ¿Pensáis que podéis falsificar sus palabras y estar convencidos de que El no las reconozca? ¿Queréis burlaros de El?

¡De Dios nadie se ríe! No os apoyéis en la peligrosa y presuntuosa base de este pensamiento: "Hasta ahora he hecho cuanto me ha venido en gana, aun en contra de lo que se tenía por querer de Dios, sin que nada malo me haya sucedido, antes, al contrario, una mayor prosperidad". No sabéis lo que os puede traer el instante que sigue. Y, tras los muchos instantes terrenos, hay una eternidad para descontar las burlas hechas a Dios y las durezas a los hermanos. En la eternidad se cosecha lo que aquí se sembró. Por esto se deben realizar sin descanso obras de espíritu y hacer, por tanto, el bien si no se quiere después cosechar abrojos para el fuego purgativo o, lo que Dios no quiera, para los braseros infernales. Haced el bien mientras disponéis de tiempo para ello. Hacedlo todos y, en particular, aquéllos que se cubren con vestimenta que hace que el mundo se fije en ellos, este mundo que perece más porque van apagándose las luces puestas para iluminar que no por las doctrinas perversas suscitadas por Satanás.

Esto dice Pablo a los maestros de espíritu, sucesores suyos. Mas a ellos resulta inútil decirselo. A ti te lo he dicho para que comprendas que debes intensificar cada vez más la oración y el sacrificio por ellos y puedas dirigir palabras oportunas —que te las he indicado— a quien se ha de hacer cargo de tu caso.

Confía en tu compañero angélico. Yo te tengo de la mano, te protejo bajo mis alas y te purifico el aire que tu espíritu respira y al que las acciones de los demás vuelven agrio

y malsano. Cantemos juntos, contentos tú y yo de cumplir con nuestro deber: “¡Cuán bello es alabar al Señor y cantar himnos a su Nombre para proclamar por la mañana su misericordia y su fidelidad durante la noche! ¡Cuán bello tributar alabanzas a Aquél que nos escucha, nos asienta sobre la roca y nos guía por caminos seguros!”

Este es, alma mía, el cántico nuevo que Dios pone en tus labios con la liturgia de hoy.  
Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

Sentido, no escrito (por orden de Jesús), sobre lo que es la Obra en la intención de su Divino Donador (recibido hoy 25/9/46).

28/9/46. — Jesús Santísimo me explica por qué Satanás trata de impedir el que yo pueda escribir los dictados sobre el Evangelio de San Juan. Sentido secreto.

---

<sup>1</sup> En efecto, la muerte de los padres, el aumento del coste de vida, su habitual enfermedad agravada cada día más y la falta o retraso en la publicación de los escritos, debida a dificultades de orden distinto, la redujeron a estrecheces económicas.

<sup>2</sup> Esto es, la Obra escrita por María Valtorta y titulada más tarde: “Il poema dell’Uomo-Dio”, publicada en 10 volúmenes (Ediciones Pisani, Isola del Liri).

<sup>3</sup> Esto es, atribuyendo humildemente la Obra al Señor y no a sí misma.

<sup>4</sup> Alusión a la Orden de los Siervos de María a la que pertenecía el P. Romualdo M. Migliorini.

<sup>5</sup> El texto autógrafo del 15 de octubre de 1944, tal como aparece en los “Cuadernos de 1944”, se expresa en los siguientes términos: “... La otra Orden, por ti escogida, no se halla dispuesta a acoger el don de Dios. Debería estarlo por haber contado entre sus filas con santos y santas que son campeones en manifestaciones sobrenaturales...”. Mas, al presente, se halla en las mejores disposiciones gracias a muchos Padres franciscanos que son lectores asiduos y fervientes propagandistas de las obras de María Valtorta.

<sup>6</sup> María Valtorta, ya desde niña, tras esmerada preparación y subido fervor, entró en la Tercera Orden Franciscana, siguiendo aficionadísima a la misma. (“Autobiografía”, págs. 259 y siguientes).

<sup>7</sup> Por tal motivo el P. Romualdo M. Migliorini, de la Orden de los Siervos de María, acudió a donde la enferma, de la que vino a ser su director espiritual y humilde mecanógrafo de las quince mil páginas autógrafas valtortianas. Algunos compañeros religiosos coadyuvaron con él y después le sustituyeron en la atención sacramental a la enferma y en el cuidado y difusión de sus escritos.

<sup>8</sup> El P. Romualdo M. Migliorini O.S.M. y el P. Pedro M. Pennoni, O.S.M., viendo *el abandono espiritual* en que se encontraba la enferma, una vez conseguida la necesaria autorización, y sin consultárselo a ella, la inscribieron en la Tercera Orden de los Siervos de María a fin de asegurarle una adecuada asistencia sacerdotal y sacramental; asistencia que, *pese a las numerosas peripecias surgidas*, nunca le llegó a faltar.

29/9/46

*Domingo 16.º después de Penecostés*

*Dice Azarias:*

«El Señor que te amaestró desde tu más tierna infancia y del que tan sólo amor recuerdas haber recibido, me dice que, en atención a tu debilidad y para no repetir lo que para ti es un recuerdo doloroso, sea la Epístola lo único que considere contigo. Tú has hablado con Dios y El te ordena que guardes para ti exclusivamente lo que te ha dicho. Obedezcamos, pues. Debería desarrollar el argumento del Introito; mas, a la sazón, todo está ya dicho. Tienes el convencimiento de la bondad y misericordia de Dios que está al tanto de tus necesidades. Nada más hay que decir que no sea superfluo y penoso para tu debilidad.



Mas resulta consolador escuchar al Apóstol. El se dirige a ti con sus palabras de maestro paternal: “Os exhorto a que no decaiga vuestro ánimo por las tribulaciones que por vosotros padezco y que son gloria vuestra”.

Así pues, que tu espíritu les diga a tus miembros, a tu carne y a tus órganos agotados y languidecientes con un sufrimiento de muerte: “Os exhorto a que no tembléis por lo que yo sufro y que, de rechazo, vosotros sufrís; porque mi sufrimiento lo es también vuestro y motivo de vuestra gloria”.

¿Con qué brillarán un día, en el día eterno, los cuerpos de los santos? Con los sufrimientos soportados por la justicia, por haberse agotado por ella, haberla cultivado en sí mismos, haberla proporcionado a los demás y haber sido perseguidos por esta labor.

“Aquéllos que enseñaron a muchos la justicia brillarán como estrellas por toda la eternidad”, dice Daniel. Y la Sabiduría: “Los justos brillarán, correrán como chispas por un cañaveral, juzgarán a las naciones, dominarán a los pueblos y el Señor reinará en ellos eternamente”.

Y ¿qué es lo que promete el Verbo en las bienaventuranzas? Gloria, luz, felicidad y paz a cuantos lloraron y sufrieron por su fidelidad a la justicia.

Así pues, puesto que sois cuerpo y alma —si bien la pesada ley de la carne tiende siempre a prevalecer mientras permanecéis en el destierro— he aquí que, ciertamente, las carnes que se vieron maceradas por querer del espíritu y soportaron las tribulaciones por contraste de los grandes padecimientos del espíritu, poseerán la gloria en la eternidad, por lo que, es de justicia que tu espíritu le diga a tu carne: “No decaigas de ánimo por las tribulaciones que sufro, incluso por ti, cuerpo mío, ya que serán tu gloria futura y eterna”.

Y Pablo enseña qué se ha de hacer para conseguir la ayuda sobrenatural que mantenga firme a la criatura que es espíritu y carne. “A tal fin doblo mis rodillas ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo... para que os conceda... que, corroborados poderosamente por medio de su Espíritu de modo que habite Cristo en vosotros por medio de la fe... y que, arraigados y fundamentados en la caridad, podáis comprender con todos los santos... lo que supera toda ciencia, esto es, la caridad de Cristo y así os veáis repletos de *toda* la plenitud de Dios”.

Dios es Caridad. El que tiene caridad tiene en sí a Dios. Jesús Santísimo, te lo tengo dicho, es el compendio de la Caridad de las Tres Divinas Personas. Por eso, quien tiene en sí a Cristo, se encuentra repleto de la *plenitud* de Dios.

En la antigua Ley, en el tiempo antiguo, los hebreos tenían al Padre que llenaba el templo con su gloria y al Espíritu que, alguna que otra vez, llenaba de Sí a determinada criatura. Mas en el Tiempo Nuevo, en la era de Cristo, los cristianos tienen, no sólo la Primera o la Tercera Persona sino la plenitud de Dios Uno y Trino en Jesucristo Señor Santísimo.

La tienen por la Gracia y por los Sacramentos y, en particular, por el Sacramento del Amor en el cual, junto con el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad del Verbo Encarnado, están el Padre y el Paráclito inseparables de la Divinidad de la Segunda Persona en virtud de la Sublime Unidad de tres Dioses que son un sólo Dios<sup>1</sup>. A esta invisible aunque sensible y activa Presencia, a este Infinito que se circunscribe en una minúscula parte del todo: en un hombre creyente —y desde esta cárcel en la que únicamente el amor le retiene, opera y transforma, porque El todo lo puede hacer, hasta lo que rebasa cuanto el hombre es capaz de pedir, hacer, pensar y desear, y de una nada puede hacer una grandeza, puesto que no es la nulidad sino quien la habita el que opera con sus medios infinitos—,

se le debe atribuir la gloria que le es debida y la confianza de quien se ve sostenido por un Fuerte y guiado por un Sabio que, al parecer, no está.

Que en esta confianza encuentre paz tu espíritu y fortaleza tu cuerpo para la lucha gloriosa que consigue la Vida a través de la preparación del dolor y de la muerte.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

5/10/46. — Elevación que no escribo (por orden de Jesús Santísimo) sobre las maravillas de la Creación.

---

<sup>1</sup> A la frase “Tres Dioses” debe atribuírsele aquí un sentido popular equivalente a la expresión científica: “Tres Personas Divinas”.

6/10/46  
*Domingo 17.º después de Pentecostés*

*Dice Azarías:*

«Tanto en las grandes como en las pequeñas cosas siempre te trata Dios con misericordia, con paternal misericordia, exigiendo de ti únicamente la obediencia. Porque, consiguiendo a la obediencia, viene una vida sin mancha voluntaria y una conducta ajustada a la ley del Señor y a su querer. Dios Santísimo nada que no sea el bien de sus hijos puede querer y por eso el que obedece a su querer practica el bien en la medida de su capacidad y Dios se conforma con esa proporción por ser equivalente a la totalidad de cuanto la criatura le puede dar.

Y aún reporta un nuevo fruto la obediencia: el de unir estrechamente con Dios. Dichosos aquéllos que pueden decir lo que Jesucristo a quien le reconvenía: “Yo siempre hice y hago lo que quiere el Altísimo”. La obediencia, al unir estrechamente con Dios y casi fusionar con El mediante la identificación en el querer — pues Dios quiere el bien de la criatura y ésta, a su vez, el bien que Dios quiere de ella — hace efectivamente que descienda Dios con su amor a habitar en quien le ama puesto que la obediencia es amor. Y entonces, como el que predomina es siempre el más fuerte, —y aquí el más fuerte es Dios— sucede que quien opera es Dios, poseedor absoluto del espíritu fiel; y la criatura, al hallarse tan penetrada y dominada por el Divino y en el Divino, no realiza ya acciones propias sino divinas que, por ser tales, no pueden ser sino acciones santas, privadas de contagios diabólicos, como así lo pide la Oración en su invocación.

Esta unión absoluta, esta total donación a Dios, este anularse en Dios despojándose del yo para ser absorbidos por Dios —el yo es material y no se puede con él penetrar en el Señor que es puro Espíritu— predispone a esa unión, donación, humildad, caridad, paciencia y mansedumbre que Pablo asegura ser esenciales para poder ser verdaderos cristianos, unidos a Cristo, unidos a Dios y unidos al Espíritu con el vínculo de la paz entre los hermanos y de la caridad en sus dos ramas que se extienden: una al Cielo para abrazar el trono de Dios y la otra por la Tierra para acariciar al prójimo. Entonces es cuando realmente formáis un solo cuerpo y un solo espíritu, todos unidos en el Señor, con una sola fe, un solo bautismo y un solo Padre que está sobre todos y en todo, especialmente en los miembros del cuerpo de Cristo, miembros vivientes en los que viven y vivifican

realmente las gracias infusas.

Estar bautizados, confirmados, absueltos y haber comulgado *poco es si tales dones resultan inertes; y, en cambio, es todo si la buena voluntad de la criatura hace que sean activos los dones recibidos a través de los Sacramentos*, convirtiendo en realidad eterna la esperanza que alegra el destierro de los llamados por Dios al gran pueblo de Dios.

¡La buena voluntad! ¡Qué arma tan poderosa para vencer! Como dice el Gradual, el Señor mira a sus hijos desde el Cielo y los ve animados del buen deseo de servirle aunque incapaces de hacerlo perfectamente. Ahora bien, ¿acaso se desanimará Dios por esta vuestra incapacidad de obrar con perfección? ¿O por ventura dirá: “Por mucho que hagan, no podrán entrar aquí, a mi Paraíso, en el que tan sólo entran las cosas perfectas y las criaturas perfectas, puesto que ellos son imperfectos como imperfectos son igualmente sus actos?”.

¡Oh!, no. Aquel Dios que con una palabra creó los cielos reuniendo las moléculas de los gases y formó los astros y la Tierra; y, agrupando las diversas partes esparcidas por el cosmos, hizo la masa sólida que es vuestro mundo, las otras ardientes que son los astros y las líquidas que son los mares, cosas todas ellas que, a partir de entonces, constituyen el Universo, ¿no podrá tal vez hacer obras perfectas con vuestras acciones deformes e imperfectas, es cierto, pero realizadas con buena voluntad?

Con fe, esperanza y caridad ardiente dejadle hacer y El lo hará. La santidad es obra conjunta del buen querer heroico de los hijos de Dios y del poder de Dios que completa y hace perfecto el buen querer heroico de sus hijos. Y ¡es tan hermoso, hombres, que vuestro Padre, que es Dios, sea el que tome lo que sus pequeños hacen y lo haga semejante a lo hecho por un Dios, completándolo con su bondad! Nosotros carecemos de esto, siendo justo que así sea. Siempre es justo. Mas ¡cuán bello es y cómo os debe llenar de gozoso reconocimiento el pensar que para servirle y ayudarle en la Redención y en el apostolado se sirva El de los hombres y no de los ángeles, y que para hacer dioses de sus hijos, los hombres, ponga a contribución su poder que es todo amor!

Todo lo podéis con sólo que viváis como hijos sobre vuestro Padre que es Dios Altísimo llegando a hablarle como a un amigo paternal, atreviéndoo a pedirle que anule el ya inminente castigo contra los perjuros que le ofenden y dé cumplimiento a esos deseos atrevidos que os brotan del corazón a impulsos de vuestro encendido amor.

Los deseos, los santos deseos, ¿sabes, María, qué son? Son el propio deseo de Dios inspirado por El en los corazones de sus hijos y, en especial, de los más amantes, siendo tanto más atrevidos tales deseos cuanto más el hijo ama a su Dios. Y así el deseo de Dios, inspirado por El y acogido por la criatura amante, es lanzado como flecha de oro a los pies de Dios, y el espíritu, a su vez, sube tras ese dardo precioso para pedir las cosas que a la humanidad se le antojan locuras pero que son acciones del amor. Son, pues, el propio deseo de Dios que quiere hacer realidad estas locuras para su gloria.

¡Oh vosotros, amadores, que hacéis vuestros los deseos de Dios hacia vosotros, sois los sublimes locos en el seguimiento del Divino Jesús, loco de amor hasta la muerte de Cruz! Sois los locos de la sublime locura del amor y del sacrificio. ¡Lanzaos! ¡No temáis! El mundo, si aún ha de obtener misericordia, necesita de santos locos como vosotros. Y de vosotros tienen asimismo necesidad las almas si todavía se han de salvar. Ellas, las más, ya no saben salvarse a sí mismas. Se encuentran con las alas rotas, desgarradas, quemadas. Se arrastran y caen a tierra. Vuestro sacrificio, vuestra locura de amor les devuelven alas y pupilas tornando a ellas el deseo de lo alto y, resurgiendo, buscan a Dios, abren las alas...

Es vuestra sed de amor, es vuestro inextinguible deseo lo que Dios quiere y vuestro cumplir lo que Dios desea, lo que las arrastra al Cielo. La carne, el mundo y el demonio es el lazo que las retiene. Vosotros quemáis ese pesado lazo, colocáis en su cuello el áureo cordón de la caridad y las lleváis con vosotros a lo alto, a lo alto, al Cielo, a Dios.

Loado sea el Amor que inspira y alabado el amor que opera. Sean alabados el amor que salva y el Dios inspirador de las acciones de los santos. Alabanzas a los santos que cooperan con Cristo y al Amor, al Amor, al Amor!

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

Noche del 6 y 7 de octubre. Me despierto entre sufrimientos de agonía física y el Adversario, para atemorizarme, insinúa: «¿Cómo has de presentarte ante Dios? El Juicio... el castigo...». Le respondo luchando contra el miedo: «Haré como todos, desde Adán hasta el último de los hombres: Morir. Y además, para estar segura en el último momento, confiaré más que nunca en la misericordia de Dios». Se marcha vencido y, con él, desaparece igualmente mi agonía física... Me adormezco plácidamente en el seno de Dios.

12 de octubre, a las 16 horas. Me corroe como un veneno la insinuación de Satanás – tengo la seguridad de que es él –: «Tú que tanto deseas ir al Cielo para reunirte con tu padre, tienes que saber que nunca le has de encontrar. Ni a tu padre ni a tu madre. También allí sufrirás eso». Respondo para calmar la angustia de tal pensamiento: «No sufriré. Amaré a Dios. No se puede sufrir por duelo de nadie ni de nada cuando se está gozando de Dios».

*13/10/46*  
*Domingo 18.º después de Pentecostés*

*Dice Azarías:*

«Segura es la recompensa que se da al paciente ya que éste imita a su Padre Celestial que tan paciente se muestra esperando la conversión de los hombres pecadores, si bien después encuentra la recompensa a su paciencia amorosa en el gozo que le proporcionan sus salvados. La imitación de Dios, al ser amor en acto, alcanza siempre recompensa de Dios. Y, mientras dura este vuestro día terreno, esta recompensa se cifra en una paz profunda del espíritu, paz que desconocen quienes no saben servir al Señor. Y, más allá del corto día terreno, la recompensa será gloria eterna y gozosa. Otra recompensa del que sabe ser paciente es la concesión de las gracias solicitadas, que podrán ser aplazadas, pero que, tarde o temprano, se conceden y siempre en el momento oportuno.

Abandónate, pues, con plena confianza a la Misericordia que te ama, te dirige y dirige tus asuntos más queridos y, con ello, agradecerás tanto a Dios que todo cuanto te urge se resolverá en bien, ya que siempre será Dios el que tome en sus manos tus cosas haciéndolas suyas.

¡Si de esta suerte acertaran a conducirse todos los hombres y se dejaran mover por la Sapiencia Misericordia cual fino cendal que ondea al soplo del viento, así fuera éste de ligero como la brisa en la que el profeta percibió a Dios...! Se encontrarían transportados al Cielo sin saber cómo llegaron allí, lo mismo que un niño que, aun siendo incapaz de caminar, puede alcanzar la cumbre de un monte y gozar del sol, de la inmensidad del espacio y de la floresta al ser portado allá arriba por la madre en el dulce cobijo de sus

brazos.

Meditemos a Pablo. Ser testimonio de Cristo ratificado en medio de los fieles no quiere decir que tales fieles hayan recibido el Bautismo y los demás Sacramentos, sino que sus obras dan testimonio de su condición de imitadores de Cristo. Las prácticas religiosas limitadas a las horas del culto, la observancia de determinadas ceremonias sin que, una vez finalizadas éstas, les sigan la religiosidad, la obediencia a los preceptos y consejos de vida cristiana de una manera intensa y sincera durante todas las horas, sucesos y acciones del día, no constituyen testimonio alguno de Cristo sino tan sólo hipocresía o, cuando más, una muy débil vida cristiana. Si tal hiciéseis –y así son los que de tal modo se portan– seríais semejantes a esos niños cacoquimios que de la leche y cuidados maternos únicamente se aprovechan de un mínimo apenas suficiente para no morir, pero insuficiente para crecer, quedando reducidos a seres atróficos sin movimiento y sin fuerza, expuestos a todas las enfermedades hasta que un desarreglo en la nutrición o un ataque de los elementos los mata.

Suerte idéntica es la de aquellos espíritus que no transforman en jugo vital cuanto les viene a través de los Sacramentos y se limitan a recibir sin esforzarse en dar, siendo parásitos que vegetan pero no viven, inválidos en el cuerpo vital de Cristo, destinados a morir porque, al ser tibios, abúlicos y estériles, son presa fácil de todas las infecciones espirituales y, al ir debilitándose progresivamente, terminan por perecer como plantas que tienen dañadas sus raíces.

Pablo, maestro insigne de la doctrina del cuerpo místico cuya cabeza es Cristo, regocijándose con sus corintios por el testimonio que dan de Cristo y de la vitalidad magnífica de los miembros vivos y voluntariosos, se congratula por ellos, mas no por los parásitos que vienen a ser un peso y un peligro para los demás, amén de un escándalo y una ofensa para Dios, pues, al ser “ni tibios ni calientes, los lanza de Sí”, como dice el Apocalipsis.

Pablo se alegra viendo confirmado por las virtudes de los cristianos el carácter cristiano de los corintios “hechos ricos en todo, en el don de palabra y de ciencia” por la gracia de Dios alcanzada por Cristo y mantenida y aumentada por los méritos de la criatura de buena voluntad.

Se alegra por ello y les exhorta a ir creciendo más y más en Cristo, succionando y asimilando los jugos vitales del Cristianismo que es vida y no formulismo, que es verdad y no hipocresía, que es camino y no ciénaga en la que se hunde y se queda, y así “no falte en ellos don alguno” –tengo explicado ya que los dones viven de verdad únicamente cuando la buena voluntad de la criatura los hace vivir– “de modo que se encuentren sin culpa a la venida del Señor Jesús”. Sin la culpa más grande cual es la de haber menospreciado los dones infinitos de Dios, descuidándolos hasta el punto de no hacer de ellos vida de la propia vida y perfección del espíritu, faltando por ello en todas las virtudes y llegando a no permanecer en la Fe, en la Esperanza, en la Caridad, en la Fortaleza, en la Prudencia, en la Justicia y en la Templanza, cediendo, por el contrario, a los halagos del demonio, del mundo y de la carne; espíritus decaídos o muertos más bien del todo para los que fue en vano el sacrificio sobre manera penoso de Cristo.

Nada más te digo, alma mía, alma víctima. Sufre con Cristo para su regio triunfo y sea ésta tu Santa Misa perpetua.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

**13 de octubre** (si bien dos horas después de la explicación de la Santa Misa).

Lección secreta acerca del mérito que un enfermo puede adquirir incluso sabiendo soportar con paz este pensamiento: «por mi culpa fulano no puede ir a misa y mengano no puede descansar», y así por el estilo<sup>2</sup>.

Soportarse a sí mismo cuando vemos que somos una pesada carga para los demás es siempre virtud y Dios sabe convertirlo en motivo de premio, tanto para el enfermo como para quien por él se ve en la imposibilidad de hacer lo que quiere.

Como aclaración para quien a su tiempo haya de leer estas breves referencias a lecciones secretas, digo que Jesús Santísimo me indicó (el 25-9) que no escriba ya sus consejos íntimos a mi alma como castigo para quienes no saben reconocer que es El quien me habla o que mienten cuando dicen que no le reconocen para humillarme faltando a la caridad y a la sinceridad. Y así lo hago a partir del 25-9, limitándome, como El lo quiere, a dejar constancia del objeto y fecha de la instrucción secreta.

**13-10-46, a las 16 horas.**

¿Hay quien pueda hacer frente al fuego cuando flamea y a Dios-Amor cuando quiere amar? ¿Amar sensiblemente acaso? No. Y lo experimento.

Hoy se abate sobre mí uno de los trances de amor divino más violentos que yo haya jamás experimentado.

Lo siento llegar... Con ser una oleada inmensa, no es un peso que oprime sino fuerza más bien que atrae, que te arranca de la Tierra y te lleva arriba, arriba, arriba...

Lo siento acercarse, cada vez más extasiante y, antes de perder el conocimiento en fuerza de su inexpresable dulzura, acordándome de mi plegaria y ofrecimiento del 15 de agosto, suplico: «¡Para mí, no! ¡Para mí, no! Para ellos. Para que te amen». Está siempre en mí permanente la voluntad de renuncia a mis goces místicos a cambio de que ellos vean y comprendan.

Pero con una más intensa dulzura dentro de la ya inconmensurable dulzura y del océano de Luz y Fuego que me inunda desbordándose de los Cielos, me llega la Voz inexpresable del Dios Uno y Trino que dice: «No. En vano me rechazas por un sacrificio de amor. *Yo te quiero a ti, quiero entregarme a ti.* Busco consuelo para Mí mismo. Busco un corazón que me ame. No quiero ciencia sino amor. No quiero discutir sino poseer. No quiero reprender sino amar. Te quiero a ti. Sáciame. Consuélame. Amame. Me derramo donde encuentro quien me comprende en mi deseo infinito de comunicarme. Escribe y después ven...».

Y ya no hay sino abandonarse y... sentir que te dicen: «Tú debes amar incluso por ellos. Quiero que tú me sacies con el amor que ellos no saben darme como Yo quiero. Y quiero penetrarte de Mí para que tú les llegues a amar como Yo amé a mis verdugos: *desmesuradamente*. Porque cuando se ama con perfección, se ama de un modo desmesurado a los más infelices, a aquéllos que son *nuestro* dolor. Sin este amor nuestro ellos se perderían».

Y me embriago y ardo como no es posible describir. Y amo a Dios y en El a toda la Creación con los habitantes del Cielo, los que viven en la Tierra y los que penan en el Purgatorio; a todos, en fin, a todos y... — ¡oh, ellos no lo creerían aunque se lo dijese! — les amo como una madre puede amar a su hijo enfermo que, de no atenderle con sumo amor, perecería; y sufre de que está enfermo, por más que él no crea estarlo ni que su ma-

dre sufra.

¡Señor, si has de servirte, no tanta violencia...! ¡Tú sabes de mi *absoluta* debilidad...!

Mas cuando vuelvo a ser la pobre criatura de antes, recuerdo con una dulzura pacífica el huracán de amor de que fui presa y cómo no escuchó Dios mi plegaria, y entonces el corazón, que si resistió fue tan sólo por su querer, palpita extenuado como el pajarillo que subió por demás arriba y cantó con fuerza desmedida...

Mas si mi Señor recibió consuelo y mi nulidad prestó ese servicio al Todo... ¡bravo por el amor! y dulce resulta el dolor del corazón cansado... ¡Llegar a morir por la violencia del amor...! ¿Qué supone vivir y qué morir? Únicamente consolar a Dios.

---

<sup>1</sup> Alusión al profeta Elías y a su encuentro con Dios de que habla el libro 1.º de los Reyes 19, 9-14 y, en particular, el versículo 12.

<sup>2</sup> Tal vez hay aquí una probable alusión a Marta Diciotti que asistió amorosamente a María Valtorta, enferma, desde el día 24 de mayo de 1935 hasta su muerte, acaecida el 12 de octubre de 1961.

---

20/10/46

*Domingo 19.º después de Pentecostés*

*Dice Azarías:*

«¡Cuánto afán hay en el hombre por la propia salud y prosperidad! Si bien se considera, el hombre se ve atormentado y ligado por este afán perenne como un galeote a su banco. Es una obsesión que despoja la vida hasta de ese poco de felicidad material que la salud o la prosperidad en los negocios le pueden prestar. ¡El miedo al día de mañana! ¡El temor a las enfermedades! ¡La preocupación por una posible pérdida de dinero, del empleo, de la hacienda, el pánico a las perturbaciones meteorológicas para el campo, las epidemias para los criadores de animales, las revueltas obreras para los industriales y las revoluciones nacionales para la mayor parte de los pueblos!

El hombre, que nada puede hacer contra estas cosas inmateriales, bien que producidas por fuerzas materiales; el hombre que se ve impotente ante los microbios, los hurtos, los despidos, los rayos, el granizo, el viento, los terremotos, la peste y los motines, vive con el dogal del temor puesto al cuello. Este vivir sin paz es la consecuencia de haber hecho del materialismo la ley de su vida. Si el hombre fuese espiritual en sus afectos y pensamientos no temblaría así. En primer lugar, porque levantaría su mirada a Dios rogándole; y, en segundo lugar, porque diría: “Esto no es más que un tránsito y la meta es el Cielo. El tránsito, sin duda alguna, es penoso pero la meta, en cambio, luminosa y feliz. Soportemos hoy para así gozar mañana por una eternidad. Temblemos únicamente de perder la meta y no perder una cosa cualquiera en el tránsito, cosa que no podremos llevar allí, a la meta. Ingeniémonos tan sólo con la constancia y la fe, con la caridad, la esperanza y las demás virtudes en allegarnos al tesoro que habremos de llevar con nosotros al lugar de la meta. Y confiemos en el Señor que nos dice: ‘Yo soy la salud del pueblo, en cualquier tribulación que me llamen, Yo les atenderé’”.

Ahora bien, la petición contenida en la Oración ¿cómo puede conciliarse con la ofrenda de las almas víctimas? Yo te hablo a ti porque lo eres, como también lo son todas las

pequeñas voces y, a través de ti, les hablo a las otras almas víctimas. ¿Cómo podréis hacer vuestra la súplica de la Oración cuando os ofrecísteis a la inmolación que Dios aceptó? ¿Desandaréis el camino alejándoos del lugar de vuestro suplicio? ¿Por ventura le suplicaréis al Padre que os devuelva la salud, el bienestar, los afectos, en fin, todo cuanto le ofrecísteis para ser víctimas? ¿O le suplicaréis tal vez dirigiéndole estas palabras? No. Podéis, es cierto, dirigírselas, pero elevando a tal altura vuestro espíritu que le pidáis lo más perfecto, esto es, que Dios, aplacado, “aleje de vosotras toda adversidad *espiritual* a fin de que, libres en el alma (de las tentaciones y turbaciones) y en el cuerpo (de la preocupación por el mañana y de los apetitos naturales de la carne, apetitos que no constituye pecado sentirlos antes mérito el no consentirlos) podáis entregaros con libertad de espíritu al servicio de Dios”. Viene a ser de este modo súplica perfecta, del todo sobrenatural y angélica, muy superior a la mayor parte de las peticiones de los hombres en las que las preocupaciones materiales ocupan el 98% de las mismas.

Y meditemos a Pablo que continúa enumerando las condiciones precisas para ser *realmente* cristianos. Renovarse en el espíritu de la mente, o sea, asumir un pensamiento que contemple y juzgue los acontecimientos y acciones que se hayan de soportar o llevar a cabo desde un punto de vista sobrenatural.

El hombre, aun el católico, no se esfuerza por vivir y obrar conforme a la moral cristiana. Vive de continuo en un compromiso entre el cristianismo y la carne, entre el cristianismo y el mundo, entre el cristianismo y Satanás, olvidado de esta palabra solemne: “No se puede servir a la vez a dos señores”. Por el contrario, el hombre sirve a más de un señor: a sí mismo, al mundo y a Satanás. ¿Cómo entonces ha de poder ser jamás de Dios si ya lo es de tres Mammones exigentes y feroces?

¿Cómo el hombre se rinde y sigue esclavizado a estos Mammones? Admitiendo, desde su más tierna infancia, los pensamientos de la carne, del mundo y de Satanás. Aun sin advertirlo y por puro mimetismo se identifica con cuanto le rodea que, excepcionalmente, ni aun en el núcleo base que es la familia llega a ser perfecto. Mas, una vez llegado a la madurez, capaz por tanto de distinguir del todo entre el bien y el mal, entre el espíritu del siglo y el espíritu sobrenatural, entre lo que es cristianismo y lo que no lo es, el cristiano, que de verdad quiere ser tal, tiene el deber de *renovarse en el espíritu de la mente y de revestirse del hombre nuevo*, que es el nacido de los frutos del sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo, ese hombre nuevo, creado, *recreado en la justicia y en la verdadera santidad*. Y ¿cómo es este hombre nuevo? Sincero como lo fue Jesucristo aun frente al peligro de muerte por decir la verdad. Porque la sinceridad fue una de las características principales de Jesucristo, característica que El la impuso a sus seguidores diciendo: “Sea vuestro hablar: sí, sí; no, no”.

Y es lógico que así sea pues Jesucristo es el Antagonista de Satanás que es Mentira mientras que Jesucristo es Verdad. ¿Cómo uno que se dice de Cristo ha de poder asumir las características de Satanás? Por eso el hombre ha de renovar su mente con fidelidad heroica a la sinceridad. Sinceridad con todos y en todas las circunstancias, sin pararse a calibrar las posibles ventajas derivadas de la mentira y los posibles perjuicios provenientes de la sinceridad.

La mentira es como la lepra que se va agravando tan pronto aparece la primera mancha. Nadie querría ser leproso como tampoco mentiroso. Con la mentira uno, no sólo se daña a sí mismo, mas también al propio espíritu y a los hermanos. Porque, bien sea que les engañéis a cuenta de los demás o acerca de vuestras intenciones; que les levantéis falsos testimonios, calumnias y murmuraciones; o que, por no enemistaros con ellos, no les advertís: “Tú yerras en esto y en lo otro; tú tienes éste o aquél defecto”, con esto perju-



dicáis a vuestros hermanos que son “miembros” lo mismo que vosotros y, por tal motivo, deben servirles los otros miembros, como acontece en vuestro cuerpo en el que entre los órganos y miembros existe un mutuo intercambio de ayudas y de funciones.

Si os encolerizáis, guardaos de pecar. ¡Es tan difícil la convivencia en una sociedad en la que la virtud es la excepción y el vicio la regla...! Si la virtud fuese la regla, ¡qué dulce recultaría la convivencia entre vosotros! Mas los que dominan son el vicio multiforme, los siete pecados capitales y los egoísmos; con lo que la vida se hace desagradable y difícil y unos a otros os procuráis continuos motivos de inquietud.

Advertid, con todo, qué prudente es el Apóstol al exigir la virtud a los cristianos. No impone una virtud inhumana e imposible cual sería la de no inquietarse por nada. Por más que la inquietud no se desborde y trasluzca al exterior, una ofensa, una desobediencia o un engaño no pueden por menos de desequilibrar el corazón, agitarlo y conmoverlo, surgiendo así una aversión hacia el culpable de la ofensa, de la desobediencia o la traición. Esto es humano.

Pero en el verdadero cristiano, al ser el espíritu más fuerte que la carne, se aplaca presto el movimiento humano y, por más que persista la amargura de lo sucedido, se perdona, no se reacciona contra el que nos procuró tan amarga experiencia y no se lleva a cabo venganza alguna contra el culpable. He aquí, pues, que, como dice Pablo: “Si os airáis, podéis y *debéis* no pecar”. No se puede impedir que el yo deje de sufrir por una ofensa recibida; mas esto no es pecar. Se peca cuando se devuelve ofensa por ofensa faltando a la caridad.

Que no se ponga el sol sobre vuestra ira. Recuerda la frase evangélica: “Si al tiempo que estás ante el altar para hacer tu ofrenda te acuerdas de que tu hermano está airado contigo, deja la ofrenda a los pies del altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano”. El sacrificio de vuestro resentimiento, si sois vosotros los ofendidos, o de vuestra soberbia, de ser vosotros los ofensores, vale muchísimo más que el sacrificio material o el rezo maquinal. Y ningún valor tienen la ofrenda ni los rezos y hasta el mismo Sacramento, de no ir precedidos de la caridad que es perdón y humildad. Sí; que no se ponga el sol sobre vuestra ira. ¿Cómo encomendaros a Dios en la oración de la noche, en esa oración tan santa y apropiada para ahuyentar los fantasmas nocturnos y las sugerencias diabólicas, tan agudas a esas horas, si tenéis con vosotros a Satanás, al abrigar rencor contra quien os ofendió o perjudicó? ¿Cómo rezar la Oración por excelencia si no perdonáis? “Como nosotros perdonamos a nuestros deudores”, decís. Mas si no perdonáis, tampoco seréis perdonados. Perdonad, pues, cada día el mal que cada día os hayan hecho. No déis entrada al demonio. Ciertamente, el que no perdona no ama y el que no ama rechaza a Dios y acoge a Satanás. Es ésta una verdad poco meditada pero ciertísima.

El que roba, que no robe más. De cuántas maneras se puede robar te lo explicó ya Jesús, Señor Nuestro Santísimo. Muchos se rebelarían si se les dijese: “Sois unos ladrones”, pues, efectivamente, jamás robaron un ochavo ni un grano de uva. Mas el latrocinio no es sólo de dinero, alimentos o alhajas. Los ladrones son mucho más numerosos de lo que se cree. Los ladrones morales son sin número y los espirituales, que roban dones espirituales, una tercera parte. Verdaderamente, ¡hay tantos que no tienen en cuenta ni meditan que el décimo mandamiento dispone no desear los bienes ajenos! Ahora bien, si el desear es ya pecado, ¿cómo no ha de ser hurto el apropiarse de lo que es de otros, ya sea esto un afecto humano (la mujer ajena, seducir a la hija de otro apartándola de sus deberes de hija), un empleo o bien un don de Dios con el que se reviste como de gloria propia llegando hasta a denigrar al que lo recibió de Dios para persuadir a los demás de

que ese tal no era posible que fuese beneficiado, atormentándole con ello y haciéndole dudar de su razón, de su alma, del origen del don y así de lo demás, y después gozar él de su expolio como de cosa propia? Sí. Esto es hurto con la agravante de dolo y premeditación. Y ¡ay de quien tal hace!, pues sólo con una sincera confesión del pecado, una restitución y reintegración de lo tomado o aminorado se puede obtener el perdón.

“Mas realice algún trabajo honrado en ayuda de los menesterosos” aconseja el Apóstol. ¡Trabajo honrado! ¡Cuánto habría de decir sobre esto! Pero tú comprendes y yo callo; y perdonemos ambos por amor a la caridad para que así yo pueda elevar mi espíritu y tú el tuyo, como el sacrificio vespertino, y esparcir grato olor a los pies de Dios. Espíritus purificados hasta de la más leve sombra contra la caridad, perfumados con la paciencia y la mansedumbre y aromatizados siempre, siempre con el perdón.

Siempre así, alma mía, y entonces, por más que sigas caminando rodeada de tribulaciones, alma víctima que, desde hace años, vas trepando hacia tu calvario por un sendero tanto más arduo cuanto más cercanas están la cumbre y tu consumación, Dios estará contigo y te confortará tendiendo su mano para defenderte de tus martirizadores y adversarios a fin de que no traspasen el límite, ese límite que Dios conoce y que su prudencia quiere sea respetado; porque herirte y combatirte rebasando el límite, sería poner a prueba las fuerzas de tu alma y ésta es una imprudencia que Dios no permite.

Dios permite las pruebas para dar mayor bienaventuranza; mas no así los caprichos y antojos injustos, pues lo que quiere es la salvación y no la muerte de los espíritus y muy especialmente de aquellos que se entregaron con generosidad a su gloria.

Y termino con el augurio litúrgico: “Que tu conducta pueda secundar hasta el fin los santos designios de Dios”.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

27/10/46  
*Ultimo domingo de octubre*  
*Festividad de Cristo Rey*  
*y Domingo 20.º después de Pentecostés*

*Dice Azarías:*

«Doble va a ser la labor de hoy puesto que, de una parte, ha de completarse el ciclo litúrgico y, de otra, no puede quedar sin celebración la solemnidad de hoy. Contemplemos, pues, las luces de la Santa Misa de Cristo Rey.

Da ésta comienzo con una frase que suministra la clave para entender cómo se alcanza la gloria. Dice: “Es digno el Cordero *que ha sido inmolado* de recibir el poder, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza y el honor. A El la gloria y el imperio por los siglos de los siglos”.

¿Quién es el Cordero? Es el Hijo de Dios y de María Inmaculada. Desde la eternidad recibió vida del Padre y en el momento preciso recibió de la Madre la humanidad, llegando a ser Jesucristo. Por ser Jesucristo ¿dejó acaso de ser Dios? No, no dejó de serlo sino que asumió igualmente la naturaleza humana, llegando a ser verdadero Hombre a fin de poder ser Salvador, es decir: Jeos(c)iuá.

Los doctos explican cómo ese nombre quiere decir Salvador. Pero, alma mía, tiene asimismo otra muy profunda significación. Contempla y compara el Nombre de Dios, tal como lo expresaban los hebreos, con el nombre del Hijo de María. Poseen idéntica raíz para significar el mismo origen y la misma naturaleza. Jesús, por tanto, quiere decir Dios, Dios todavía. Y con la final os(c)iuá quiere decir salvación<sup>1</sup>. Mas su descendencia, y hasta su procedencia del Padre Dios, se confirma con la raíz del nombre.

Siendo Dios, ¿podía acaso Aquél que es llamado Cordero no ser digno de recibir el poder, divinidad, sabiduría, fortaleza y honor? No sólo era digno de estas cosas sino que las tenía por su propia naturaleza divina. ¡Es un error entonces decir que el Cordero es digno de recibirlas? No lo es. Desde el momento en que el Verbo se hizo carne y llegó a ser el Cordero de Dios para la gran Pascua redentora, El, a la perfección propia de Dios, unió la naturaleza de Hombre y, como todos los hombres, tuvo una libre voluntad, pasiones, sentimientos y sentidos.

El Padre Santísimo en nada coartó a su Hijo encarnado y le trató como a cualquier otro hombre a fin de que su santidad de Hombre fuese real, perfecta y pareja con su Santidad de Dios. Si el Padre hubiese atado o limitado la libertad, los sentidos y sentimientos de su Hijo; si —como lo podía haber hecho— hubiese impedido al demonio, al mundo y a la carne todo contacto con su Hijo encarnado, la Humanidad del Hijo y su Santidad de hombre habrían quedado reducidas a una simple apariencia. Mas el Padre quiso la plena y perfecta Santidad del Hijo que se hizo Carne para que la Víctima fuese realmente el Cordero sin mancha, hostia inmaculada e inmoladora pro omnibus.

El Hijo de Dios fue tentado, no una sino mil y mil veces en su Humanidad, puesto que únicamente en ella podía serlo, y tentado por su propia Humanidad, por el mundo y por el demonio, perseverando de su libre voluntad Santo y Fiel a la Ley, a la Justicia y, por tanto, a su Misión. Y, por ello, fiel también al Sacrificio para cuyo cumplimiento tomó Carne.

Y he aquí cómo, *por esto*, Aquél que, siendo Dios hízose Hombre, Víctima y Cordero, es digno de recibir, incluso en cuanto Hombre, lo que ya poseía como Dios: la gloria y el imperio por los siglos de los siglos.

De no haberse sacrificado —ésta es la clave— no los habría tenido. Y así, por su amor al sacrificio, que es la forma más alta del amor, se le entregó al Cordero el cetro de Rey de Reyes y Señor de Señores.

El que quiera poseer la gloria verdadera que se abraza al sacrificio y, de esta suerte, imitando al Cordero, participará con El de la gloria beatífica.

Canta la Oración: “Oh Dios omnipotente y eterno que quisiste restaurar todas las cosas en tu amado Hijo, Rey del Universo”. ¿Véis, almas, el deseo de Dios y de su generosidad amorosa? No había otro sino Dios que pudiese aplacar a Dios y restituir a su prístina perfección el Orden turbado en el Edén. Ese Orden era: que aquéllos que fueron creados a imagen y semejanza de Dios, pudiesen gozar de El siendo dioses en el hermoso Paraíso.

No era conveniente que el espíritu, concedido por Dios, emanación de Dios, Padre de los hombres, se perdiese en éstos tras la muerte de la carne. Como tampoco lo era que un exilio perpetuo mantuviera a los espíritus justos alejados de la Morada del Padre en un limbo sempiterno. No era conveniente: lo primero, por la dignidad que acompaña a cuanto procede de Dios; y lo segundo, por la Justicia de Dios. A los justos les era debido un premio. y ¿cuál otro sino el Paraíso? Mas en el Paraíso no podían entrar las almas in-

ficionadas con la culpa original que no hay purgatorio que la anule. De ahí la necesidad de anular dicha Culpa y de ahí también la necesidad de que un Dios restableciese el Orden e, incluso, lo sublimase, ya que la purificación de la Culpa no viene ahora exclusivamente por una herencia, como habría sido la de los hombres a través de un Adán y de una Eva fieles, sino a través del Sacrificio de un Dios-Hombre, a través de sus méritos infinitos y de su Doctrina que, acogida por las almas de buena voluntad, las hace imitadoras del Hijo de Dios en sus obras y en sus virtudes.

El sacrificio, el amor heroico, la imitación del Mártir divino y la coparticipación de las pobres criaturas en la Pasión de un Dios con iguales méritos y frutos, si bien teniendo siempre en cuenta la diferencia existente entre Dios y el hombre, no hubieran sido posibles de no haber provocado la culpa de dos la necesidad de la Encarnación y de la Redención Santísimas. ¡Cuánto no hubieran tenido que dejar de envidiar los ángeles a los hombres si la Bondad de Dios Padre y la Generosidad de Dios Hijo, nacidas y sostenidas por su infinito Amor, no hubiesen mandado a los hombres el Salvador, el Maestro perfecto en el que los hombres que quieren llegar a ser “dioses” deben mirarse para imitarle a fin de condicionar la gloria de Jesús Santísimo en el Cielo!

Vuestras coronas no son ya las ingenuas y fáciles coronas que los hijos del hombre habrían tenido en el Edén sino las áureas, espinosas y preciosas coronas reales de los hermanos de Cristo, del Coronado Rey del dolor, del Coronado Rey de la Gloria, las coronas del martirio de duras ramas espinosas emperladas de sangre, las coronas de gloria emperladas con vuestros sacrificios que os esperan en el Cielo.

“Hermanos”, exclama el Apóstol, “demostramos gracias a Dios Padre que nos ha hecho dignos de participar en la suerte de los santos en la Luz y, librándonos del imperio de las tinieblas, nos ha transportado al reino de su amado Hijo, en cuya sangre tuvimos redención y remisión de nuestros pecados”.

Un himno perpetuo de gracias debería brotar del corazón de los hombres por tanto amor. Un himno, no de vanas palabras sino de latidos de amor y de acciones santas hechas a imitación de Cristo. Un himno de reconocimiento y de alabanza por haberos hecho copartícipes con Cristo de la redención de los hermanos<sup>2</sup>, por haberos hecho hermanos de su Verbo, de Jesús, Hijo de Dios y de María, del Dios Perfectísimo, del Perfectísimo Hombre, del Rey eterno que restituyó a los hombres “la imagen del Dios invisible”, del verdadero primogénito “por el que todas las cosas fueron hechas en la Tierra y en el Cielo, siendo todo creado por medio de El: ‘Palabra’ y en atención a El, o sea, para que el Amado del Padre pudiese llegar a ser Rey de Reyes tras asumir todas las realezas: la Humanidad, la Sabiduría, el Dolor, la Tiara de Pontífice<sup>3</sup> y el imperio sobre la Muerte”<sup>4</sup>.

Y si vosotros sois hermanos de tal Perfección es por la Sangre Preciosísima que al Padre plugo que su Hijo la tomase y derramase, humillando la plenitud de su divinidad unida a la Carne inmaculada, sobre el patíbulo de la Cruz a fin de reconciliar “las cosas de la Tierra con las del Cielo”. Y, Hermano Perfecto como es, os tiende su Mano y os entrega el cetro para que, como se lee en la historia de Esther<sup>5</sup>, lo beséis y no tengáis ya que temer al Rey grande y terrible que, para vosotros que le amáis e imitáis, es Hermano al que no debéis temer.

Díceles el Padre de un modo perfecto: “Pídeme y Yo te daré los pueblos en patrimonio...”. Y El, el Rey sublime, os pide a vosotros, a vosotros que amáis y sois los predilectos; y pide a los pecadores, y se vuelve a vosotros para que unáis vuestras súplicas a la Suya, vuestro sufrimiento actual al suyo pasado y, todos unidos, laboréis con El en la extensión de sus dominios hasta los últimos confines de la Tierra. Sentíos orgullosos

de esta elección y militad heroicamente bajo el lábaro de Cristo Rey para después reinar con El en la gloria del Cielo.

Militar heroicamente es comportarse con arreglo al código que Pablo establece para sus cristianos. La vida del cristiano es perpetua milicia y milicia heroica, por cuanto se halla en lucha constante contra las mismas cosas contra las que combatió Jesucristo Santísimo durante sus 33 años de vida terrena a fin de continuar siendo Cordero sin mancha.

La Liturgia de este tiempo que precede al Adviento va preparando los ánimos para el tiempo de Navidad recordando, a través de las epístolas, en qué condiciones debe mantenerse el cristiano para disfrutar del don excelso de la Encarnación del Verbo.

Vivir prudentemente acompañados de las propias acciones sin perder un tiempo que no sabéis si después lo podréis recuperar. Pensar siempre que, de todos los momentos, aun de los mejores, habrá de darse cuenta. Momentos de tibieza, de frivolidades vanas, de holgona somnolencia y hasta de pecado. Aprovechar, por tanto, cada instante a fin de reparar el mal hecho o el bien dejado de hacer. *El mañana nunca es seguro. Así pues, hacer uso del presente es siempre un don de Dios que, con él, os da la posibilidad de adquirir méritos a sus Ojos Santísimos.*

Hay que ser prudentes, es decir, hay que recapacitar antes de hacer cosas que un impulso interno os mueve a hacer y que, al parecer, son buenas; pues el demonio suscita impulsos, buenos en apariencia, pero que después resultan equivocados. A las veces el demonio, hasta de una inspiración o de un don verdaderamente divinos, se sirve para gestionar al mal, ya menospreciándolos, exagerándolos o dándolos todavía como existentes cuando ya pasaron. Esta es la razón de la caída de muchas almas a las que Dios había escogido y que no acertaron a ser prudentes y tanto más vigilantes cuanto los dones e inspiraciones fueron más sublimes. Prudencia en los pensamientos, en los actos, en el uso del don y en la fidelidad a la inspiración. Que no dé lugar a que brote el humo de la soberbia ni el ánimo de la exageración que todo lo desbarataría.

Saber callar y saber escuchar en silencio las reacciones de la conciencia ante las voces que oye. Recordar que todo lo que viene de lo alto proporciona siempre paz y fortaleza, mientras que las voces de los sentidos y de las seducciones, lo que procede del Adversario envidioso comunica siempre turbación y hace que el yo se avenga a la seducción que la sensualidad ejerce sobre la parte inferior y el orgullo y la mentira sobre la mente. Aprender a leer la voluntad de Dios. Todo esto se consigue en una vida recogida; mas no así en una vida disipada.

Dice Pablo: “No os embriaguéis con el vino, fuente de lujuria, antes llenaos del Espíritu Santo”<sup>6</sup>. ¡Oh!, no hay que temer tan sólo al vino extraído de la vid, sino y, mucho más aún, al vino de la soberbia que embriaga tanto más que el zumo de la vid. La soberbia no hace del hombre un superhombre sino un pigmeo, un animal, tan sólo un animal racional —y aun esto es poco por cuanto la soberbia ofusca la razón—, un animal, no ya un dios, y esto debido a la ausencia del Espíritu Santo que huye de los soberbios y de los impuros. Por lo demás, la soberbia es la impureza del espíritu. La presencia del Espíritu de Dios diviniza al hombre, al tiempo que la soberbia le priva de este Espíritu y el hombre se degrada.

Prudencia en el hablar. ¡Cuánto se peca con las palabras! Palabras licenciosas, palabras de murmuración, palabras iracundas y palabras vanas. Sabed refrenar vuestra lengua haciéndola órgano de alabanzas para Dios y de edificación para vuestros hermanos y no instrumento con el que herir y producir escándalo.

Prudencia en el proclamarse a sí mismo y decir a los demás: “Yo estoy por encima y mando”. Aquellos que son realmente más que los demás, sean humildes en su grandeza, hermanos mayores<sup>7</sup> y no déspotas de los menores. Los menores, a su vez, sean humildes y, con su obediente humildad, ayuden a los mayores en el desempeño de su misión. Y todo se desarrolle en el amor a Jesús Santísimo que fue humilde como ninguno<sup>8</sup> y para la gloria de Dios.

Los antiguos hebreos podían, dentro de su dolor desprovisto de la fraternidad con Cristo Santísimo, sentarse a las orillas de los ríos de Babilonia y llorar acordándose del Señor cuyo enojo habían merecido<sup>9</sup>. Mas los cristianos, aunque hayan pecado, deben seguir adelante, levantarse tras la caída, purificarse con la Sangre del Cordero, recobrar con el Pan de los fuertes y marchar confiadamente porque saben que, para defender su causa y aplacar al Padre, tienen a su favor la Hostia pura e inmaculada que lleva por nombre Jesús.

El mismo Dios prometió por boca de su Verbo que quien espera en El no se verá defraudado. Que esta promesa confirme a los buenos, conforte a los débiles, mueva a los culpables a un humilde arrepentimiento y los cristianos todos encuentren en ella una luz de amorosa alegría que les haga avanzar hacia el Reino de Dios.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

---

<sup>1</sup> En efecto, el nombre «Jesús» (en hebreo Yehoshua) significa: «Yahvé (o Jahvé) salva».

<sup>2</sup> Colosenses 1, 24.

<sup>3</sup> La misión sacerdotal de Jesús aparece descrita proféticamente en el Salmo 109 y, teológicamente, en Hebreos 5; 7, 1-10, 18.

<sup>4</sup> 1.ª Corintios 15, 20-28; 54-57, y Apocalipsis 20, 11-21, 4.

<sup>5</sup> Esther 15, 4-19.

<sup>6</sup> Efesios 5, 15-20, y Proverbios 23, 29-35.

<sup>7</sup> Mateo 23, 8-12.

<sup>8</sup> Mateo 11, 28-30; Filipenses 2, 5-11.

<sup>9</sup> Salmo 136.

---

**3/11/46**  
**Domingo 21.º después de Pentecostés**

*Dice Azarías:*

«El hombre, nuevo Lucifer, intenta con frecuencia rebelarse contra el Señor y, lleno de soberbia, se cree capaz de desviar los acontecimientos queridos por Dios y de anularlos incluso produciendo otros nuevos suyos. Opone resistencia e impone leyes suyas gloriándose de hacerlo. ¿Cuál es el resultado?: el dolor. Porque cuanto sobrepasa la justicia y el orden es causa de dolor. El hombre se procura el dolor porque se sale del orden y de la justicia sobrenaturales. Se castiga a sí mismo y después acusa a Dios de castigarle duramente. Ahora bien, el autor primero del castigo del hombre es el mismo hombre, pues Dios es tan Padre que jamás llegaría al grado de ferocidad de ciertos castigos.

Castigos injustos son muchos de los castigos de los hombres al ser provocados por

cosas injustas; castigos que se abaten sobre culpables e inocentes y que alcanzan en grado mayor a los inocentes que a los culpables, e incluso, aun a los autores principales *del castigo*. Es su hora. Satanás les protege al servirle rendidamente. Mas, pasada la vida terrena, el equilibrio de la justicia quedará restablecido y Satanás ya no podrá proteger a sus siervos ni atormentar a los de Dios; permanecerá intocable el querer de Dios que decretará gozo para los martirizados por el hombre y por Satanás, gozo para los que lloraron y sufrieron persecuciones, gozo para quien supo mantenerse fiel a las virtudes y a la Ley de amor, y castigo, tremendo castigo, para los rebeldes, los soberbios, los crueles, los injustos, los perseguidores de sus hermanos y los ofensores de Dios.

En el día de Todos los Santos yo me mantuve callado porque todo el Paraíso te estaba hablando con su amor. Todo venía a ser una lección con el gozo de que estabas inundada. Por eso permanecí a tu lado tutelando el misterio y adorando contigo a la Divinidad que te beneficiaba. ¿Qué habría de decirte más de cuanto te dijese lo que viste, gustaste y comprendiste? La Iglesia gloriosa, al darte lo que tú llamaste: su amor —justa definición ésta—, te proporcionaba la explicación más bella y más justa de lo que es el dogma de la Comunión de los santos, de lo que es la santidad, de cual sea el medio para llegar a ser santos y de lo que constituye su premio. La liturgia de la festividad de Todos los Santos se cambiaba en ti de palabra en visión, de visión en comprensión y de comprensión en participación. Yo callaba en vela y adoración.

Mas hoy puedo muy bien decir: He aquí que viste la bienaventuranza de quienes supieron mantenerse sin mácula en su camino. Avanza como ellos en la Ley del Señor y llegarás a aquella beatitud que os compensa de cuantos dolores sufristeis aquí abajo.

Y ama como te sentiste amada por el inmenso y luminoso Pueblo de los Santos; ama y ruega por todos tus hermanos militantes para atraer sobre ellos el amparo protector de Dios que los defienda en las pruebas que ellos no saben soportar y con su bondad les atraiga a la bondad de sus obras y pensamientos. Y sabes tú muy bien por quiénes debes siempre comenzar... La primera palabra y la plegaria primera de Jesús sobre la Cruz fueron a favor de quienes eran los mayores pecadores y sus verdugos más sutiles y martirizadores, ya que en la parte que no es carne le causaban dolor, el más acerbo dolor.

Para amar así es precisa una gran fortaleza de espíritu, una inexhausta fortaleza. Vuestro yo constituye una trinidad de fuerzas y de sensaciones encontradas<sup>1</sup>. El superior a todos, el yo espiritual, tiene en los verdaderos hijos de Dios una voluntad continua de amor y de perdón por imitar a Cristo Santísimo y, en consecuencia, de vivir en el Amor y con el amor. El yo moral reacciona con más fuerza contra lo que le hiere. Los afectos lesionados se resienten; las estimas sacudidas se debilitan; las desilusiones llevan a formar juicios severos y las ofensas a pagar con las tornas o, cuando menos, a resentimientos que endurecen vuestras relaciones con los culpables.

Al hombre le afecta la pesantez de la materia hasta en su modo de pensar y de actuar en respuesta a cuanto recibe. Tan sólo el yo espiritual es capaz de evadirse de ésta vuestra condena de ser sensuales hasta en lo moral, cual si las raíces del árbol de vuestra carnalidad se hundiesen, más allá de la carne, dentro de las fibras inmateriales —y, con todo, opacas y pesadas ya respecto del espíritu— de vuestro pensamiento.

La parte material, por último, el yo anima —por cuanto el dolor, sean cualesquiera su origen y su forma, es siempre una exasperación de la carne, de la sangre, nervios y órganos— grita —a la más insignificante causa de dolor y de ofensa que, turbando el equilibrio físico y psíquico, proporciona disturbios a todo el hombre— su voluntad animal de reaccionar violentamente. En el hombre subyacen soterrados un dios y una fiera y en el

centro, haciendo de eje de balanza entre estas dos fuerzas opuestas, está la voluntad, la razón del hombre, con lo que su quid moral y la aguja de la balanza se hallan sujetos a continuas oscilaciones. Si predominan las fuerzas oscuras, se inclina a la fiera y si las que predominan son las luminosas fuerzas espirituales, entonces la inclinación es hacia el Dios. Mas si el eje se mantiene estable, si no se desemperna y el hombre acierta a mantenerse *animal racional*, la aguja de la balanza se desplaza a donde está el fervor de obras sobrenaturales, con lo que la fiera resulta vencida y triunfa el dios.

Podría decirte asimismo que la voluntad del hombre, libre y consciente, viene a ser como la aguja imantada de una brújula que oscila sujeta en un eje central, como en suspenso, pero atraída por la fuerza divina, por el Polo perfecto opuesto al polo demoníaco. Si la voluntad sabe conservarse buena, entonces la aguja debe necesariamente volverse siempre del lado de lo sobrenatural. Pueden los sucesos de la vida volver y revolver a la criatura en todas direcciones como a hoja hecha juguete del vendaval, mas su aguja, su voluntad se mantendrá siempre en dirección a Dios. Veces habrá en que tendrá que describir un giro completo sobre sí misma para reencontrar a Dios; mas lo hará cuando Dios sea su Todo. Y, de esta suerte, siempre estará en Dios, siempre en el amor, por más que los hombres y los demonios traten, con labor incansable, de turbarla, arrollarla y llevarla envuelta en la tempestad a escolleras de perdición. No. Si uno se mantiene fuerte en Dios, su aguja no pierde su magnetismo y se vuelve a El, operando y perdonando por Dios.

¿Cómo se consigue la permanencia en esta fortaleza? Lo dice Pablo: “Revistiéndose de la armadura de Dios”, es decir, tomando sus virtudes para hacer de ellas planchas de la coraza defensora. Porque sólo las fuerzas de Dios pueden hacer frente a las que os asaltan, ya que, ciertamente, no son esos hombres insignificantes lo que, en apariencia, son asaltantes vuestros, como tampoco lo son las fuerzas de la carne y de la sangre latentes en vosotros mismos, sino que los dominadores de este mundo tenebroso, los príncipes y potestades infernales son, en realidad, los agentes que mueven a aquéllos que os asaltan y os causan dolor. Los hombres, sin ellos saberlo ni creerlo, son muchas veces títeres manejados por Satanás. Por ellos solos no serían capaces de ocasionar tanto mal. Mas, distraídos superficiales y soberbios como son, no se resguardan en las defensas, desprecian las que Dios les ofrece y, desnudos, débiles, soñolientos y sugestionados, acaban siendo presas del Adversario que los zarandea para dolor de los hijos de Dios.

Otra fuerza peligrosa es la carne. Ella está en vosotros y es la rebelde que siempre levanta cabeza, si bien son las armas de Dios las que la dominan. Tomadlas, pues, para resistir a las tentaciones que toman mil y mil nombres diferentes, que provienen de mil y mil puntos distintos, que se lanzan contra la parte animal del hombre, lo mismo que contra su parte moral y espiritual y así alcanzaréis victoria. Verdad y justicia por espada y coraza, Fe por escudo y conocimiento profundo de la Sabiduría pre y post-cristiana para poder marchar sin peligro de errar por el camino pacífico y santo de Dios.

Fe, fe y más fe. El que cree que en la vida futura ha de gozar en unión con Dios, el que cree en la verdad enseñada, no se pierde. Los dardos encendidos, dice Pablo — y yo añado también: los dardos envenenados del Maligno— vienen a quedar fríos e ino cuos en el río terso de la Fe. Fe, Fortaleza y Sabiduría y, con ellas, alcanzará victoria vuestro espíritu contra las seducciones y asaltos de todo cuanto supone odio contra Dios.

Y paciencia también con vosotros mismos. No impacientaros si, a pesar de todo vuestro cuidado, llegáis a sufrir alguna caída. No os digáis: “Esto es señal de que estoy en desgracia de Dios”. Pensad siempre que Satanás trabaja contra el que no es suyo. No es tan necio que pierda el tiempo con quienes ya los tiene sujetos. Su tiempo lo emplea inteli-



gentemente haciendo el mal donde merece la pena hacerlo; donde puede causar dolor a Dios y donde dejar en paz equivaldría a confesar que admite una derrota y una pérdida. Porque Satanás ve el pasado y el presente, mas no el futuro. Por lo que puede lisonjarse, mientras el hombre vive, de hacer suyo, incluso, a aquél que al presente es un justo; cosa que, con su perseverancia, alguna vez lo consigue.

Cobijaos en el refugio de Dios y no temáis. Tened presente a Job de Us<sup>2</sup>. Satanás desafió a Dios. Satanás, que no ve el futuro y espera conseguir victoria hasta del que ya tiene escrito su nombre en el Cielo y, escarecedor como es de Dios y del justo, zahirió así: "Tócale en lo que posee y verás si te maldice o no". El Señor le permitió tentarle, mas sin quitarle la vida. Y Satanás arremetió furioso contra el justo sin ahorrarle dolor alguno, ni aun el de los reproches indebidos de falsos justos, esto es, de justos de boca tan sólo pero que disfrutaban de toda clase de bienes.

Tú sabes bien de este dolor, mucho más penoso que la enfermedad; la muerte y la pérdida de bienes. Es el que, más que ninguna otra cosa, cimienta las virtudes. Mas Job — no parar mientes en si profirió lamentos en su dolor pues continuaba siendo hombre —, al hallarse revestido de la fortaleza de las virtudes de Dios, continuó siendo un justo y Satanás perdió la batalla, quedando humillados los tres títeres movidos por él para aumentar el dolor del probado al inducirle a proferir palabras de queja.

Satanás, recuérdalo siempre, puede llegar hasta un límite y nada más. Deja, por tanto, que te persigan los noveles Elifaz, Baldad y Sofar hablando únicamente con la lengua, como aves parlantes o instrumentos mecánicos, sin luz alguna de la razón. Déjales hacer y no te devanes los sesos pensando en si Dios te ha de socorrer. Dios, que te ve a ti y a ellos, proveerá. Yendo como vas por la vía del Señor, El estará contigo.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

---

<sup>1</sup> Esta trinidad terrena, como aparece por el contexto, es: *el yo espiritual, el yo moral y el yo animal*.

<sup>2</sup> El lector puede repasar el Libro de Job en el Antiguo Testamento para entender convenientemente las alusiones al mismo aquí contenidas hasta el final del presente comentario a la Santa Misa.

10/11/46  
Domingo 22.º después de Pentecostés

*Dice Azarías:*

«Nadie encontraría gracia ante el Señor si El, para darla, hubiera de exigir un espíritu inmaculado. Mas saben los cristianos que es tiempo de Misericordia desde que se abrieron los Cielos para hacer llover al Justo y volvieron a abrirse para acoger al Triunfador *que reina* instaurando *su* tiempo, es decir, el tiempo de la Misericordia.

Ella está junto al Dios de Israel, el Dios Eterno e Inmenso que tiene por nombre Jesucristo, vuestro Hermano Divino, el Hijo amado en el que el Padre se complace y al que nada le niega.

Verdaderamente hubo un tiempo en el que el hombre gritaba "desde el profundo". Era el tiempo del rigor. El hombre temblaba ante Dios, ante este Dios inmenso en todos

sus atributos, de una Majestad y Perfección tan sublimes que los pobres hombres, conscientes de su miseria culpable, temblaban no atreviéndose ni a llamarle por su verdadero Nombre, como tampoco a elevar su mirada hacia su trono. Por eso, aplastados por semejante Infinitud, gemían en el profundo de su abismo. ¡Qué alejada y separada del Cielo se encontraba entonces la Tierra!

Pero ahora, en esta hora que viene discurriendo desde hace veinte siglos, no desde el profundo sino desde la cima del altar de Cristo puede el hombre gritar a Aquél que sabe que es su Padre, siendo el altar: la Cruz de Jesucristo.

Esta, en aquel Viernes, se hallaba bien alta sobre la cumbre de un cerro. Mas, mucho más alta, y sobre un monte altísimo que toca al Cielo, se halla ahora, cargada de misericordia, intercediendo por vosotros. Sobre la Cruz del Mártir Divino estuvieron todos los pecados de los hombres para ser expiados. Mas también lo estuvieron todas sus necesidades que Jesús las pagó por vosotros. Todo cuanto vosotros obtenéis El lo pagó con su Amor y con su Dolor. Todo lo tenéis por sus méritos. Y, dado que no sabíais hablar al Padre con palabras perfectas, El os enseñó la Oración en la que todas las necesidades de los hombres se compendian, tanto las del cuerpo como las del espíritu. Y, no contento aún, rogó y ruega desde la Cruz, mostrando al Padre su patíbulo temeroso y diciendo: "Por lo que sufrí, concédeme las gracias para ellos".

María, alma víctima, es siempre mediante la Cruz como se obtienen las gracias. Por la Cruz de Jesús y por la vuestra de víctimas. Ellas mantienen abiertas las puertas del Cielo. Ellas sostienen al mundo y elevan los dolores de los hermanos presentándolos al Eterno. Es la Santa Misa perpetua del amor. La patena es vuestro dolor unido al de Cristo, es vuestra inmolación, y sobre la patena están las necesidades del mundo y de los hermanos: necesidades de perdón continuo, de continua misericordias, de luz, de guía, de salud espiritual y corporal, de alimento, de vestido; en fin, de todo.

¡Cuánto sufrimiento se da en el mundo por causa propia! ¡Cuántos sufrimientos se proporcionan a sí mismos los hombres! Y después lloran y se desesperan sin acertar a dar con la fuente de paz, de paz al menos y de resignación para soportar con mérito los frutos amargos que dan sus flores del mal.

Y vosotras les socorréis, almas muertas a vosotras mismas y a vuestras propias necesidades, siendo, en cambio, activas, vivas, vivísimas para las de los hermanos, almas prendidas por el amor compasivo hacia aquéllos que, inocentes o culpables, sufren en torno vuestro sin saber sufrir.

Nunca terminarás de agradecer al Señor el don que te hizo de amar el dolor. Es el don más grande que Dios te ha hecho. Bendigámosle juntamente.

Ahora, por tanto, ya no gritan los hombres desde lo profundo. Hablo aquí de aquéllos que son miembros vivos del Cuerpo de Cristo. Gritan, en cambio, desde lo alto de su Patíbulo Santísimo. Así pues, ¿cómo temer que no escuche el Padre la voz que se le dirige desde la Cruz de su Hijo amado? Sabed, cristianos, rogar desde ese punto y hacedlo con fe porque así es como tendréis lo que os conviene.

¿No ves cómo Pablo casi vuelve a tomar mi primera idea? El Apóstol confía en salvar a sus hermanos. ¿Por qué? Porque les ama con las entrañas mismas de Cristo, con su amor, con su Corazón y con su dolor. Les ama en las cadenas sufridas por haber evangelizado, en el martirio que se avecina; les ama, con Cristo, hasta el fin. "Y habiéndoles amado... les amó hasta el fin"<sup>1</sup>.

Persevera, alma mía, en ese glorioso amor. Ama, ama a todos *hasta el fin*. Perfec-

ciona cada vez más tu amor. Y, por mínima que sea la cosa que obtengas, tendrás la paz en ti, o sea, a Dios. Un mínimo que viene a ser un máximo absoluto y feliz. Y por más que Dios no pueda en justicia dar a aquéllos por los que tú ruegas y sufres lo que tú pides; por más que ellos rechacen las gracias que por tu oración Dios concede o hacen tal vez mal uso de ellas, con todo, la paz del amor seguirá estando en ti resultando todo dulce con ella.

¡Qué bien compruebas tú lo dulce que es vivir con esta paz! Es vivir ya en el áura del Cielo. Camina tranquila esperando en Cristo, impetrando para los hermanos el que “abunde siempre la caridad en el conocimiento y en la mayor fineza de discernimiento para que elijan ellos lo mejor y sean sinceros e irreprochables hasta el día de Cristo”.

Donde hay caridad, donde florece lozana la caridad no puede estar Satanás en plan de dueño y dominador. Permanece tranquila. El, tu Señor y mío, lo dijo ya: “Por sus frutos se conoce al árbol”.

Una planta satánica no es posible que dé frutos de amor. Echa la vista atrás y verás cómo siempre fuiste amante de la Caridad. Mas si ello fue suficiente para que fueses amada con un amor de predilección, con todo, tu amor era todavía mezquino, imperfecto y humano respecto del que te invadió desde que eres alumna del Maestro. Robusta es tu rama del amor a Dios, mas débil aún la del amor al prójimo. Un amor por demás humano para ser perfecto. Hasta cuando te ofreciste<sup>2</sup> era todavía imperfecto tu amor puesto que no sabías perdonarlo *todo*. Dabas la vida por ellos, pero no sabías otorgar el perdón total. Aún no habías comprendido que el amor más grande no es el de aquél que da su vida por los propios enemigos, puesto que, por encima de la vida material, están también las fuerzas de la vida mental y afectiva que son más difíciles de sacrificar.

Jesús, Señor Santísimo, en el discurso de la Cena, al tener por comensales a hombres todavía muy hombres, no habló de este amor perfecto. No habría sido comprendido. A la sazón, difícilmente podían ellos comprender entonces el amor de sacrificio por los amigos<sup>3</sup>. Dejó, por tanto, al Espíritu Paráclito, a Aquél que habría de completar la enseñanza del Verbo, comunicándoles al mismo tiempo la capacidad de comprender y de asimilar, el encargo de hacer comprender esta perfección del amor<sup>4</sup>, limitándose, por su parte, a darles un indicio que ninguno de los Once comprendió —el Apóstol asesino del amor, que no era merecedor de escuchar las últimas enseñanzas sobre el mismo, habiase ya ausentado—, un indicio que tampoco ahora nadie comprende o que son contadas las almas a las que el propio Espíritu de Amor se lo hace comprensible, un indicio no meditado suficientemente en las palabras: “Mi mandamiento es que os améis como Yo os he amado”, o sea, muriendo hasta por sus enemigos para que tuviesen vida<sup>5</sup>.

Jesús Santísimo, al hablar a los Once, en realidad hablaba a *todo* el mundo presente y futuro, a quienes le amaban como a los que le odiaban; a quienes habrían de amarle como a los que le habrían de odiar e impugnar despectivamente sus Palabras para desbaratarlas en muchos corazones. Hablaba a los tibios y a los adversarios más bien que a los que ya eran suyos, dado que, de un modo especial, le preocupaba la redención de los tibios y de los culpables<sup>6</sup>.

Incluso de la tarea encomendada al Espíritu Santo de completar la enseñanza había hecho indicación al decir: “Aún tengo muchas cosas por deciros que, al presente, no estáis en disposición de comprender. Mas cuando venga el Espíritu de Verdad os conducirá a la Verdad completa”<sup>7</sup>.

La enseñanza directa que con tu labor de portavoz has recibido, te ha llevado a Aquél

que perfecciona todos los afectos y tu amor se ha ido formando hasta alcanzar la medida perfecta que consiste en morir hasta a los propios resentimientos justos y en saber sacrificar todo en aras del perfecto amor, incluso el juicio sobre los demás y la justa severidad sobre los mismos.

¡Qué hermosa y dulce resulta la unión entre los hermanos!<sup>8</sup>. Sí, hermosa de verdad sería si realmente fuesen hermanos. Mas, en muchas ocasiones, son hermanastros y, cuando no, Caínes que hieren<sup>9</sup>.

He aquí, pues, que la caridad que perdona desciende como un óleo para consolar al corazón herido que, incluso, perdona pensando en su Señor Crucificado. Estos son los sentimientos que yo avivo en ti para que florezcan en tu corazón y en tus labios con palabras aptas a conciliarte el favor de tu Pastor.

No temas. El Espíritu Consolador te ayudará a hablar cuando te interroguen. Lo prometió tu Jesús Santísimo: "No os preocupéis de cómo responder ni de lo que habéis de decir, puesto que en ese trance se os darán las palabras, ya que no sois vosotros los que habláis sino que lo será el Espíritu de vuestro Padre"<sup>10</sup>.

Permanece por consiguiente en paz. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo están contigo.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

---

<sup>1</sup> Juan 13, 1.

<sup>2</sup> "Autobiografía" (edición italiana), páginas: 245 - 248 - 274 - 275 - 285 - 296.

<sup>3</sup> Juan 15, 12-15.

<sup>4</sup> Juan 14, 25-26; 16, 7-15.

<sup>5</sup> Juan 15, 12-15; Romanos 5, 1-11; 1.ª Pedro 3, 18.

<sup>6</sup> Mateo 9, 9-13; Marcos 2, 13-17; Lucas 5, 27-32.

<sup>7</sup> Juan 16, 12-13.

<sup>8</sup> Salmo 132.

<sup>9</sup> Génesis 4, 1-16.

<sup>10</sup> Mateo 10, 17-20; Marcos 13, 9-13; Lucas 21, 12-19.

17/11/1946

**Domingo 23.º después de Pentecostés**

*Dice Azarías:*

«Las culpas de los pueblos son tales y tantas que, de no ser infinitas la benignidad de Dios y su paciencia divina, ha tiempo que el mundo habría sido destruido como un horror del Universo; horror que debe desaparecer por cuanto en una creación perfecta no deben subsistir cosas ignominiosas.

Mas en el mundo, que a la sazón es ya verdaderamente el vestíbulo del Infierno y feudo de Satanás, existen siempre justos, raros, es cierto, como las estrellas en una noche de tempestad y como las palmeras en la inmensidad árida de los desiertos. Y como ya se echa de ver por el episodio de Abraham, Dios está dispuesto a usar de misericordia hasta con los pecadores y salvarlos del castigo si entre ellos hay justos que ruegan. Salvarlos de

las desventuras materiales y morales mientras dura su día y darles tiempo de tornar al Señor hasta tanto llega su ocaso. No salvarlos después de la vida si merecieron castigo, ya que en el Día de Dios ya no sirven las súplicas de los justos para salvar a los que están muertos a la Gracia. La Justicia requiere su curso. Y si hasta con ira y descompasadamente ellos le gritan al Eterno Juez: "Tú nos odias y defraudas nuestra parte de bien", El les responderá justamente: "No. Os di *vuestra* parte. Queríais gozar, gozar de las riquezas, del poder, de la lujuria y de las francachelas, conseguido todo ello a cualquier precio. Todo eso lo habéis tenido y os dejé gozarlo como queríais. La elección fue vuestra, elección que Yo respeto y os la dejo para siempre. En mi Reino tan sólo entran quienes vivieron castos, sobrios, justos, misericordiosos, aquéllos que sufrieron y lloraron, incluso por vuestra causa, y que amaron a Dios, al prójimo y hasta a vosotros que les afligíais. Marchad. ¡Acaso no decíais que era necedad dejar el gozo para el futuro y cordura el gozar del presente seguro? Así os lo concedo. Pues gozásteis en el corto presente, sufrid ahora en el presente eterno".

Los justos ruegan por los pecadores. ¡Ay si así no fuese! Al lavacro diario y perpetuo de la Sangre Divina se mezclan las plegarias y lágrimas de los justos. Y esta rociada de caridad purifica al mundo de ese exceso de inmundicia que la Infinita Misericordia no podría soportar<sup>1</sup>. Por lo que el mundo puede subsistir por más que el Ojo de Dios lo mire con una severidad que a nosotros, los ángeles, nos impresiona.

Si por un acaso transcurriese un día tan sólo sin que en todo el Orbe se realizara una obra buena; si llegase tal vez un día en que los justos se hiciesen pecadores, la luz no tornaría a iluminar la Tierra porque ésta ya no existiría puesto que la Justicia habríala eliminado de las obras creadas.

Lo que os digo puede daros la medida de cuánto sea el valor de la justicia de los hombres a los ojos de Dios. Una de las causas de justicia es el sincero y humilde conocimiento de sí mismos y de las obras de Dios en vosotros. Es ésta una de las sabidurías más difíciles de encontrar en los cristianos, aun en los mejores. Una equivocada valoración de las virtudes hace que, efectivamente, para ser humildes, se hagan insinceros y, a lo mejor, hasta hipócritas, sin pensar que con ello se hacen, incluso, desagradecidos.

Hay muchos, que siendo buenos, poseyendo dones particulares y sabiendo que son buenos o que reciben dones especiales del Señor, por una humildad injusta dicen de sí ser pérfidos o que carecen de aquellos dones que los demás reconocen en ellos.

Pues bien, aun en esto se requiere justicia, prudencia, humildad y sinceridad sumas. Prudencia en mantener oculto el don gratuitamente recibido a fin de que su conocimiento no degenera en fanatismo de la gente, en turbación del beneficiado, en pérdida de tiempo —que, por otra parte, podría ser empleado dignamente en el servicio del Señor—, en tentación y tal vez en pecado de orgullo. Es de obligación no ponerse en trance de tentación. El hombre, así sea el mayor favorecido por Dios, debe tener siempre presente que es un hombre, no debiendo por tanto preciarse de ser perfecto ni lisonjearse temerariamente de que, por más que cometa alguna imprudencia, el Señor la reparará en atención a su hijo predilecto. Está bien el dirigirse al Padre diciéndole que no os induzca en tentación; pero es obligado comportarse de forma que se evite el ponerse en peligro de tentación.

El demonio es un gran seductor. Mas el hombre calumnia muchas veces al mismo demonio haciéndole causa de todas sus caídas, ya que, a menudo, es el hombre el que busca el terreno resbaladizo y no el demonio el que le empuja. ¿Podría uno que se aventurase a caminar por el borde de un tejado culpar al dueño de la casa de haberle hecho caer

o de haberse lesionado? No lo podría. De igual manera, el hombre que, en un sentido o en otro, se pone espontánea e imprudentemente en peligro de pecar, no puede acusar a Dios ni al diablo de su pecado, puesto que ni Dios ni el diablo le han inducido en tentación sino que ha sido su voluntad la única culpable de haberse puesto en ocasión de pecar.

Esto, para todos. Y ahora, en particular, para los predilectos del Señor favorecidos con dones extraordinarios: Es ponerse en trance de pecar de orgullo el no tutelar con prudencia el don recibido para así evitar fanatismos que pudieran suscitar complacencias de sí mismo y, por ende, funesto orgullo.

Imprudente es el instrumento de Dios que no guarda en secreto el don del Señor y tres veces imprudente el sacerdote que, al ser director del instrumento o bien confesor, párroco, Pastor diocesano o estando puesto tal vez accidentalmente en condiciones de aconsejar y de dirigir (como predicador cuaresmal, ejercitante o misionero), habiendo llegado a su conocimiento un caso extraordinario, una vez que lo ha sabido, lo divulga o bien, comprobando que el instrumento no sabe desenvolverse, arriesgando su propia ruina y la del don, bien por ignorancia o por imprudencia no interviene con santos consejos en ayuda del instrumento para bien del mismo y del don del que el instrumento es depositario.

La prudencia, que es siempre compañera de un reservado silencio, que no admite propaganda y oculta lo extraordinario bajo apariencias de vida ordinaria, no debe, por lo demás, degenerar nunca en falsa humildad ni en mentira.

Cuándo y con quién es, por deber, necesario para vosotras, queridas almas extraordinarias, hablar o responder a quien puede interrogaros, no debéis, por falsa modestia, decir: “Yo nada tengo pues soy la más grande pecadora”, cuando, por dentro, sentís que, si bien sois almas muy pequeñas, con todo, por la gracia de Dios, no sois pecadoras hasta el punto de disgustar al Señor. Eso sería mentir. Si estuviésteis convencidas de serlo, el manifestarlo no sería sino la humilde confesión de la culpa y miseria vuestra contenidas en vosotras. Mas si la conciencia os asegura que vuestra pequeñez no se halla manchada con culpa grave, no debéis mentir. Y, sobre todo, no lo debéis hacer con el secreto deseo de oír que os dicen: “No, si tú eres una santa”, para complaceros con ello. Con el espíritu rendido ante la potencia amorosa de Dios que os ama, responded sinceramente al que tiene derecho a interrogaros: “Sí, el Señor ha hecho en mí estas cosas por más que yo sea pobre o imperfecta”.

No fue soberbia María al cantar su salmo. Reconocía humildemente las grandes cosas que habíale hecho Dios para que su alabanza subiese al Cielo junto con la de su pariente, prototipo de todas las almas que habrían de alabar al Señor a través de María que es el instrumento suave y santo de las obras del Señor y de vuestra salvación.

Tampoco es soberbio Pablo cuando dice: “Imitadme”<sup>2</sup>. Simplemente les dice a sus fieles que le imiten porque la misericordia de Dios, unida a la voluntad del hombre, había hecho de él, Pablo, un retrato acabado de Cristo. Así como en otra ocasión manifestó sus culpas pasadas<sup>3</sup> y confesó que, siendo ya Apóstol, le golpeó el ángel de Satanás, así también dice aquí: “Imitadme”, como en otro lugar dice sinceramente haber gozado de las revelaciones del Señor y haber sido arrebatado al tercer cielo<sup>4</sup>.

Decir: “Dios me ha amado extraordinariamente” no es pecar de soberbia si lo decís —y Dios os ve— con un sentimiento y una voluntad de magnificar únicamente al Señor por lo que os ha hecho. ¿No dijo acaso el Divino Maestro: “Cuando se enciende una lámpara no se la pone debajo del clemín sino en alto para que sea vista y alumbré?”. Y ¿no

está dicho asimismo: “Los justos serán como estrellas”?

Dios las enciende. Dios os enciende. ¡Oh!, el hombre que va de camino por la noche, levanta la cabeza y ve las estrellas que siguen su curso de oriente a occidente y, por más que desconoce el nombre de cada una de las luminarias, acierta a decirse: “Este es el derrotero que lleva a la meta” porque el trasvolar de los astros de oriente a occidente le indica la dirección de los puntos cardinales.

Igual sucede con los instrumentos de Dios. Deben resplandecer. En lo alto de su esfera especial donde Dios los colocó, separados, segregados del resto del mundo, desconocido por su nombre y domicilio<sup>5</sup> e ignorados tal vez durante años como tales instrumentos especiales aun después de su muerte, deben no obstante resplandecer<sup>6</sup>. Y ¿cómo? Con su santidad de vida, con su incansable trabajo acorde con los querer de Dios, con su amor y con las demás virtudes que en los momentos precisos “magnifican al Señor por las grandes cosas realizadas en ellos”, pero siempre iluminan porque el Señor, al vivir en ellos de un modo total, trasluce y emana de ellos su luz y su santidad y, como navegantes perdidos en un mar tenebroso y agitado, los espíritus se dirigen a estos faros solitarios azotados por las tempestades del Enemigo y de los enemigos de Dios y de sus instrumentos, mas fuertes y heroicos, siempre dispuestos a acoger la luz y a irradiarla sobre los naufragos para que logren salvarse.

Las almas buscan a Dios<sup>7</sup>. Muchas veces os parecerá que no lo hacen. Nada sabéis vosotros de los espirituales sufrimientos de las almas encerradas en un ser con cuerpo y pensamiento enemigos de Dios. Los mismos poseedores de estas almas envilecidas ni se percatan de las lágrimas de su alma obcecada y encadenada que se agita y busca la luz desde el fondo de su cárcel de la que alguna vez intenta evadirse y buscar a Dios, aspirar un sorbo de aire celestial, saturar su vista espiritual de una luz del Cielo y recoger palabras arcanas que llevan consigo en su secreto interior. Palabras que, al parecer se dijeron y recogieron en vano, pero que, a lo mejor, resurgen en el lecho de muerte venciendo en la última batalla al entregar el espíritu a Dios. Palabras que, tal vez, cierran una salida al error y al delito. Palabras que, a veces sacan a un espíritu del abismo permitiéndole retornar al camino de Dios.

No son precisas muchas palabras. Ninguna tal vez. Basta verse: una mirada. Vuestros ojos miran de un modo que ya no es terreno. No sois vosotros los que miráis. Es Cristo el que mira a través vuestro. Miráis, pero no veis al hombre que tenéis delante. Lo que veis es su alma con vuestra alma. Y así, es por este mirar con el alma tras haber colmado vuestra mirada de luz celestial, por lo que no miráis al modo de todos los demás.

Al escuchar los relatos ajenos, muchas veces calláis. Mas, al tiempo que vuestros labios callan, vuestra alma está amando. Y, al amar, acaricia y reconforta al alma exasperada, enferma y airada que os habla. Con todo, hablad alguna vez e intercambiad palabras banales con interlocutores banales a los que queréis ocultar vuestro secreto. Mas, como nota de canto que de cuando en cuando se escapa de una sala cerrada llenando la calle de dulzura que la recoge el pobre consolándose con ella, así también caiga de cuando en cuando de vuestros labios una perla espiritual: chispa desprendida del Fuego que os posee y que vuestro interlocutor la recoge e, incluso, la medita, con lo que su alma despierta, reflexiona y, a las veces, decide.

Nada se pierde nunca de las obras del amor. En vosotros está el Amor y todo, por ello, es activo. Si, hay muchos, demasiados, que viven como enemigos de la Cruz de Cristo. Su fin es la perdición, su dios el vientre y su gloria la hacen consistir en su vergüenza, no pensando sino en las cosas de la tierra. Esto es así; pero muchas veces no son sino al-

mas salvajes o asalvajadas por un complejo de circunstancias. *No saben, no conocen* y es por eso que no aman ni distinguen. Las iglesias están de sobra para ellos. ¿Qué son para ellos las iglesias? Están de más los sacerdotes. ¿Qué son los sacerdotes para ellos? Son inútiles los Sacramentos. ¿Qué son para ellos los Sacramentos?

¿Sabe por ventura el salvaje qué cosa es el navío que ve cruzar delante de sus costas o el avión que surca el cielo? Los toma por misteriosas formas mágicas y pavorosas capaces de dañarle y, si puede, las combate. ¿Sabe acaso el antropófago qué representa el hombre que, en nombre de la Cruz o de la Ciencia, se aventura a penetrar en sus tierras para llevarle la fe o para estudiar las enfermedades y curarlas? Para el antropófago no es sino la presa que ha de abatir para comerla o bien al que hay que matar como hechicero maléfico. ¿Sabe tal vez el salvaje o también el hombre primitivo o ignorante qué cosa es el suero que el médico le quiere inocular para salvarle de determinada epidemia? Para él es tan sólo veneno, venganza del hombre blanco contra las razas inferiores y, entre los blancos de países civilizados, es tal vez un procedimiento usado por los gobernantes para eliminar a los más desgraciados. ¿Cuántos médicos no han sucumbido linchados por el furor desatado a causa del miedo de los salvajes y de los ignorantes?

No os sorprendáis, por tanto, de que los salvajes espirituales que conviven con vosotros teman, odien, huyan o se abalancen contra todo aquello que forma parte del espíritu y de la Iglesia y vivan en su bestial ignorancia. Son unos infelices. No acuden a las corrientes espirituales que las contemplan por ser vistosas, pero que las rehuyen. Ahora bien, ¿quién deja de beber de un manantial fresco que brota de la ladera de un monte? Parece tan humilde, tan privado de poder milagroso... No cabe sospechas ni prevenciones contra él y se acaba bebiendo de su frescura. Así es como penetra la Gracia inadvertidamente a donde de ningún otro modo habría penetrado.

Muchos que eran enemigos de la Cruz y vivían para su vientre y para las cosas de la Tierra, dejan de serlo gracias a las secretas operaciones de los ocultos misioneros del mundo civil que sois vosotros, instrumentos de Dios.

Aún hay muchos que os odian: aquéllos en los que reina Satanás que os odia por su conducto. Mas, no os preocupen ni les tengáis miedo. Decíos: "Somos ciudadanos del Cielo del que nos viene Cristo que transforma el cuerpo de nuestra humillación en luz que no se extinguirá". Y manteneos firmes en vuestra labor.

Y si ni aún entre los sacerdotes de Cristo encontráis quien os tienda la mano, como recomienda Pablo a su fiel compañero y a sus Filipenses que hagan con Sintica y Evodia, estad firmes, pensando que vuestros nombres figuran escritos en el libro de la vida, puesto que vivís, trabajáis y morís por la gloria de Dios y el conocimiento del Evangelio.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

---

<sup>1</sup> Esta expresión se acomoda al modo de decir humano; pues si bien Dios, que es Amor infinito y omnipotente, podría *de Potencia absoluta* soportarlo todo, en cambio, *de hecho*, no lo soporta...

<sup>2</sup> 1.ª Corintios 4, 14-17.

<sup>3</sup> 1.ª Corintios 15, 9-10; Gálatas 1, 11-14; 1.ª Timoteo 1, 12-17.

<sup>4</sup> 2.ª Corintios 12, 1-10.

<sup>5</sup> Maria Valtorta deseaba vivir ignorada, al menos hasta después de su muerte. Por ello se abstenía hasta de recibir visitas que no fuesen seriamente motivadas. Por idéntico motivo dispuso en su testamento que sus funerales fuesen sencillísimos y celebrados a primera hora de la mañana. Voluntad que se cumplió a la letra.

<sup>6</sup> Sabiduría 3, 1-12; Daniel 12, 1-4; Mateo 13, 43; 1.ª Corintios 15, 39-44.

<sup>7</sup> Hechos 17, 16-34.



*Dice Azarías:*

«En la Oración de la Misa propia de San Juan de la Cruz aparece compendiada en pocas palabras la doctrina precisa para ser perfectos cristianos: negarse a sí mismos y amar la Cruz. El santo Doctor y Reformador del Carmelo es grande en el Cielo por haber sabido hacer estas dos cosas de un modo perfecto.

Bien poco hubiera sido el haber reformado las antiguas Constituciones. También los jefes de las Naciones reforman las Constituciones de sus Estados, mas pocos de ellos son santos. Como también los dueños de una hacienda reforman los usos y costumbres del trabajo, pero pocos de ellos son santos.

E igualmente poco, o bien, menos que nada, y más aún: motivo de condena hubiera sido para San Juan de la Cruz el haber escrito tratados de mística, si a las palabras no hubiesen correspondido sus actos. También los escritores llenan páginas morales para abrillantar la figura del personaje o personajes de sus libros, pero después, en su vida diaria, llevan una vida que es el polo opuesto de la tesis moral que mantuvieron en su libro. Y, con haber escrito páginas morales y hasta místicas, no son santos. No fue el suyo el perfume de su vida<sup>1</sup> que exhala con palabras la convicción de la mente que se fija en el papel, sino tan sólo una pieza maestra escrita para obtener de ella aplauso y ganancia. Son, por lo tanto, histriones y nada más.

Si San Juan de la Cruz hubiera escrito aquellos tratados de mística únicamente para demostrar su capacidad de escritor y después hubiese sido un tibio, un tibio nada más, habría firmado de su mano la propia condena a una pena más o menos larga, ya que la Justicia habríale preguntado: “¿Por qué has sido hipócrita? A ti no te vale la excusa de falta de conocimiento que disculpa a los ignorantes. Has conocido el amor y lo has descrito, pero sin que después te hayas abrasado en él. Ve, por tanto, a aprender a amar y a ser sincero”.

Pero San Juan de la Cruz se reformó heroicamente a sí mismo antes que a los demás y practicó la perfección que describía para legar un código de perfección a las almas. Por esto fue grande y por esto es santo.

Y, por lo mismo, cada uno de los cristianos puede llegar a ser santo: negándose a sí mismo, es decir, cambiando el yo humano a un yo espiritual perfecto y amando la Cruz. Sin la imitación del Divino Crucificado no es posible la reforma de uno mismo y sin el amor a la cruz no se puede llegar a término la transformación del yo, por cuanto reformar el yo equivale a laborar la planta rebelde de la humanidad a base de cortes y cauterios, y no una sino cien y mil veces, ya que ella es planta rebelde que de los mismos puntos de las amputaciones echa nuevos retoños o rechaza los injertos que la fuerzan a cambiar su naturaleza y a estar sujeta al querer del más alto, esto es: del espíritu.

En cuanto acabo de decirte referente al Santo conmemorado hoy, ¿acaso no está ya tratado lo que dice la Epístola?<sup>2</sup> Esa Epístola, escrita muchos siglos antes de la venida de San Juan de la Cruz, ilustra las virtudes del cristiano e indica las vías a seguir para alcanzar las virtudes siempre conforme a una línea, puesto que la verdad no cambia. Ella es la que es hoy, como lo fue hace veinte siglos y lo será en el último día. Tan sólo existe

un camino para llegar al Cielo: el del vencimiento de sí mismos y el del amor a la cruz. Camino que es, como dice Pablo: sabiduría e inteligencia espiritual junto con el conocimiento de la voluntad de Dios.

Conocimiento de esta divina Voluntad que os propone e, incluso, os impone todo a fin de poderos dar gloria y gozo, sabiduría e inteligencia espirituales que se desarrollan vigorosas con la renuncia de todo aquello que desagrada al espíritu y con la meditación amorosa del Modelo Divino que se negó a sí mismo hasta la muerte de cruz, y que os permite “conduciros de la manera digna de Dios” hasta el punto de agradarle en todo haciendo actos que tienen como fruto la vida eterna más allá de la vida y, como sello y sostén la virtud. ¡Oh vida gozosa y activa de quienes saben negarse a sí mismos y amar la cruz!

Es semejante a un fecundo día de primavera en el que todo contribuye a que se abran las flores en las plantas y a fecundarlas para que no resulte baldía la floración. Una acción da paso a otra y de un sacrificio deriva un perfeccionamiento. *De un latido de amor nace amor al sacrificio. De un amor al sacrificio un acto de amor. De un acto de amor un impulso a la mayor renuncia y a una más grande imitación del Divino Crucificado.* Es toda una cadena en la que los eslabones se sueldan unos con otros cada vez más robustos, cada vez más en la luz, en el alto, hacia Dios, hacia la Patria y hacia el gozo. Y el artífice de su perfección va dando gracias a Dios Padre por “haberle hecho digno de participar en la suerte de los santos” que aquí viven en la Luz y gozan de ella en el Cielo, libres de las seducciones de las Tinieblas, ya que Estas no encuentran dónde afianzarse para dañar en el corazón que amputó en sí todos los puntos de los que pudiera valerse el Gran Enemigo para penetrar y demoler.

¡Animo, María, hasta el aniquilamiento absoluto de la criatura<sup>3</sup> a fin de que triunfe la causa de Dios y aumente su gloria con otros muchos espíritus sobre los que la Sangre de Cristo aguarda a caer para redimir y perdonar!

Ten presente que las pequeñas voces, que son siempre almas víctimas, son al propio tiempo pequeños Moisés. Y el destino de los Moisés es orar sobre el monte al tiempo que los atletas de Dios combaten contra los enemigos del Señor por su gloria<sup>4</sup>.

La gloria de Dios deriva del conocimiento del mismo. Donde hay ignorancia de Dios no puede estar su gloria, ya que la ignorancia combate al Señor porque no le conoce y, al no conocerle, no le ama ni le importan sus palabras. *Vive por tanto en el pecado más por ignorancia que por voluntad de pecar.*

Ayuda con cuanto eres a los atletas que combaten a Satanás, a la ignorancia, las herejías y la tibieza. Jesús Santísimo, que es tu amor, está esperando de ti una ofrenda de almas.

Pequeña voz, pequeña hostia, sé también una pequeña misionera sosteniendo a los misioneros con tus sacrificios<sup>5</sup>. A gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

---

<sup>1</sup> 2.ª Corintios 2, 14-17.

<sup>2</sup> No se trata de la Epístola asignada a los santos doctores en general y aquí a San Juan de la Cruz en particular, sino a la Epístola del domingo 24.º de Pentecostés (Colosenses 1, 9-14) conforme al Misal de San Pío V.

<sup>3</sup> En el sentido de: Gálatas 2, 19-20.

<sup>4</sup> Exodo 17, 8-16.

<sup>5</sup> Santa Teresa del Niño Jesús, monja carmelita de estrecha clausura, por su amor y sus sacrificios en favor de los misioneros, mereció el título de «Patrona de las misiones» que le otorgó el Papa Pío XI. María Valtorta, seglar, encerrada en su cuartito de enferma y clavada a su lecho desde el año 1933 al

1961, trató de imitarla en la oración, en el celo y en los sufrimientos, siendo escuchada. Y así por diversas cartas de obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas misioneros, hemos llegado a saber de un modo continuo que los escritos valtortianos van esparciendo abundante luz y provocando un gran fervor en las tierras de misión. Tanto es así que la primera traducción, parcial (Vida de Jesús extractada de los diez volúmenes de «Il Poema dell'Huomo-Dio») fue hecha en japonés y publicada en Tokio en la Navidad de 1971 (381 páginas) a cargo del P. Juan Escobar O.F.M.

---

**1.º de diciembre**  
**Domingo 1.º de Adviento**

*Dice Azarías:*

«Cuando los hombres tienen molestas o heridas sus alas, les resulta penoso elevarse con el espíritu a Dios. Los hombres son crueles. El precepto del amor fraterno es el más hollado por ellos. Con el encarnizamiento de una turba sanguinaria o de un niño contra un juguete, según sea el caso o el individuo de que se trate, desatan su furor contra los hermanos y, en particular, podría decir: contra aquellos hermanos únicamente de los que, por su formación espiritual, tienen la seguridad de que no han de reaccionar devolviéndoles mal por mal<sup>1</sup>.

Pero, alma mía, por penoso que sea, es preciso hacerlo y hacerlo cuanto más penoso sea, por cuanto no hay quien pueda sanar las heridas ocasionadas por los hombres al espíritu si no es el Médico, el Confortador de los espíritus: Dios, el Padre bueno que no defrauda a quien en El confía.

¿Tan herida te encuentras que no puedes volar? Como paloma a la que el cazador hirió al tiempo que ella marchaba segura hacia su buen dueño y que, no pudiendo ya volar alta y veloz, avanza con vuelos cortos, con pasos rápidos, sofocándose por el ansia de correr hacia su dueño que la ama y, con el grito de su carne que sufre, implora que no se la someta a más esfuerzos y dolores, así tú, pobrecita herida, vas y, cuando menos, vas bajo los rayos de tu Sol y allí te pones a mirarle, amándole y extendiendo tus alas heridas para que El vea el desgarró que los hombres te han ocasionado y te medicine con los bálsamos de su amor.

Alma mía, nunca te vuelvas a los hombres. Sus consejos son: unos, malvados; otros, de burla e inútiles, y los mejores, como los que un tuerto puede dar a quienes en un crepúsculo le preguntan por el camino a seguir. Sólo Dios ve, sólo Dios sabe y sólo Dios ama con perfección.

Alma mía, ¿no eres tú acaso la pequeña voz? ¿No es El tu Maestro? ¿Cómo puedes dudar de que sea El quien te habla y te conduce como a su más cara ovejita? Sigue sus voces y sus senderos, pues jamás permitió que te extraviases. Te tomó desde el seno de tu madre, te veló en la infancia, en la niñez, en la pubertad, en la juventud y en la edad madura. Te ha instruido, protegido, alejado de ti a quienes, de un modo u otro, podían dañarte realmente<sup>2</sup>, y te ha acercado a personas o cosas que podían ayudarte<sup>3</sup>. Ha sido para ti como un Padre y un Amante. Nunca esperó a tu plegaria para manifestar su poder y acudir; pues, aun antes de que tú supieses lo que es amar, El te tendió sus brazos. Sólo yo, tu Angel custodio, sé cuánto te ha amado el Señor y cuánto te ama.

Y ahora te digo yo lo que Pablo decía a los romanos, bien que dándoles a las palabras otro sentido del que Pablo daba a las suyas. Te digo: tu salvación está ahora mucho

más cerca de lo que tú puedes imaginar. Pasó ya la noche. La mayor parte del período triste y tenebroso ha pasado y se acerca el día. ¿Me entiendes? Se acerca el día, el día de Dios, los convidados se aprestan a la fiesta. Se despojan de sus vestidos de luto y de dolor, se cubren con vestiduras blancas y relucientes y observan atentamente si aún queda algo de impuro sobre ellos. Alma mía, la hora que precede al alba es la más oscura de la noche; mas, a seguido, despunta el sol. Alma mía, la amante que espera al esposo anticipa la hora de la mañana a fin de hallarse dispuesta para su llegada.

Yo nunca te hablo sobre el Evangelio por cuanto el Señor Santísimo es tu Maestro en ese punto. Pero hoy te digo: Cuando veas que todo, como en un particular y pequeño apocalipsis, se te vuelve en contra para causarte dolor y perturbarte; cuando te sientas desfallecer de espanto por tanto encarnizamiento de fuerzas que se desatan contra ti; cuando te parezca que hasta el Cielo se hace sordo a tus sufrimientos, alza entonces la cabeza porque tu gozo está próximo.

No me detengo a explicarte las palabras de Pablo ya que la Epístola es harto clara. Mas termino con las palabras de la Comunión: "El Señor se mostrará benigno".

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

---

<sup>1</sup> Mateo 5, 38-48; Lucas 6, 27-35; Romanos 12, 14-21; Colosenses 3, 12-15; 1.ª Tesalonicenses 5, 12-15.

<sup>2</sup> Se alude aquí a algunas mujeres religiosas y seglares, repetidamente recordadas en su *epistolario* todavía inédito.

<sup>3</sup> Se refiere al P. Luis María de Jesús Crucificado, de la Congregación de los Pasionistas, y al P. Conrado M. Berti, de la Orden de los Siervos de María: el primero se relacionó con la Enferma en julio de 1946 y el segundo en septiembre de ese mismo año.

**8 de diciembre**  
**La Inmaculada Concepción**  
**y Domingo 2.º de Adviento**

*Dice Azarías:*

«Meditemos cantando las glorias de María Santísima. La Santa Misa de esta festividad es toda ella un himno al poder de Dios y a la gloria de María. Para comprender bien esta liturgia de luz y de fuego, adentrémonos en los sentimientos de la Reina y Maestra de todas las criaturas que aman al Señor.

¡Reina y Maestra! De los hombres; mas también de los ángeles. Hay misterios desconocidos para vosotros que no nos está concedido desvelar completamente. Con todo, para deleite de algún alma muy amada, nos está permitido levantar un tantico el velo de los mismos. Esto es lo que voy a hacer para ti: levantar un borde del velo. Y, una vez removido el obstáculo, se te concederá fijar tu mirada espiritual en la Luz infinita que es el Cielo y, a esa Luz, comprenderás mejor. Así pues, mira, escucha y sé feliz.

Cuando el pecado de Lucifer perturbó el orden del Paraíso y sumió en el desorden a los espíritus menos fieles, un enorme espanto nos embargó a todos cual si algo hubiérase quebrado y destruido sin esperanza alguna de verlo ya resurgir. En realidad, así era. Había quedado destruida aquella caridad completa que era *la única* que antes existía allá arriba, derrumbándose en una vorágine de la que emanaban hedores de Infierno.

Habiase destruido la caridad absoluta de los ángeles, surgiendo el Odio. Consternados, al modo como se puede estar en el Cielo, nosotros, los fieles del Señor, lloramos por el dolor de Dios<sup>1</sup> y por su enojo. Lloramos por la perdida paz del Paraíso, por el orden violado y por la fragilidad de los espíritus. No nos sentimos ya seguros de ser impecables por más que estuviésemos formados de puro espíritu, puesto que Lucifer y sus secuaces habiánnos probado que también un ángel puede pecar y llegar a ser demonio. Experimentamos que la soberbia —era manifiesto— podía arraigar en nosotros. Temimos que nadie, fuera de Dios, pudiese resistirla, dado que Lucifer había cedido a ella. Temblamos por esas fuerzas tenebrosas que no pensábamos pudiesen invadirnos y que, hasta podría decir, ignorábamos que existiesen y que, al pronto, de una manera tan brutal se nos desvelaban. Abatidos, nos preguntábamos con latidos de luz: “Si pues ni el ser tan puros sirve, ¿quién habrá entonces de dar nunca a Dios el amor que El exige y se merece si hasta nosotros estamos sujetos a pecar?”.

He aquí entonces que, alzando desde el abismo de la desolación nuestra contemplación de la Divinidad y, fijos en su Esplendor, con un temor hasta entonces ignorado, contemplamos la segunda Revelación del Pensamiento Eterno. Y si por el conocimiento de la primera vino el Desorden promovido por los soberbios que no quisieron adorar a la Palabra Divina, por el conocimiento de la segunda tornó a nosotros la paz que había sido turbada.

Vimos a María en el Pensamiento Eterno. Verla y poseer esa sabiduría que es a la vez consuelo, seguridad y paz, fue una misma cosa. Saludamos a nuestra futura Reina con el canto de nuestra Luz y la contemplamos con sus perfecciones gratuitas y adquiridas. ¡Oh hermosura la de aquel instante en el que, para consuelo de sus ángeles, les presentó el Eterno a la perla de su Amor y de su Poder! Y la vimos tan humilde, capaz de reparar por sí sola la soberbia de todas las criaturas.

Fue desde entonces para nosotros maestra que nos enseñó a no hacer de los dones motivo de ruina. Nos habló sin palabras, no su figura corpórea sino su espiritualidad; y el contemplar por un instante en el Pensamiento de Dios a la Humildísima nos preservó para siempre de todo pensamiento de soberbia. Durante siglos y siglos operamos envueltos en la suavidad de aquella fúlgica revelación, y durante siglos y siglos, eternamente, nos inundó de gozo; gozamos y gozaremos con la posesión de Aquélla que tuvimos la dicha de contemplar espiritualmente. El Gozo de Dios es el nuestro y nosotros nos mantenemos en su Luz para estar penetrados de ella y tributar gozo y gloria a Aquél que nos creó.

Ahora pues, repletos de sus propios latidos, meditemos la Liturgia que habla de Ella.

“Con alegría”. Carácter de la verdadera humildad es la alegría verdadera a la que nada puede turbar. El que tan sólo es humilde de un modo relativo, siempre tiene un motivo de turbación hasta en sus triunfos más genuinos. Por el contrario, el verdadero y completo humilde no tiene turbación de ningún género. Cualquiera que sea el don o el triunfo que le revista de una especial prestancia, él sigue contento y sin temor porque sabe y reconoce que cuanto le hace diferente de los demás no es algo que él haya hecho por medios humanos sino que es cosa que viene de otras esferas y que a él nadie se la puede arrebatar. Es cosa que él contempla y considera como vestidura de gran valor que le fue dada para llevarla durante algún tiempo y que debe usaria con el cuidado que se tiene de lo que no es nuestro y que ha de devolverse sin deterioros al que nos la donó.

Sabe asimismo que esta vestidura real, no apetecida con avidez de ostentación, le fue entregada por una Sabiduría infinita que juzgó conveniente dársela. No tiene, por tanto, afán alguno de conseguirla ni de conservarla. El humilde, que verdaderamente es tal,

no apetece cosas extraordinarias ni se turba si quien se las dio se las quita. Dice: "Todo está bien porque la Sabiduría así lo quiere". Por eso el humilde siempre está contento pues no ambiciona, no es avaro de lo que le dan ni se siente menoscabado si se lo quitan.

María Santísima poseyó esta alegría. Desde su Nacimiento hasta su Asunción la tuvo sobre la Tierra aun entre las lágrimas de su prolongado Calvario de Madre de Cristo y hasta bajo el mar de desgarros del Calvario de su Hijo. Aun dentro de su dolor, que no tuvo parangón con ningún otro, poseyó el gozo exultante de hacer, *hasta el sacrificio total*, lo que Dios quería, lo que Dios había indicado que pretendía de Ella desde que la revistió con las galas de la salvación y la cubrió con el manto de justicia como a esposa adornada con sus arreos.

¿Puedes ponderar qué caída hubiera sido la de María si, tras poseer la Concepción Inmaculada, la justicia y todo otro joyel divino, hubiese pisoteado todo por seguir la voz del Corruptor eterno? ¿Puedes medir su magnitud? Ya no habría habido redención, Cielo ni posesión de Dios para los hombres. Todo esto os lo dio María por cuanto, con la verdadera alegría de los humildes, llevó sus galas de Bienamada del Eterno y cantó sus alabanzas, las de *El solo*, aun entre los sollozos y desolaciones de la Pasión.

¡Exultó! ¡Qué palabra tan profunda! Exultó siempre magnificando con el espíritu a su Señor aun cuando su humanidad sabía del escarnio de todo un pueblo y se hallaba inmersa y prensada por su dolor y el de su Hijo. Exultó pensando que aquél su dolor y el de su Jesús daban gloria a Dios salvando a los hombres para Dios.

Por cima de los gemidos de la Madre y de sus lamentos de Mujer, cantaba la alegría de su espíritu de Corredentora. Cantaba con la aceptación de aquella hora, con la esperanza en las palabras de la Sabiduría y con el amor que bendecía a Dios por haberla traspasado.

La prolongada pasión de María la completó Ella misma uniendo a las grandes cosas que Dios hiciera en Ella las otras no menos grandes cosas que Ella sabía hacer por el Señor. Verdaderamente, mientras sus entrañas de Madre gritaban el desgarró de su tortura, su espíritu fiel cantaba: "Yo te exalto, Señor, porque me has protegido y no has permitido que mis enemigos hayan podido regocijarse a costa mía".

¿Ves qué humildad? Cualquiera otro habría dicho: "Estoy contento por haber sabido permanecer fiel aun en la prueba. Estoy contento por haber hecho la Voluntad de Dios". No son estas palabras de pecado, mas en ellas va todavía un hilo de orgullo. "Yo estoy contento porque he hecho...". Aquí está el yo de la criatura que se considera única autora del bien realizado. María Santísima, por el contrario, dice: "Yo te exalto *porque Tú me has protegido*". Atribuye a Dios el mérito de haberla mantenido santa en aquellas horas de lucha.

Dios preparó a su Verbo una digna morada que María la supo conservar digna del Dios que en Ella había de encarnarse. Imitadla, criaturas; claro que en medida menor, cual corresponde a vosotros que no habéis de concebir a Cristo, si bien en aquello que os es necesario para llevar a Cristo en vosotros Dios os facilita los medios y los dones convenientes para hacer de vosotros templos y altares<sup>2</sup>. Imitad a María sabiendo conservar la morada de vuestro corazón digna del Santo que pide entrar en vosotros para gozar de vosotros y vivir entre los hijos de los hombres a los que ama sin medida.

Y si no supisteis imitarla y vuestra morada es a la sazón una morada profanada o desmantelada por los muchos que la han habitado, reconstruidla en María que es Madre amable e incansable engendradora de hijos para el Señor, pues es a través de María como

se llega a la Vida y por eso, quien está desfallecido o muerto y no osa levantar sus ojos al Señor, puede tornar vivo y grato al Eterno si entra en el Seno y en el Corazón que dieron al mundo el Salvador.

El Señor Jesús te ha explicado ya la luz del capítulo sapiencial, por lo que no debo hablar de lo que El ya tiene hablado. Mas, en confirmación de mis palabras, te hago notar las que la Sabiduría aplica a María: “Es mi delicia estar con los hijos de los hombres”. Con estos hijos que tantas lágrimas le costaron. Mas es propio de las Madres verdaderas el llorar y amar; amar tanto cuanto se ha llorado; amar tanto cuanto sea necesario para llevar al amor; y llorar tanto cuanto sea preciso para convertir a los perversos. ¿Por qué habría de encontrar sus delicias en estar con los hijos de los hombres – esta Bendita cuya morada es ab eterno el Cielo, esta Bendita que tuvo por habitación el Seno maravilloso de Dios, esta Bendita cuyo Pueblo es el de los Angeles y los bienaventurados – sino para reconstruir los pobres corazones que el mundo y Satanás, la carne y las pasiones devastaron? ¿Por qué habría de encontrar esas delicias sino porque, al estar entre vosotros, os vuelve a dar la luz para Dios?<sup>3</sup>.

Oídla cantar con su luz perlina: “Bienaventurados los que siguen mis caminos”. Los caminos de María terminan en el Corazón de Dios. “Para que alcancéis a ser sabios, escuchad mis consejos y no los rechazéis”. Una Madre, y santa cual Ella es, no puede pronunciar sino palabras de vida. Ahora bien, ponderad qué es lo que, en la ya llena de Gracia y, por ende, de Sabiduría, habría dejado la Palabra llevada durante nueve meses en el seno y por espacio de tantos años en su regazo. ¡Sobre su regazo en la infancia y la niñez, y hasta en la muerte, en su Corazón purísimo a lo largo, en fin, de 33 años! ¡Jamás estuvo inerte el Dios-Hijo para su Madre amabilísima! Nunca lo estuvo El que ni con los hombres culpables permanece inactivo. Por eso toda la Sabiduría se derramó en toda la Pureza y María no puede hablar sino con la palabra de Dios, con aquella palabra de la que Cristo dijo que es Vida de quien la escucha. María, que sabe lo que hay en Ella, canta así: “Dichoso el hombre que me escucha, vela a mi puerta y aguarda a entrar en mi casa”. Habitación de Dios, sabe que quien en Ella entra encuentra a Dios. Es decir, lo mismo que Ella canta: “Quien La encuentre habrá hallado la Vida y recibirá del Señor la salvación”.

Verdaderamente, quien vive en Ella tiene salud, vida, sabiduría, gloria, alegría y honor porque Ella es todo esto al tener sus raíces en Dios mismo, fundada como está sobre el monte de Dios para ser su Templo, amada más que ninguna otra criatura por el Señor Altísimo, debiendo ser Ella eternamente la Madre del Hombre.

¡Oh palabra poco meditada y aún menos comprendida en la que se compendia toda la imagen de María! ¿Qué es María? Es la Reparadora porque Ella anula a Eva. Ella vuelve a poner las cosas desordenadas en el punto donde estaban cuando las trastocaron la Serpiente maligna y la imprudente Eva<sup>4</sup>. El ángel la saluda: “Ave”. Se dice que Ave es el nombre invertido de Eva. Mas Ave es asimismo un eco que hace recordar el Nombre Santísimo de Dios, como lo recuerda también, y aún más vivamente, tal como te expliqué, el nombre del Verbo: Jeoscué.

En el tetragrama sagrado formado por los hijos del Pueblo de Dios para pronunciar en el secreto templo de su espíritu el Nombre irrepetible, está contenido el Ave<sup>5</sup>. La primera de las palabras con las que Dios mandó a hacer de la Toda Hermosa la Madre Santa y la Corredentora. Ave: cual si El, como realmente aconteció, se anunciara con su propio nombre para entrar a hacerse carne en un seno, en el Unico Seno que podía contener al Unico.

Ave, María, Madre del Hombre como Eva y más que Eva<sup>6</sup> puesto que devolviste al hombre, a través del Hombre, a su Patria, a su herencia, a su filiación y a su Gozo.

Ave, María, Seno de santidad en el que se volvió a depositar la semilla de la Especie para que el eterno Abraham tuviese los hijos de los que la esterilizante envidia satánica habíale privado.

Ave, María, Madre Deípara del Primogénito eterno, Madre compasiva de la Humanidad lavada con tu llanto y con la Sangre que es tu sangre.

Ave, María, Perla del Cielo, Luz de Estrella, dulce, Belleza y Paz de Dios.

Ave, María, llena de Gracia, en quien está el Señor, jamás desunida de El que en Ti encuentra sus delicias y su descanso.

Ave, María, Mujer bendita entre todas las mujeres, amor viviente, por el Amor hecha esposa del Amor y Madre del Amor.

En Ti la pureza, en Ti la Paz, en Ti la Sabiduría, en Ti la humildad y en Ti la perfección de las tres y de las cuatro virtudes...<sup>7</sup>.

María, el Cielo delira de amor al contemplar a María elevándose su canto hasta notas incomparables. Ningún mortal, por santo que sea, puede comprender qué llegue a ser María para todo el Cielo.

Todas las cosas fueron hechas para el Verbo. Mas también todas las obras más grandes fueron hechas por el Amor Eterno en María, porque Aquél que es poderoso la amó y la ama sin límites; y el Poder de Dios está en sus manos de Lirio purísimo para que se derrame sobre todo aquél que a Ella recurre.

¡Ave! ¡Ave! ¡Ave, María...!».

### ***Misa del 2.º domingo de Adviento***

«Ave, María, a través de la cual viene el Señor a salvar las naciones y a manifestar su gloria en la alegría del Salvador concedido al mundo.

La liturgia de la Santa Misa del 2.º domingo de Adviento se acomoda perfectamente a la liturgia de la Santa Misa propia de la Inmaculada Concepción porque, efectivamente, es por medio de María que viene el Salvador a salvar a los pueblos y a ser el Cordero que a la vez es pastor y Pastor bueno que viene a guiar a los justos a los pastos del Señor. Esos justos, simbolizados en José, apacible y justo como ovejita obediente a todos los mandados del Eterno, Pastor Supremo de los pueblos.

Y es asimismo, por medio de María que los pobres y débiles se arriesgan a obtener los medios de salvación y las riquezas eternas. Juan fue el precursor de Cristo para preparar los caminos. María, a su vez, precede a Cristo para prepararle el camino en vuestros corazones. Abridle el corazón a María y poned vuestro espíritu en sus manos maternas para que Ella lo prepare a la venida divina. Imitad a María en este tiempo de Adviento y así os hallaréis dispuestos a recibir la Navidad y sus frutos de un modo digno del elogio angélico.

Dice Pablo que cuanto se ha escrito para haceros sabios en el Señor, ha sido escrito para que se conserve en vosotros la esperanza. ¿Qué esperanza? La de las promesas divinas. Mas las promesas, que son ciertas — y por eso es preciso, más que esperar, *creer*; creer con absoluta certeza que se cumplirán —, tendrán cumplimiento si sabéis perseverar y



obrar con paciencia y con la fortaleza que prestan las consolaciones, de las que la Escritura está llena, en las varias contingencias de la vida.

Porque esta vida es una lucha continua y siempre nueva, llena de incógnitas y de sorpresas, lucha que agotaría hasta a un héroe si éste no se viese sostenido por algo más que terreno. Este algo es Dios y su Ley, sus promesas y la certeza de la vida futura, la fe cierta de que el Hombre que se inmoló por vosotros no podía ser otro que Dios, puesto que ninguno que no fuese Cristo supo jamás vivir y morir como El vivió y murió. Estas son las cosas que alimentan vuestras fuerzas, luchadores de hoy y vencedores de mañana. Estas las certezas y consolaciones que el Dios de la paciencia y de los consuelos os infunde para que sepáis luchar con Cristo y para Cristo hasta alcanzar la gloria que por Cristo podéis tener.

Y, junto con la fe y la esperanza, he aquí, en las palabras de Pablo, recordada asimismo la Caridad sin la cual todo lo demás resulta vano. Hasta la vida en la más austera virtud sería vana de no ir acompañada de la caridad. Quien practicase las más austeras penitencias, fuese temperante, honesto, continente, creyese en Dios, esperase en El, observase los Mandamientos y Preceptos, mas no amase a su prójimo, lesionaría de tal modo sus virtudes, que habría de expiar largamente su pecado de egoísmo.

Santo es el amor a Dios, santa la obediencia a sus preceptos, santa la templanza y buena la honestidad. Mas si no hay amor al prójimo, ¿no viene a ser acaso todo eso como un árbol por demás herido del que no queda sino el duro tronco, sin ramas ni hojas, sin flores ni frutos, inútil para el viandante asoleado que busca la sombra o resguardarse de la lluvia; inútil para el desconsolado que, a la vista de sus flores, recibiría una inyección de esperanza en el futuro; inútil para el hambriento que no puede sostener sus decaídas fuerzas con los sazonados frutos de sus ramas ni sentir la existencia de un Dios que vela por las necesidades de sus hijos: e inútil, por último, hasta para el pajarillo que busca en vano refugio en ese despojo de tronco? Verdaderamente, la virtud rígida que carece de amor es la triste visión de un tronco robusto pero desnudo, destinado a morir. Es, ni más ni menos, egoísmo, fariseísmo; es un paganismo que se sustituye al culto verdadero. Porque la verdadera Religión se afianza sobre las columnas de estos dos amores: el de Dios y el del prójimo; y todo edificio que estribe sobre una sola columna resultará siempre desequilibrado y disonante.

La Ley consiste en amar a Dios y en amarse los hermanos entre sí, acogiendo los unos a los otros, apoyándose, instruyéndose y compadeciéndose, igual que lo hizo Cristo.

Tú, pequeña voz, ves cómo amó Cristo a los circuncisos por su derecho de ser amados al ser el Pueblo de la Promesa, y lo mismo a los incircuncisos, como era obligación amarles por ser el nuevo pueblo del Rey de Reyes. Tanto les amó a éstos que los primeros hicieron de ello motivo injusto de acusación contra El, lo mismo que hacen actualmente los "circuncisos" de ahora que, por ser o creerse los elegidos de entre las naciones, hacen de las páginas que revelan el inigualable amor del Maestro hacia los gentiles motivo de escándalo y de negación.

No comprendían los rabinos de entonces, como tampoco comprenden los rabinos de ahora, la suprema caridad que ve en los hombres a otros tantos hermanos a los que ama, si son santos y del pueblo de Dios, por serlo, y si no son santos, para hacerlos tales.

Eso, no obstante, yo te digo con Pablo que estos últimos de los tiempos actuales aventajan, en el amor que tributan al amor, a aquéllos que se tienen por perfectos. Siempre es así: ahora como hace veinte siglos. Los sabios insipientes, o sea, aquéllos que saben la letra, mas no el espíritu de la misma, no saben comprender, creer ni aceptar que Jesu-

cristo, el Salvador, vino y viene, más para los gentiles que para los suyos, más para las ovejas sin pastor o salvajes y aún heridas y sarnosas, que no para las 99 ovejitas ya resguardadas en su Redil.

Jesucristo fue, es y seguirá siendo Aquél que es Salvación para todos aquellos que aciertan a buscarle o a desearle.

Así pues, sin establecer diferencias entre los que son o no son de la grey, sabed amar, sufrir y obrar, pensando que ahora hace veinte siglos se abrió el Cielo para conceder, no a Belén o a Nazaret, ni a Jerusalén o a Palestina entera, como tampoco al aún más numeroso Israel diseminado por el mundo, el Salvador y Maestro, sino *para darlo a todos los hombres*.

Este es el espíritu de preparación a la venida de Cristo, suprema caridad de Dios: un espíritu de amor universal encaminado a que todos los hombres vayan al Reino de Dios, a la casa del Padre.

A ti, en fin, te aguarda un cometido de amor mucho mayor todavía y tú sabes el porqué y para quién<sup>8</sup>. Mas no te abata la magnitud del amor que se te exige pues ¡es tanto lo que has recibido...! Sé, pues, generosa en el dar, en el dar de todas las maneras hasta la inmólación total. Sé víctima. Sé heroica. El tiempo pasa y se acerca la paz. *Después*, todo te parecerá tan poco en relación con lo que tendrás...!

¡Arriba tu espíritu! Mira al gozo que te viene de tu Dios; mira a tu Dios que es tu alegría y que viene a ti para confortarte.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

Ha pasado la Procesión<sup>9</sup>. He querido ver... Me he quedado hecha un trapo de tanto esforzarme por estar levantada para mirar... Me he conmovido recordando tantas cosas... He lanzado besos y puesto mi alma a los pies de María... Hubiera querido estar para siempre en el puesto de Bernardina... pero en el Cielo, no aquí, en la Tierra. Mas, ¡oh Virgen Santa!, si, como sabes, te he rendido mi más completo tributo de fe, sabes también que he tenido que recordar con mi espíritu, más que tu imagen, tu persona, porque quien te ve cual yo te veo, encuentra tan fría, material y despreciable la reproducción más acabada, que no la puedo contemplar sin sentir pena.

Es nuestro castigo de videntes. La realidad espiritual es tan distinta de la material que nos deja helados y casi disgustados. ¡Oh Tú, Tú! ¡Si te viéramos como eres! ¿Qué artista sería capaz de esculpirte o pintarte sin menoscabo, de suerte que nosotros pudiéramos mirarte sin recibir pena viendo envilecido lo que es inefable belleza?

¡Dios mío, cómo nos amas! Sólo por este don de veros cual sois están bien pagadas todas las penas.

Mas, entretanto, digo que me ha resultado mucho más dulce contemplar el homenaje del pueblo y, sobre todo, oír esta mañana en mi doloroso despertar tu maternal saludo, que no ver tu imagen tan diferente de como tú eres.

<sup>1</sup> Antropomorfismo, esto es, modo humano de expresar una verdad sobrehumana, como en: Génesis 6, 5-8.

<sup>2</sup> Romanos 12, 1-2; 1.ª Pedro 2, 4-10.

<sup>3</sup> María Santísima lo puede decir con mucha mayor razón que San Pablo: 1.ª Corintios 4, 14-15; Gálatas 4, 18-20.

<sup>4</sup> Génesis 3.

<sup>5</sup> El nombre propio divino más usado en la Biblia (unas 6.823 veces) es el de Iahweh (Jahvé), llamado «tetragrama» por hallarse integrado por 4 letras. Lo que aquí se lee: *que en Jahvé ya está contenido el Ave*, es una piadosa consideración, doctrinalmente exacta, pero filosóficamente fundada tan sólo en el sonido de las palabras, de las que una es hebrea (Jahvé) y la otra (Ave) latina, las cuales poseen en común la letra *a* y la sílaba *ve*.

<sup>6</sup> En efecto, Eva, tras el pecado, fue y es la madre de todos los vivientes con vida mortal. María, por el contrario, la sin pecado, fue y es la Madre de todos los vivientes con vida inmortal.

<sup>7</sup> Esto es: la fe, la esperanza y la caridad; la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza. Las tres primeras llamadas teologales y las otras cuatro, cardinales.

<sup>8</sup> Probable alusión a su misión de escritora con todos los sacrificios e inmolación total inherentes a la misma.

<sup>9</sup> Como aparece por el contexto, se alude aquí a la procesión de Nuestra Señora de Lourdes, ya que se nombra a Bernardetta Soubirous y porque bajo tal advocación particular se la venera en la Basílica de San Paulino que era la parroquia de María Valtorta en Viareggio.

14/12/46

*A las 5,20 de la mañana*

No bien despierto, ya estoy sobre mi almohada con la aflicción que me la cargo como una cruz. Mas, al mismo tiempo, he aquí la cara y divina Voz que dice: «Viene Jesús a dar su beso (la Eucaristía) a su pequeña esposa».

Respondo: «¡Oh Señor mío, dame una luz y dime si ciertamente eres Tú! Todo cuanto me hacen sufrir los Padres Siervos de María en general y el Padre Migliorini en particular, me induce a creer que yo sea una ilusa, una enferma mental y una obsesa. ¿Eres Tú el que hablas o es mi cerebro que ha enfermado y delira? ¿Eres Tú o es Satanás? Tú lo sabes, es éste mi mayor dolor: la manía de escuchar voces que no son la tuya ni de tus santos o el desvariar dando por “palabras tuyas” lo que tan sólo es pensamiento mío».

Me responde Jesús:

«Y aunque así fuese! ¿No dije Yo que del corazón salen los pensamientos de los hombres y que por el fruto se conoce si es bueno un árbol? ¿No se dice en la Escritura y en la Sabiduría que quien me conoce tiene la vida eterna y quien para Mí trabaja no perecerá? ¿Cuántas veces no se ha dicho abierta o veladamente que quien se halla repleto de Sabiduría se halla saturado de Mí y que quien habla palabras sobrenaturales es voz del Espíritu Santo que habita en su corazón?!. Porque el Espíritu de Dios, querida alma mía, es el que lleva a cabo estas operaciones en el corazón de los hombres en los que habita al encontrarlos merecedores de ser habitados por El. Y el Espíritu Paráclito es el Amor del Padre y del Hijo. De aquí que si tú oyes resonar estas palabras en tu corazón es señal de que tú escuchas los divinos coloquios de la Trinidad Santísima. Por lo tanto, si tú me oyes hablar es señal de que Yo estoy en ti con mi amor. Así pues, aunque de verdad fuese tu corazón el sugeridor de estos pensamientos que después tú escribes, señal es de que tu corazón *se encuentra lleno de Dios*, ya que “lo que sale por la boca procede del corazón del hombre”. Por lo que, si tu corazón envía a la boca y a la mente pensamientos, imágenes y palabras divinas o sobrenaturales, es señal de que tu corazón es santo, que tu corazón alberga únicamente amor, justicia y cosas celestiales, que tu conversación está en los Cielos y que habitas con tu espíritu en ese Cielo que llevas encerrado dentro de ti.

¡Dichosos aquéllos que son como tú! ¿De qué te afliges, árbol hermoso mío, manzano dulce y suave olivo, si tú das frutos celestiales endulzados con la Sabiduría que somos Nosotros, luminosos cual puro aceite encendido con la Luz que somos Nosotros?

¡Permanece en paz! Permanece en paz, amada mía, fiel mía, enamorada mía y *pequeña esposa mía*. Permanece y continúa en paz. Tú haces lo que Yo quiero. Quien te combate no te hiere a ti sino a Mí, porque a Mí, únicamente a Mí me combate, puesto que Yo, y *ningún otro que Yo*, soy el que poseo, domino, esplendo, amaestro y vivo en ti.

Sigue adelante. Tú haces amar al Señor, a María y a la Celestial Población de los Santos. ¡Sólo por esto, únicamente por esto, tendrás la vida eterna! Y tras todo esto cuenta tu prolongado y creciente amor; y están tus sufrimientos, tu inmolación, todo. ¡Oh, no temas! Tú no puedes errar ya que te hallas inmersa en el amor heroico.

No temas. Lo que se encuentra colmado o sumergido, nada más puede recibir ni ser bañado o sumergido por otro que no sea por aquél en que se encuentra.

No temas. Sigue adelante y perdona.

Los miopes y cuantos por la triple sensualidad, o aunque sólo sea por orgullo, viven en la llanura baja, tienen cataratas en las pupilas del entendimiento y no pueden ver el sol que resplandece sobre las cimas de los montes que se elevan al cielo porque aman el cielo, las alturas, el aire puro y no ven las plantas que el sol hace crecer sobre las cumbres. Esos tales tampoco ven los divinos contactos del Sol Dios con la cima de tu espíritu ni las plantas que tu voluntad de amarme hizo nacer allá sobre la cumbre de tu espíritu y que el Sol Dios hace crecer cada vez más lozanas sin que tempestad alguna las pueda desarraigar.

A cuantas almas se entregan del todo a la Sabiduría se les pueden aplicar las palabras del libro sapiencial: “Me he elevado como cedro sobre el Líbano y como ciprés sobre el monte de Sión. Me he encumbrado como palmera de Cades y rosa de Jericó; como un hermoso olivo en los campos y un plátano en las plazas a la vera de las fuentes. Como planta aromática o de suaves resinas, yo exhalo mis perfumes y saturo de ellos mi ‘casa’”<sup>2</sup>. Porque quien se entrega a la Sabiduría exhala Sabiduría. Y la Sabiduría es fértil; es selva útil y hermosa con plantas de toda especie, con flores, frutos y suaves perfumes, alimentada por las Fuentes eternas de su propia Naturaleza: la Divinidad. No es exclusivo de María Santísima este elogio. Ella alcanzó la plenitud de la Sabiduría y las perfecciones todas propias de una criatura. Mas, te lo digo Yo, se predica asimismo de todas las almas que se entregan a la Sabiduría y la Liturgia lo aplica a muchas de ellas que acertaron a poseer la Sabiduría<sup>3</sup>.

¿Quién eres tú? ¿Preguntan y te preguntas quién eres? Yo te diré con las palabras de Isaías<sup>4</sup> cuál es tu nombre: “Yo, el Señor, doy y les daré un nombre mejor que el de hijos e hijas; les daré un nombre eterno que jamás perecerá”. Te lo digo también con las palabras de Juan el Predilecto<sup>5</sup>: “Al vencedor le daré maná escondido y *una piedrecita blanca en la que estará escrito un nombre nuevo* que nadie lo conoce sino aquél que lo recibe”. Yo te lo he dado y no te lo quitaré si tú me permaneces fiel. No te lo quitaré y tú lo llevarás con otros muchos, con todos “aquéllos que vienen de la gran tribulación” a donde no hay ya dolor “porque Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos”<sup>6</sup>.

¿Te encuentras en paz, mi pequeña esposa? ¿Acaso no he venido a besarte como te he dicho al principio? ¿No tienes en ti mi miel eucarística? ¿No sientes lo suave que es? ¿No palpitan al unísono con un solo latido nuestros dos corazones? ¿Te embriaga mi Sangre? ¿Brilla mi Sol en ti? ¿Te caldea, te consuela? ¡Oh María mía! Pero, ¡ven, abandónate! ¡Resulta tan bello amarse y olvidar las cuadrigas de Aminadab, tan feroces, tan duras, oscuras, gélidas y materiales...!<sup>7</sup>. Ven al amor. Dame tu amor. ¡Tengo tan pocas almas que me amen sin reservas cual tú lo haces...! ¿A qué tu deseo de alejarte empavorecida de las

voces de quienes están entre la hierba y el pantano, como las ranas, que querían hacer callar al ruiseñor y volar a pleno sol como la paloma, irritándose de no poder hacerlo? Ven, soy Yo ciertamente. Ven. No puedes dudar, no dudes más cuando Yo te tengo así. Ahora bien, el éxtasis no es de todas las horas y tú debes saber permanecer feliz y segura, como ahora lo estás, aun cuando el éxtasis haya finalizado y te cerquen la incomprensión y la desconfianza, *queridas*, de los hombres.

Alma mía, todo pasará; mas Yo me quedaré siempre y para siempre contigo. Tras el Calvario viene la Resurrección y tras la Pasión la Ascensión: para Cristo y para las esposas de Cristo.

Mi paz y mi caridad estén siempre en ti, para ti y contigo».

---

<sup>1</sup> Verdaderamente, cuantos más años pasan más se convence uno de que el fenómeno doctrinal valtortiano no tiene sino estas dos explicaciones posibles:

1.<sup>a</sup> O Jesús se le mostró y dictó, y ella no hizo sino describir y transcribir;

2.<sup>a</sup> O María Valtorta estuvo de tal manera abismada en Dios e identificada con El, que ya no era ella la que vivía y hablaba sino que era Jesús el que vivía y hablaba en ella y a través de ella.

A este respecto, cfr. Gálatas 2, 19-20.

<sup>2</sup> Eclesiástico 24, 17-21.

<sup>3</sup> Efectivamente, en el Misal llamado de San Pío V, del que se servía María Valtorta y que estuvo en vigor hasta el año 1971, se aplican muchas veces a santos y santas textos bíblicos referentes a la Sabiduría. Por ejemplo: Santo Tomás de Aquino, San Juan Berchmans, Santa Juana de Arco, etc., etc.

<sup>4</sup> Isaías 56, 4-5.

<sup>5</sup> Apocalipsis 2, 17.

<sup>6</sup> Apocalipsis 7, 9-17; 21, 4.

<sup>7</sup> Cantar de los Cantares 6, 11-12.

---

**15-12-46**  
**Domingo 3.º de Adviento**

*Dice Azarías:*

«Nuestro Señor Santísimo te ha anticipado el cuadro que hoy canta la liturgia. He venido a consolarte y a reafirmarte, pobre alma, que te sacuden sin piedad para forzarte a decir lo que no es verdad.

Jamás lo digas. Te recuerdo las palabras del Maestro: “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”. Allí se refería a un impuesto y aquí a una obra. Mas, tanto en un caso como en otro se ha de dar a Dios lo que es de Dios. Por más que, a fuerza de insistir en querer que se reconozca el origen sobrenatural de la obra, llegases a conseguir que ya nadie se ocupase de ella — me refiero a los sacerdotes— déjales hacer. De tres cosas habrán de responder ante Dios: de no haber reconocido la Palabra, de haber escandalizado a muchas almas y de haber faltado contigo a la caridad y faltado igualmente con los que tienen hambre de la Palabra para quienes, usando con ellos de misericordia, dictó la Obra Jesús Santísimo.<sup>1</sup> Tú, por lo que a ti respecta, al querer hacer lo que Dios quiere, *ya has cumplido* por más que no se te haya dejado hacer. Has cumplido a los ojos de Dios, tanto como portavoz como ejecutora de las órdenes de Dios. Esto te debe bastar. Por lo demás y por lo que hace a otros, piensa en Dios. ¡Oh, cuántas palabras hay en el Evangelio aplicables a este caso!<sup>2</sup>

Mas, dichosos siempre los pequeños que sirven al Señor con simplicidad y amor; y ¡ay siempre de aquéllos que con su manera de obrar, opuesta a la bondad del Señor, acumulan sobre sus cabezas los rigores de la Justicia!<sup>3</sup>. Y roguemos ahora y siempre para que, con la gracia de la venida de Cristo, se disipen las tinieblas de la mente de muchos.

Y vosotras, almas fieles que, con simplicidad y amor servís y seguís a Dios y a su Voluntad, estad siempre alegres en el Señor. Que el gozo de este amor recíproco y la paz que comunica el decir: “Yo hago lo que Dios quiere”, os acompañen siempre en medio de las cruces y de las pruebas. Cualquiera que sea el grado de justicia que alcancéis, sea cualquiera el reflejo que trasluzcan vuestros actos dando a conocer a los hombres las operaciones recíprocas de Dios en vosotros y de vosotros por amor de Dios, sean cualesquiera las gracias que la Bondad eterna os conceda, sed modestos, de suerte que los hombres, al veros, puedan decir: “Este es un verdadero hijo de Dios porque a sus méritos añade la modestia en todos sus actos, palabras y miradas”.

Estad muy sobre aviso porque hay miradas que delatan una virtud imperfecta mejor que las palabras manifiestas. Verdaderamente algunos, que en todo lo demás son virtuosos, faltan en esta virtud de la perfecta humildad. La perfecta humildad, ni aun en el secreto del corazón favorece la complacencia de ser buenos y beneficiados por Dios. La perfecta humildad no se turba por las alabanzas ajenas ni adopta actitudes hipócritas de humildad que son refinada soberbia y subterfugio para conseguir más alabanzas. Hay miradas, sonrisas y actos que, sin palabras, dicen bien a las claras que os gozáis de las alabanzas. Y esto ya no es verdadera humildad.

Vosotras, almas que tendéis a la perfección por amor de Dios, sed verdaderamente modestas en todo. El ojo de Dios está siempre sobre vosotras y ve la realidad de vuestros corazones. Recordad de continuo que el Señor puede estar muy cerca con su juicio, pues nadie sabe cuándo vendrá la muerte a liberar vuestras almas conduciéndolas al juicio de Dios. Vivid siempre cual si el Señor se os hubiese de hacer presente en cualquier momento para llamaros a la otra vida.

No os afanéis por nada acordándoos de las palabras de Cristo: “Vuestro Padre sabe lo que necesitáis. Bástale a cada día su afán”<sup>4</sup>. ¿A qué llenaros de tedio y de tristeza por cosas futuras que tal vez no hayáis de ver sino por sugestión u obra demoníaca tendente a llenaros de pavor y haceros dudar de la Providencia? El afán por el día de mañana es como el agua lanzada al fuego dulce de la esperanza en la bondad divina y como la arena echada para destruir las tiernas plantitas de vuestra diaria confianza en Dios.

Jesús Santísimo, al enseñaros la oración dominical, os indicó que digáis: “Danos hoy”<sup>5</sup>, no “Danos para todo el año o para toda la vida”. Porque el “Pater” es, debe ser, un acto diario de caridad, de fe, de esperanza y de dolor que pide perdón. ¿Nunca habéis pensado que en el “Pater” se contienen los cuatro actos de fe, de esperanza, de caridad y de dolor<sup>6</sup> que la Iglesia pone entre las partes de la oración que un buen cristiano debe hacer diariamente para ayudarse a conseguir estas virtudes, para hacerlas crecer en la propia alma, profesarlas heroicamente frente al respeto humano y al desprecio del mundo, mientras que el acto de dolor es útil reparación y medio de acceder a mayor virtud en lo sucesivo, ya que se presupone que quien reza presta atención a lo que dice, pues, de otra suerte, no sería rezo sino balbuceo de sonidos sin valor alguno, y por eso el acto de dolor debe ser el final de un diario y utilísimo examen de conciencia durante el cual el hombre reconoce humildemente los pecados y omisiones cometidos durante el día, acusándose de ellos con sincero dolor de haber ofendido a Dios?

Meditad y ved cómo en el “Pater” aparecen insertos estos cuatro actos que son de-

bidos a Dios y necesarios para vuestro crecimiento en sabiduría y en gracia. No os afanéis, por tanto, del día de mañana para no caer en tristeza y en miedo. Las vanas preocupaciones alejan de Dios. Son como pantallas opacas y tétricas interpuestas entre vosotros y vuestro eterno sol. Son como cadenas que os mantienen prisioneros aquí abajo, mientras que, sin ellas y con la hermosa confianza en Dios, volaríais con el espíritu a El. Son saetas abiertas a Lucifer por las que puede penetrar para heriros y emponzoñaros.

No os afanéis, antes, en cualquier contingencia, volveos a Dios con plegarias y súplicas unidas a vuestra acción de gracias. Y permaneced en la paz. La caridad, la fe, la esperanza, la humildad, la confianza en Dios y para Dios y la obediencia a sus querer otorgan esta paz que sobrepasa toda inteligencia. Esté ella en vosotros. Y, con ella en el corazón, gustaréis del Paraíso por anticipado, ya que tener paz es tener a Jesucristo y hallarse establecidos en El.

**Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».**

---

<sup>1</sup> María Valtorta insistía en que se reconociese el origen sobrenatural de sus escritos. Por motivos obvios y comprensibles, encontró en ello *enormes* dificultades, y tan sólo cejó en su empeño cuando tuvo conocimiento del consejo del Papa Pío XII: «Publicad esta Obra tal cual está. El que lea la entenderá».

<sup>2</sup> Alude tal vez a *algunas* de las invectivas que figuran en: Mateo 23, 13-39; Lucas 11, 37-54.

<sup>3</sup> Proverbios 25, 21-22 y Romanos 21, 14-21.

<sup>4</sup> Mateo 6, 25-34; Lucas 12, 22-32.

<sup>5</sup> Mateo 6, 9-13; Lucas 11, 1-4.

<sup>6</sup> Probablemente distribuidas de la forma siguiente: 1.ª acto de fe: «Padre nuestro que estás en los Cielos»; 2.ª acto de esperanza: «venga tu reino»; 3.ª acto de caridad: «hágase tu voluntad...»; 4.ª acto de dolor: «y perdónanos nuestras deudas así como nosotros se las perdonamos a nuestros deudores...».

**22/12/46**  
**Domingo 4.º de Adviento**

*Dice Azarías:*

«¡Aleluya, aleluya, aleluya! El gozo de la Navidad ya está a las puertas. Cantemos por quienes en tal día harán que nazca en ellos el Mesías. Toda Navidad produce resurrecciones de almas. Aleluya para éstas que vienen al Señor que les era desconocido y que, doblando sus rodillas, adoran al Dios Niño. Cobran para ellas realidad las palabras del Bautista: Han preparado el camino al Señor enderezando su yo, colmando las lagunas, abatiendo todo orgullo, abrazando la Verdad que es recta y la humildad que es dulce. Cantemos por los nuevos nacidos al Señor. ¡Aleluya!

Y, a continuación, demos lectura a la epístola paulina. Mucho es lo que Jesús Santísimo te hace sufrir y mucho lo que estás sufriendo. Ofrece tu sufrimiento como la mejor ayuda para quienes en estos días nacen en Dios, y obedece a tu Maestro. Yo escucho y gozo contigo. Por tal motivo poco es lo que habré de decirte de comentario. Con todo, te digo que la epístola de hoy es propiamente para ti y para todos aquellos que tienen un cometido extraordinario en el servicio de todos los fieles a Dios.

“Así pues, que cada cual se considere como servidor de Cristo y dispensador de los misterios de Dios”.

Palabra sacerdotal dirigida a los sacerdotes. Mas hay otros sacerdocios además del servicio público al altar manifiesto a todos. Hay consagraciones secretas, secretos ministerios en los que los llamados a los mismos no sirven en éste o en aquél altar sino que sirven en el inmenso Templo de Dios y ofician directamente en su inmenso altar, entregados todos a su servicio con una dedicación absoluta.

Son siervos de Dios y de sus hermanos, dispensadores de la Palabra, de la Luz, de la Sabiduría y de la Misericordia de Dios, de esta Palabra que es como un Sacramento inmaterial que no necesita de medios, de especies ni de fórmulas para ser administrado y comunicado sino que tiene en sí la suma de la Gracia y de la Vida, aquélla que aumenta la luz en las almas a las que la Gracia hizo ya luminosas y que acrecienta la vida en las vivificadas por la Gracia y que, por sí sola, puede proporcionar anhelos de Luz y de Vida y conducir a la Gracia a través de la fuente de siete canales de los Sacramentos hasta entonces olvidados y despreciados.

“El que escucha mi Palabra no morirá eternamente”<sup>1</sup>, dijo el Señor Jesús. Porque, efectivamente, si uno no escucha su Palabra y no la escucha a pesar de creerla divina, lo mismo que al que la dice que es Dios, Hijo de Dios, ¿qué valor puede tener para ese tal la fuente sacramental de siete canales? La Gracia infundida por el bautismo muere porque quien no secunda la Palabra peca y, quien peca, pierde la Gracia y, con la Gracia, la Luz y la Vida; y ya no cree en Cristo ni en sus méritos, como tampoco en los Sacramentos ni en las sagradas Jerarquías de la Iglesia y, cual embrión de hombre que se desprende de la matriz, muere al no alimentarse ya con los jugos vitales.

Las “voces” son los dispensadores extraordinarios de la Palabra, nunca suficientemente suministrada, dada la labor continua de las fuerzas adversas contra Ella y contra el espíritu del hombre; y nunca tampoco suficientemente conservada, asimilada, hecha vida del individuo para hacer de éste el ciudadano eterno. ¿Qué se requiere en quienes son “voces”, al igual que en los sacerdotes, maestros para la explicación de la Palabra, al tiempo que las “voces” son los canales de la misma? He aquí lo que dice San Pablo: “Lo que se requiere en los dispensadores es que todos ellos sean hallados fieles”.

Muchos son los llamados, mas pocos los que saben mantenerse fieles a su misión. Este precisamente es un año en el que un alma, a la que tú y el que entonces te dirigía conocísteis<sup>2</sup>, él personalmente y tú de referencias, ha cometido su primera infidelidad a la gracia que Dios habíale otorgado y, por consiguiente, se ha dejado influir más poderosamente por las fuerzas tenebrosas. Podía escapar y librarse de las cadenas que le tendía Lucifer, siempre furioso contra todos y, en particular, contra aquéllos a los que ve mayormente caminando por las vías de Dios. ¡Contaba con tantas ayudas de lo alto y hasta de la Tierra...! Con muchas más que tú que de las criaturas no has recibido sino oposición y que *has tenido que hacerte* madura personalmente por tu cuenta, permaneciendo de continuo bajo los rayos de Dios, firme y fiel, por más que de todas partes te hiriese el dolor y quedase justificado este pensamiento: “Dios no me ama”. Mas tú te dabas cuenta de que te amaba y de que las tempestades eran predilecciones, ya que te daban a conocer la gran verdad de que únicamente Dios merece todo el amor de sus criaturas y de que tan sólo El sabe amar.

Pues bien, no obstante las grandes ayudas, aquella alma no ha sabido mantenerse fiel. Por el contrario, las mismas ayudas y ciertas ayudas particularmente le han resultado nocivas al unir su imperfecta espiritualidad a la suya igualmente imperfecta. Y así lo espiritual verdaderamente santo se ha ido alejando de la misma. Ruega por ella.

Y este ejemplo —*uno*, si bien te podría aducir mil de ellos; pero éste te lo aclaro en



el fondo del corazón sin nombrarlo aquí por respeto al indeleble carácter sagrado que tiene la persona presentada como ejemplo de una infidelidad que hace obtusos y tenebrosos a quienes la provocan privándoles al propio tiempo de las luces espirituales— te sirva para que seas cada vez más fiel y no te llegue a suceder lo que a otros. Y cuando aciertes a mantenerte fiel e, incluso, sepas que Dios te puede considerar por tal, a quienes te querrían juzgar y aún manifiestan sus juicios —juicios que, en gran parte, ni los mismos que los formulan los creen buenos sino que si los hacen es por razones en parte excusables y en parte inexcusables—, diles las palabras de Pablo, y decídselas asimismo vosotros, dispensadores de la Voz de Dios: “Me importa muy poco que me juzguéis vosotros o un tribunal humano, pues ni aún yo mismo me juzgo, puesto que, si bien yo no me siento culpable de cosa alguna, no por ello estoy justificado, ya que mi juez es el Señor”.

Y si habéis de alcanzar la perfecta justicia, vosotras, almas extraordinarias recluidas en criaturas de las que no han desaparecido las reacciones morales propias de la criatura, —a la que debéis tener domada con una heroica, y tenaz lucha del espíritu contra la humanidad a fin de conseguir la victoria final del espíritu sobre la humanidad— no juzguéis a vuestros quilatadores. Este es su verdadero nombre. Ellos son el ácido que prueba el metal de vuestro corazón. Corroen, mas el metal noble destella con más vivo esplendor tras la corrosión dolorosa, apareciendo en toda su real nobleza. Si tan sólo fuese un baño hipócrita de áurea virtud, presto la corrosión de los quilatadores pondría al descubierto el plomo de vuestro interior. No les “juzguéis prematuramente antes de que venga el Señor, puesto que El pondrá al descubierto lo que permanece oculto en las tinieblas y hará manifiestos los consejos de los corazones y entonces cada uno recibirá de Dios la alabanza que le corresponde”.

¡Efectivamente! Entonces no habrá vestimenta, calculada manera de hablar, de moverse ni de obrar que impida a la Luz descubrir los más secretos repliegues de los espíritus. No habrá entonces calumnia, insinuación, negación ni nada que pueda mancillar el espíritu heroico del dispensador fiel. Las sombras esparcidas por las malas voluntades ajenas sobre las páginas immaculadas de los espíritus fieles en las que Dios escribió su Palabra para que ellos la distribuyesen a los hombres, quedarán reducidas *a nada, porque Dios las disipará* y aparecerá la entereza sin manchas de los espíritus fieles a su misión, aceptada, cumplida y sobrellevada, puesto que, si bien es elección, es también fatiga y dolor para gloria únicamente de Dios. Aceptada, cumplida y sobrellevada en medio de los obstáculos interpuestos de continuo a las “voces” para hacerles más penoso su servicio. Servicio que si lo pueden soportar es porque, si bien en torno a las “voces” se apiña la turba de los atormentadores, como sucedió con Cristo durante los tres años de su misión y muy especialmente por el camino de la Cruz, al lado de las voces está el Cirineo divino, el mismo Cristo, porque el Señor está junto a quienes le invocan con sinceridad.

¡Sea dada gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo!».

---

<sup>1</sup> Juan 8, 52-53.

<sup>2</sup> El director espiritual aquí aludido es el P. Romualdo M. Migliorini, O.S.M. La otra persona aparecerá probablemente determinada a través del Epistolario y de otros escritos autobiográficos valtortianos todavía inéditos.

---

29/12/46  
*Domingo infraoctava de Navidad*

*Dice Azarías:*

«La Palabra de Dios es siempre juicio y está puesta permanentemente como piedra de contraste ante los hombres. Según sea su metal, así son diversas las reacciones y, según sean las reacciones, así es también el juicio de Dios.

La Palabra de Dios, que bajó por primera vez a medianoche en tiempos de la ira para ser castigo inexorable contra los conculcadores de los siervos de Dios y por segunda vez, a medianoche, en el tiempo de la misericordia para ser potentísimo amor salvífico, continúa siendo, a través de los siglos, juicio y piedra de contraste de los hombres. Castigo inexorable para quienes se burlan de Ella y por su causa persiguen a los que permanecen fieles a la misma. Y por el contrario, amor potentísimo que salva y amaestra para los que, con buena voluntad, van en busca de esta Palabra y la aman como a esposa muy querida de su espíritu, de la que jamás se apartan por encontrar en Ella todas sus delicias.

El descenso de la Palabra sobreviene generalmente en el silencio de las horas íntimas, cuando el hombre se encuentra dentro de sí mismo recordando sus actos, estos actos que realizó durante el día con el deseo humilde de obedecer al Señor en sus preceptos de santidad y de doble amor, o con descarado desprecio de Dios, de la moral y del amor.

Con dulce y prolongado coloquio del Espíritu Divino con el espíritu del hombre, o con un breve y fulgurante grito de Dios al pecador, la Palabra de Dios desciende a las horas más impensadas eligiendo el momento en que el yo se encuentra solo consigo mismo. Y canta el amor o ruge la ira, dulce como caricia o temerosa cual chasquido de saeta, promesa de una más grande beatitud o advertencia de un rayo tremendo de Dios. Y, por más que amenace, por más que aterre, es siempre misericordia. Aterra queriendo levantar de nuevo. Fulmina para purificar y ciega para dar visión.

Los caminos de Damasco se repiten para infinidad de criaturas. Y dichosos aquéllos que supieron alzarse sobre sí mismos con la materia reducida a cenizas por la misericordia de Dios, con sus ojos cerrados a las vanidades del mundo dispuesto a transformarse de enemigos en siervos de Dios y tanto más dispuestos cuanto más les hace Dios ver lo que han de sufrir por su Nombre.

Y dichosos igualmente aquéllos que, habiendo sido siempre amigos de Dios, no se ensoberbecen por la Palabra que les ama, antes, con humildad, la obedecen en cuanto les ordena y aconseja y, sin cálculo alguno ni avaricia, la ponen en práctica y la difunden movidos únicamente por el amor, el honor y la gloria de Dios.

Son dichosos todos ellos, lo mismo los que caminan hacia la perfección siguiendo la marcha constante de su buena voluntad que aquéllos que lo hacen mediante una intervención milagrosa de Dios que les anonada cuando van por el camino del Mal a fin de hacerles retornar al camino del Bien mediante la Palabra, cambiándoles de niños que eran a adultos, dispuestos a recibir la herencia paterna cual corresponde a hijos inteligentes, dignos de llevar tal nombre.

El estar bautizados y ser cristianos por la virtud del Santo Bautismo, habiendo nacido por él a la Luz y perteneciendo a la gran Sociedad de los “vivientes”, es una gran

cosa. Mas eso no basta. Bastaría, es cierto, si en la infancia material el alma se presentase a Dios reclamada por El. Nada más se requeriría entonces para entrar a formar parte del gozoso pueblo de los Cielos. Pero, como todo aquél que nace de mujer crece en edad, *debe* asimismo, a semejanza del Primogénito de todos los nacidos y de todos los “vivientes”, *crecer igualmente* en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres<sup>1</sup>.

La Santa Iglesia, Esposa de Cristo y Madre por tanto, Madre fecunda de sus nacidos, vela y administra los tesoros de su Esposo, los infinitos tesoros que Cristo acumuló y que con su Sacrificio hízolos fuentes perennes de Gracia y de Salvación. Y, de esta suerte, las almas pueden crecer y nutrirse, crecer y robustecerse, crecer y alcanzar la edad adulta en la que, de niños que aún no pueden hacerse cargo de la herencia paterna, llegan a ser herederos que toman posesión de los bienes del Padre.

La Iglesia ofrece al lactante y al chiquitín el alimento que debe tomar. Ahora bien, si éste lo rechaza o lo recibe con náuseas, si prefiere mezclarlo con otros alimentos o sustituirlo sin más, en vano la Madre Iglesia le ofrecerá los alimentos que hacen del chiquitín un adulto espiritual, uno que “vive” y que “ve”, ya que tiene en sí la Vida y la Luz como amigas. El niño en tal caso no crecerá sino que morirá o, cuando menos, quedará estancado en el infantilismo que, si bien no es culpa, tampoco es santidad heroica y así, mediante una larga expiación, deberá alcanzar la edad perfecta en medio de los fuegos purgativos y misericordiosos. El niño entonces, el espíritu perezoso, apático y desganado no pasará, a la hora de su muerte, de niño a heredero sino que deberá sufrir por largo tiempo para reparar sus tibiezas, egoísmos y ligerezas hasta alcanzar la edad perfecta.

“En tanto que el heredero es niño, por más que sea dueño de todo, en nada difiere del siervo y permanece bajo tutores y cuidadores hasta el tiempo prefijado por el padre”. He aquí contenida en las palabras precedentes la advertencia de que el hombre, siempre niño en la perfección respecto a la Infinita Perfección, está obligado a permanecer bajo tutela y en la obediencia de su Madre la Santa Iglesia, la cual, perfecta como es en las cosas del espíritu, sabe cómo conducirlo, con qué alimentos nutrirle y con qué medicamentos curarle para defenderle de los venenos del pecado original, de la carne, del Mundo y de Satanás. Por más que se borre la mancha, el fomes<sup>2</sup> no desaparece y Satanás sopla en el fuego rastroso del fomes para que, además de serpentear causando quemaduras molestas, se avive produciendo llama que abrasa y destruye. La Santa Iglesia esparce sus bálsamos, sus crismas, sus aguas y la Sangre Divina de Cristo para calmar las tempestades, apagar las llamas, medicinar las quemaduras, hacer incombustible al espíritu para que no sea pasto de las llamas y reconforta con el Cuerpo y la Sangre vivificantes de Jesús Santísimo al que se ve exhausto de fuerzas por su lucha contra los repetidos asaltos de Satanás y de la carne.

Por eso, el tomar el alimento que ofrece la Santa Madre Iglesia Romana, Unica, Católica y Universal, es, si se quiere vivir y llegar a ser herederos del Reino del Padre, un deber más que una necesidad. Por lo que quien así no lo hace, acudiendo de continuo a sus tesoros, se expone imprudentemente a los desfallecimientos y a la muerte. Y, asimismo, el que asegura no ser necesario todo eso y que la Santa Iglesia es una institución inútil de la que no necesitaron las almas que supieron hacerse espirituales, se expresa de un modo satánico y por su boca habla aquél que odia a la Iglesia en la misma medida que a Cristo, al que, aun antes de que existiese el hombre, se negó a rendirle adoración<sup>3</sup>.

No podéis, os es imposible llegar a ser espirituales sin los auxilios del Espíritu de Dios que os vienen a través de los Sacramentos y de la Iglesia.

No podéis, no podéis en manera alguna conservaros espirituales, si es que por la gra-

cia de Dios y mediante los alimentos que la Madre Iglesia os ofrece llegásteis a serlo, si no continuáis viviendo en Ella, con Ella y de lo que la misma os proporciona.

¡Ojalá pudiéseris permanecer sumergidos como están los peces en la pecera, en la fuente de siete brazos, sin jamás salir de ella, para que así os viéseris libres del mordisco de Satanás! Aquél que dice: “Dios está conmigo y, por tanto, ya no tengo necesidad de la Iglesia”, por este solo pensamiento soberbio se aparta de la Iglesia y de la Vida y a los ojos de Dios aparece manchado con la baba de la infernal Serpiente.

Tanto más creceréis en sabiduría y en gracia, cuanto más viváis obedeciendo y amando a la Santa Iglesia de Cristo. Tanto mayor robustez viril de los fuertes alcanzaréis, cuanto más succionéis la Vida de sus santos pechos. Y tanto más estaréis en Dios y con Dios, y tanto más estará Dios con vosotros, cuanto más estéis en la Santa Iglesia Romana, Católica y Apostólica por cuyo cuerpo circula la Sangre Santísima de Jesús. Señor mío y vuestro. ¡Ay de quien de Ella se aparta! ¡Ay, tres veces ay, de quien hace que otros se aparten de la Iglesia! ¡Ay de quien, poniendo a prueba a las almas o seduciéndolas, las tienta para que se aparten o relajen sus contactos con Ella, diciendo: “No acudáis a la fuente ni al granero porque, si es verdad que estáis con Dios y Dios con vosotras, nada importa que dejéis de nutrirnos con los alimentos eclesiásticos”; o bien: “Mientras Dios esté con vosotras, podéis muy bien dejar de hacer eso”.

Nunca hasta ahora llegó la orden ni el consejo, procedente de la Palabra, de prescindir de la Iglesia ni de sus jerarquías. Y nunca tal sucederá, pues es una institución eterna contra las que ni Satanás podrá conseguir victoria. Y por más que ahora la violencia del infierno y la avalancha de las herejías y de los pecados del mundo parezcan quererla atropellar, todo ello no pasará de ser un rudo golpe que la hará tambalear y sufrir, pero del que saldrá más hermosa, resultando de biso brillante sus vestidos a los que tantas cosas empolvieron y de púrpura su manto de perseguida. Lágrimas y sangre son necesarias para blanquear el biso y empurpurar el manto de la excelsa Esposa de Cristo que no ha de morir.

Tras la oscuridad viene la luz. Siempre es así: en la creación del mundo, en el despuntar del día, pasada la noche, y en el sucederse de las épocas y de las eras. La propia corrupción produce de la muerte elementos de vida. De las oscuras fosas de los comentarios se desprenden llamitas danzantes, recogidas, podrían suministrar luz y calor. Hasta en los períodos espirituales más tristes en los que, al parecer, la Muerte haya de apagar la Vida, las Tinieblas vencer a la Luz y la materia aniquilar al espíritu, la Vida, la Luz y el espíritu vienen a quedar vencedores. Resultan atropellados y quedan ocultos, como sucede con el grano lanzado al surco y cubierto de estiércol durante los tristes meses del invierno. Parece quedar despreciado ese grano sepultado bajo capas de polvo y entre el hedor del estiércol. Parece hallarse perdido para el sol y el sol para él. Mas, precisamente, por estar allá abajo mortificado, apretado y oprimido por el polvo, puede echar raíces y no ser ya granito ligero que el viandante puede triturar con el pie, el viento desplazar a cualquier lugar y el pajarillo engullir, antes llegar a ser una planta estable, galana, útil, próspera, multiplicada de valor y de poder, benéfica y triunfante bajo el sol de los meses más bellos.

La Luz parece oscurecerse y llegar la Muerte<sup>4</sup>. La corrupción inunda y anega con sus densas ondas. No temáis. Es lo que se necesita para hacer despertar a los adormecidos y hacerles desear las voces de lo alto. La lucha es útil para mantener fuerte al atleta. Las náuseas de la corrupción hacen desear lo que es puro. Las tinieblas impelen a buscar la luz y el materialismo, llevado a límites pavorosos, engendra impulsos hacia la espiritualidad.

La Humanidad, prendida como una pelota por Satanás, pues habiase adormilado en la neblina de épocas sin luchas religiosas y lanzada con escarnio al fango, por la propia reacción del golpe saldrá rebotada a lo alto. Llegará la era del espíritu tras ésta de materialismo. La era de la Luz retornará después del oscurantismo actual. La era de la Vida sucederá a la casi mortal agonía. Surgirá la era de Dios para prestar fortaleza en la lucha postrera. Y, por último, la era de Dios reinará después de la de Satanás.

¡En pie, cristianos, con la plenitud de vuestra caridad, por Dios, por la Iglesia, por el prójimo y por vosotros! Dios Padre os envió a su Hijo, y Hermano vuestro por la Madre, a fin de que fuese vuestro Maestro y Redentor y vosotros fuéseis hijos de Dios. Y, al ser hijos, Dios infundió el Espíritu de su Hijo en vuestros corazones y así El grita por vosotros: “¡Abba! ¡Padre!”.

El hombre, aún el más perfecto, nunca sabría rogar con esa amorosa violencia que obtiene el milagro, *todos* los milagros. Y entonces, he aquí que el Espíritu de Dios ruega en vosotros para vosotros a fin de obtener cuanto os es útil y necesario y que, por ser santo, sirve para santificaros. Es siempre el Espíritu del Señor el que, encerrado en los corazones de los fieles, suplica y grita con gemidos inenarrables: “¡Abba! ¡Padre!”.

Y lo dice por vosotros: ¿De qué teméis, pues, cuando podéis llamar “Padre” a Dios? ¿Cuando el mismo Espíritu de Dios lo dice por vosotros, confesando que podéis llamaros hijos del Padre y que sois hijos de Dios? ¿Cuando el mismo Espíritu al que Dios ama infinitamente, siendo una misma cosa con El, ruega y clama por vosotros?<sup>5</sup>.

Arriba, pues, y no temáis por las cosas que suceden. No temáis. No sois siervos que pueden ser desposeídos de un momento a otro y carecen del derecho a los bienes del Padre de familia sino que sois hijos, nacidos a la Verdadera Vida por los méritos de Cristo y conservados en ella por estos mismos méritos que la Esposa de Cristo maternalmente os ofrece. Sois hijos, y por ello, no puede seros arrebatada la herencia paterna que, igualmente, tampoco puede ser desbaratada, ya que el Reino de los Cielos es intangible a los elementos disgregadores que en la Tierra, a falta de coraza, dañan y menoscaban. Los rayos de Satanás y las desencadenadas ordas de los ensatanados, las lúgubres ordas del negro Príncipe Rebelde, no alcanzan las luminosas playas en las que es completo el gozo de los santos, donde la paz se perfecciona y donde es tan sublime la caridad que sólo más allá de la vida conoceréis su magnitud y su superbeatífica dulzura.

Este gozar, este permanecer en paz, esta posesión de la Caridad es ya dicha de los verdaderos siervos de Dios aquí donde os encontráis y que yo, ángel del Señor, os la auguro cada vez más perfecta; dicha que allí os aguarda. Vuestra es. Es de quienes, contra todo y contra todos, saben llegar a ser y continuar siendo hijos de Dios.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

<sup>1</sup> Lucas 1, 80; 2, 39-40 y 51-52.

<sup>2</sup> El fomes, según Santo Tomás, es la desordenada y habitual concupiscencia del apetito sensitivo y tiene dos efectos: la inclinación al mal y la dificultad con respecto al bien.

<sup>3</sup> Formulación breve y clara de cuanto se dijo en el comentario de la Santa Misa de la Inmaculada.

<sup>4</sup> Lo que sigue es de un realismo, de un optimismo y de una exactitud teológica verdaderamente *impresionantes*. A Cristo debe asemejarse su Iglesia. Ella, que es sacramento de universal salvación, *debe* participar plenamente en la suerte del Misterio Pascual del Divino Salvador. Para la Iglesia, por tanto, no se dará plenitud del Espíritu Santo, glorificación, ascensión y resurrección sino *tras* la muerte, la sepultura y los sufrimientos espirituales, morales y físicos. ¡Es necesario penetrar esta gran verdad!

<sup>5</sup> Además del fragmento de la epístola a los Gálatas 4, 1-7, aquí comentado, véase: Romanos 5, 1-5; 8, 14-27.

*Dice Azarías:*

«Las Santas Misas de hoy: Domingo que celebra el Santo Nombre de Jesús y, a la vez, la Vigilia de la Epifanía, son un canto a la obediencia, a esta gran virtud que, a seguido de las tres virtudes teologales, debería ser amada y practicada a la perfección y que, por el contrario, apenas si es observada u observada mal y aún menos amada. Y, con todo, ella es uno de los pilares del Increado y de lo Creado, indispensable para sostener el edificio de la santidad. Alma mía, contemplémosla juntos y verás que ella, doquiera esté, es cosa buena.

La Obediencia en el Increado: El Verbo obedece al deseo del Padre. Y esto, siempre. Jamás se niega a ser Aquél por cuya Palabra se realizan los querer del Padre. Se conocen las obediencias perfectas del Verbo Divino. Brillan para vosotros, mortales, desde las primeras palabras del Génesis: “Dijo Dios: Hágase la luz”. Y, he aquí que, al momento, expresó el Verbo el mandato que el Padre pensara, y la luz fue hecha. Fue la luz y el Verbo, que tomó Carne entre los hombres, declaróse muchas veces “Luz”, y Luz fue llamado por la boca inspirada del Apóstol Juan: “En el principio era el Verbo y el Verbo estaba junto a Dios y el Verbo era Dios. El estaba en el principio junto a Dios. *Todas las cosas fueron hechas por medio de El, y sin El ninguna de las cosas creadas fue hecha. En El estaba la Vida y la Vida era la Luz de los hombres. Y la Luz brilló en las tinieblas; mas las tinieblas no la comprendieron. Hubo un hombre enviado por Dios. Su nombre era Juan. El vino como testigo para dar testimonio de la Luz a fin de que todos creyesen por medio de él. No era él la Luz sino que vino a dar testimonio de la Luz. El Verbo era la Luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*”<sup>1</sup>.

Esta página seráfica del seráfico que conoció a Dios y no sólo al Dios-Hombre, Salvador y Maestro, sino a Dios, el Incognoscible, cuya Naturaleza llegó a comprender, es verdaderamente un canto, el canto de la verdad sobre la Naturaleza del Verbo que presta alas al alma del que sabe escucharlo, alas para subir hasta la contemplación del Verbo que se hizo Hombre para proporcionar la Vida y la Luz a los hombres.

El Verbo tomó por característica suya el nombre de “Luz” bautizándose casi a Sí mismo con este nombre que El pronunció en su primer acto de obediencia al Padre: “¡Hágase la luz!”.

El Verbo obedeció siempre. Díjole el Padre: “Tú serás Hombre porque sólo Tú puedes instruir a la Humanidad”. Y dijo el Verbo: “Seré Hombre. Hágase tu Voluntad”<sup>2</sup>. Dijo el Padre: “Tú morirás porque solo tu Sacrificio podrá redimir a la Humanidad”. Y dijo el Verbo: “Yo moriré. Hágase tu Voluntad”<sup>3</sup>. Dijo el Padre: “Y morirás sobre la Cruz puesto que, para redimir al mundo, no me es suficiente el sacrificio de tu vida entre los dolores de la muerte por enfermedad”. Y el Verbo dijo: “Y moriré sobre la Cruz. Hágase tu Voluntad”<sup>4</sup>.

Pasaron los siglos y el Verbo, llegada su hora, se encarnó en el Seno de la Virgen y nació como todos los nacidos de hombre<sup>5</sup>: pequeñín, débil, incapaz de hablar y de caminar. Y creció lentamente, al igual de todos los hijos de los hombres, obedeciendo hasta

en esto al Padre que le quería sujeto a las leyes comunes para preservarle de las insidias de Satanás y de los hombres, acechadores feroces a la espera del temido Mesías, y para prevenir las futuras objeciones de los negadores y de los herejes contra la *verdadera Humanidad* del Hijo de Dios.

Creció, *obedeciendo*, en sabiduría y gracia. Se hizo hombre y menestral, *obedeciendo* a Dios Padre y a los padres<sup>6</sup>. Llegado a los 30 años, vino a ser el Maestro para instruir a la Humanidad, *obedeciendo*. Transcurridos tres años y tres meses y, llegada la hora de morir y con muerte de Cruz, *obedeció* repitiendo: “Hágase tu Voluntad”<sup>7</sup>.

Y obedecer cuando la obediencia es tan sólo de pensamiento, es fácil todavía. Decir: “Tú harás...”. Y responder: “Yo haré”, mediando años entre la orden y su ejecución – en el caso de Cristo: siglos – es todavía fácil. Mas responder: “Hágase tu Voluntad” cuando la Víctima tiene ya delante todos los instrumentos de la Pasión y se ve en el trance de abrazarlos para cumplir la voluntad de Dios, es mucho más difícil<sup>8</sup>. Todo repugna a la persona humana: el dolor, las ofensas, la muerte. Y en el caso de Cristo, el peso también de los pecados de los hombres que se acumulaban sobre El, Redentor próximo a las puertas de la Redención. Ahora bien, Jesús *obedeció* diciendo: “Hágase tu Voluntad” y murió sobre la Cruz tras haber sufrido y cumplido todo<sup>9</sup>. Esta fue la obediencia en el Increado.

La Obediencia en lo Creado. Los elementos, que estaban revueltos en el caos, obedecieron ordenándose. Recordad aquí las palabras del Génesis para que no digáis que la portavoz oye defectuosamente. “Dios creó el cielo, y la tierra estaba informe y vacía. Las tinieblas cubrían la faz del abismo y el Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas”. Y dijo Dios: “Hágase la Luz”<sup>10</sup>. El aire, el agua, el fuego y la luz estaban, pues, hechos, si bien no se hallaban separados y ordenados. Dios les mandó separarse y ordenarse conforme a la ley que les daba y ellos *obedecieron* y *obedecen* desde hace millares de años, haciendo el día y la noche, los mares y las tierras, y trabajando el fuego en las venas del globo para preparar los minerales de los que el hombre necesita.

La Obediencia en lo Creado: Dios, después de haber hecho el cielo, es decir, los astros de la atmósfera, los esparció por ella mandándoles seguir una determinada ruta inmutable, y los astros obedecieron. Dios, después de haber hecho la Tierra, es decir, una vez puesta compacta y ordenada la materia antes dispersa y confusa de polvos y aguas, creó las plantas y los animales de la Tierra y de las aguas mandándoles fructificar y multiplicarse. Y los animales y las plantas *obedecieron*.

Vino después el hombre<sup>11</sup>, la criatura-rey de la creación, y Dios le dio al hombre un mandato que obedecer. Y la obediencia del hombre habría mantenido a la Tierra en situación de un Paraíso terrenal en el que la muerte, el hambre, las guerras, las desventuras, las enfermedades y las fatigas hubieran sido cosas desconocidas, y la vida del hombre una gozosa estancia de paz y de amor en la amistad de Dios hasta su tránsito a la Morada celestial, del modo que lo fue para María Santísima, que no murió *sino que se adormeció en el Señor, despertando sobre su Seno, bella y glorificada con su espíritu perfecto y con su carne sin mácula*.

Pero Satanás no quiso esta dicha en el hombre, esta dicha muy poco inferior a la de los ángeles<sup>12</sup>, con la diferencia entre los ángeles y los hombres consistente en el gozo por los hijos habidos sin concupiscencia, que es siempre dolor, y sin dolor, fruto éste de la concupiscencia. Y el hombre, secundando el deseo de Lucifer, desobedeció atrayendo para sí y sus descendientes todas las consecuencias de la desobediencia que nunca es buena y acarrea siempre ruinas<sup>13</sup>.

Desde entonces, desde que el espíritu del hombre se contaminó con la desobediencia

cia, característica de Satanás, tan sólo los amantes de Dios saben obedecer y, sobre esta base que es el espíritu de obediencia, santificarse.

La obediencia que, al parecer, es inferior a las tres virtudes teologales, únicamente porque ni siquiera se la nombra entre las cuatro virtudes cardinales, en realidad se halla presente en todas de un modo indescable. Ella es como el sostén sobre el que todas se apoyan para crecer en vosotros.

Meditadlo: ¿Cómo podéis tener la Fe? Obedeciendo a Dios que os dice y propone que creáis todas sus verdades y misterios, y obedeciendo a cuanto os indica la Santa Iglesia: Voz de las voces de Dios. ¿Cómo podéis tener la Esperanza? Aquí también, obedeciendo a Dios que os infunde esta virtud diciéndoos que debéis esperar en El que os dará todas sus ayudas y misericordias para alcanzar la Vida eterna y su posesión. ¿Cómo podéis tener la Caridad? Obedeciendo al precepto del amor para con Dios y para con el prójimo.

¿Cómo podéis tener la Prudencia? Permaneciendo obedientes a los preceptos de Dios y a sus consejos que tienen por fin el enderezar todos los actos del hombre a su justo fin.

Y ¿cómo la Justicia? Obedeciendo a la Ley de la moral sobrenatural, la cual os enseña a hacer a los demás lo que no querríais que os hiciesen a vosotros<sup>14</sup>. Y ¿cómo la Fortaleza? Obedeciendo heroicamente a Dios del que sabéis es más grande que todas las cosas creadas y por el cual debéis estar dispuestos a padecer todo a fin de conservarnos fieles a El y poseerle eternamente; obedeciendo heroicamente con su promesa dentro del corazón: “Yo estaré con vosotros a la hora de las pruebas”<sup>15</sup>. Porque esto es lo que prometen todas las palabras de la Verdad que os preciso saber entender en su verdadero espíritu: Hacer y no temer. Dios está con quienes son obedientes a su querer. Los perseguidores se quedan aquí abajo y a vosotros, que obedecéis a Dios, no os alcanzarán más allá de la vida. Y día llegará en que os volverán a ver y quedarán estupefactos al contemplaros entre los benditos<sup>16</sup>.

Y ¿cómo podéis tener la Templanza? Por la obediencia asimismo a las prohibiciones santas de Dios y a las limitaciones puestas a vuestra salvación a fin de que uséis sin peligro de las cosas temporales.

Ya véis cómo la Obediencia, virtud silenciada, se encuentra en todas las virtudes. *En todas.*

Y, una vez que ya hemos hecho el elogio de la obediencia, meditemos ahora la Santa Misa del Nombre Santísimo de Jesús.

Jesús obedeció igualmente al tomar el Nombre que el Padre quiso que llevase. No objetemos los hombres diciendo: “¡Claro que tomó ese Nombre puesto que era el Salvador!”<sup>17</sup>. Tal vez dirán también: “Salvador habíale llamado ya los profetas”. Los hombres están siempre empeñados en rebajar la heroicidad de las virtudes de los santos y, ¿cómo no?, también la perfecta heroicidad del Santo de los Santos: de Jesús, el Hijo de Dios y de María.

Había multitud de nombres en la lengua de Israel que habrían podido servir para dar a entender quién era el hijo de María. Podía haberse llamado Eliseo, Joab, Jonatán, Malaquías, Matías y Matatías; Zaqueo, y Zebedeo, Natanael y Urías, como también Joaquín, puesto que el Señor Dios encumbró a su Verbo por cima de la cruz, del mundo y de todas las criaturas<sup>18</sup>. Y ahí estaban también los nombres usados por los Profetas bajo el impulso del Espíritu Santo para señalar al Verbo Encarnado<sup>19</sup>. Por eso no hay por qué decir que únicamente El debía tomar ese Nombre. Pero lo tomó porque así lo quería su



Padre. Y María y José, otros heroicos obedientes, se lo impusieron al Niño porque así “el ángel lo había llamado antes de que El fuese concebido en el seno materno”.

Qué quiere decir “Jesús” ya te lo expliqué y con mayor amplitud que lo hacen comúnmente los doctos. Mas al poder y justicia de este Nombre puedes tú ahora añadir asimismo el conocimiento de la virtud que encierra: la Santa Obediencia tomada por su fiel compañera en las grandes y pequeñas empresas, lo mismo que el hecho de adoptar el Nombre que habría de llevar eternamente como Dios-Hombre. Ese Nombre ante el cual ha de doblarse toda rodilla en la Tierra, en el Cielo y en el Infierno y toda lengua confesar que el divino Señor Jesucristo está en la gloria del Padre. Ese Nombre que es más admirable que el llevado por criatura alguna<sup>20</sup>. Ese Nombre que, con sólo nombrarlo, obra milagros y libra de los demonios por ser el Nombre Poderoso del Omnipotente. Y qué y cuán omnipotente sea, y qué milagros opere al tenerlo entre vosotros, tú misma lo has experimentado más de una vez en su verdadera dimensión.

Decir “Jesús” es ya dirigir al Padre de los Cielos una oración y una súplica que El jamás rechaza. Decir “Jesús” es vencer a las fuerzas enemigas, cualesquiera que sean. Satanás y sus tenebrosos ministros no pueden retener su presa si ella u otro por ella grita: “¡Jesús!”.

Alabemos tú y yo este Nombre, y alabemos a Jesús al pronunciarlo y quererlo por rey en las casas para restablecer la paz y la alegría, el orden y el amor allí donde Lucifer los perturbó. Lo dice el Príncipe de los Apóstoles, convertido a la sazón en verdadero apóstol y maestro del bautismo pentecostal: “Sea notorio a todos vosotros y a todo el pueblo de Israel cómo en el nombre de Jesucristo Nazareno... por la virtud de este Nombre este hombre es saludable ante vosotros... No se da otra salvación *ni hay otro Nombre bajo el Cielo... por cuya virtud podamos salvarnos*”.

El Nombre del Obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz, es siempre el nombre victorioso sobre todo. Aun hoy mismo has visto cómo en virtud del amor y del Nombre de Jesús, aquél que tú sabes está *sano* ante quien anteriormente lo conocía enfermo. Se encuentra liberado. El Nombre de Cristo mantenga alejada de él la vuelta del Mal que odia a cuantos quieren vivir en la Ley de Dios<sup>21</sup>.

Que odia. Como odió a María y a José, por ser obedientes al Señor, instigando todo aquello que pudiera dañarles y causarles dolor. Que odia. Como odió a los tres Sabios<sup>22</sup> tentándoles con la insinuación de que sus obsequios pudieran resultar en perjuicio del Divino Niño y lo mismo en relación con ellos mismos al sentirse buscados por Herodes, chasqueado e irritado por su fuga. Ellos también eran obedientes. Obedecieron a las voces de lo alto. Y esto, siempre: bien cuando tales voces les dijeron: “Poneos en marcha para ir a adorar al nacido Rey de los judíos”, como cuando les decían: “No volváis a pasar por Herodes”. Obedecieron, mereciendo con ello doblar sus rodillas, como primicias de todos los pueblos, ante el Cristo, ante Jesús: Hijo de Dios y de María.

La vida de Cristo, como la de sus padres y amigos se resume toda ella en la obediencia. La obediencia pavimenta el sendero del Señor y por él transitó en compañía de su Madre y de José desde los primeros instantes de su vida terrena. Es más, pàrvulo aún incapaz, por él le llevaron quienes, por querer de Dios, representaban para El y junto a El a Dios: el Padre putativo y la Madre Virgen. Y si, por la Gracia de que estaba llena, sabía la Madre que no hacía falta enseñar al Niño los caminos de la Justicia, José, que desconocía todos los misterios que María guardaba en su corazón —recuerda a este respecto la explicación contenida en el libro de la Infancia de Jesús Nuestro Señor—, como era tan santo, quiso enseñar al Niño, desde los primeros albores de su inteligencia, que se ha de

obedecer a las órdenes de Dios, siquiera supongan éstas: destierro, mayor pobreza y dolor<sup>23</sup>. Y María, Esposa humilde y prudente, secundó al esposo, portándose lo mismo que él con el Niño, al que, para desorientar a Satanás, le trataban como a cualquier otro niño de su edad.

¡Qué virtud tan profunda se revela en estas palabras consignadas a seguido de las otras relativas a la obediencia en el nombre que había de imponerse al Niño! “Y José, *se levantó de noche*, tomó al Niño y a la Madre y se retiró a Egipto, donde se quedó...”<sup>24</sup> y en estas otras: “Y El, se levantó, tomó al Niño y a la Madre y retornó a la tierra de Israel... y, advertido en sueños, se retiró a Galilea...”<sup>25</sup>.

Obediencia pronta y absoluta, tanto en no responder palabra alguna para discutir, como en no esperar siquiera a la mañana para ponerla por obra. Y esto, no sólo la primera vez, cuando el retraso de una hora podía significar la “muerte” incluso para el Niño, sino también la segunda, en la que la partida era menos urgente y en la que, por el contrario, el dejar la ciudad que les prestara hospitalidad significaba perder de nuevo la clientela y, por tanto, las ganancias y aquél mínimo que con su trabajo había otra vez recobrado. No sabía José qué habría de encontrar al volver a su patria; y, con todo, parte porque Dios lo quiere y a donde Dios quiere.

Una vez tan sólo dudó José y esto, de una criatura<sup>25</sup>. Jamás de Dios. Ahora, aventajado en la virtud por la proximidad de María<sup>27</sup>, ya no dudaría, no duda ni de las criaturas. Lo acepta todo y dice a sí mismo: “Me fío del Altísimo. El conoce los corazones de los hombres y me salvará de las asechanzas de los embusteros y de los impíos”. Pero de las voces del Cielo... nunca dudó ni duda. Y así, marcha.

Imitad la obediencia de los elegidos y de los Predilectos que aparece luminosa en las dos Santas Misas de hoy y en la correspondiente a mañana. *El que sabe obedecer reinará. Porque si la caridad es Dios, la obediencia es señal de filiación divina.*

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

<sup>1</sup> Juan 1, 11-9.

<sup>2</sup> Hebreos 10, 5-7.

<sup>3</sup> Filipenses 2, 5-11.

<sup>4</sup> Filipenses 2, 5-11 y Hebreos 10, 5-10, etc.

<sup>5</sup> Como aparece claro por el contexto, la frase «nacido como todos los nacidos de hombre», *no se refiere al modo del parto sino a la condición del nacido*; esto es, no afirma que María, al dar a luz a Jesús, hubiese perdido su virginal integridad sino que afirma que el Niño Jesús, una vez nacido, se comportó “como todos los hijos de los hombres” (cfr. Romanos 8, 14; Gálatas 4, 1-7; Hebreos 4, 14-16).

<sup>6</sup> Lucas 2, 51-52.

<sup>7</sup> Mateo 26, 36-46; Marcos 14, 32-42; Lucas 22, 39-46; Hebreos 5, 7-10.

<sup>8</sup> Releer los puntos evangélicos de la nota precedente y pensar que Jesús, en el Huerto de los Olivos, próximo ya a morir, sudó sangre: Lucas 22, 44.

<sup>9</sup> Mateo 27, 45-50; Marcos 15, 33-39; Lucas 23, 44-46; Juan 19, 28-30.

<sup>10</sup> Génesis 1, 1-5.

<sup>11</sup> Génesis 1, 26; 2-25.

<sup>12</sup> Alusión al Salmo 8.

<sup>13</sup> Génesis 3; Sabiduría 2, 23-24; Romanos 5, 12-21.

<sup>14</sup> Mateo 7, 12; Lucas 6, 31; Romanos 13, 8-10.

<sup>15</sup> Mateo 28, 16-30; Lucas 22, 28-30.

<sup>16</sup> Sabiduría 5, 1-5; Mateo 25, 31-46.

<sup>17</sup> Mateo 1, 18-25; Hechos 4, 5-12. El nombre de Jesús significa: «Jahvé salva», o lo que es lo mismo: «Dios salva».

<sup>18</sup> Juan 3, 14-18; 12, 28-32; Filipenses 2, 5-11.

<sup>19</sup> Probable alusión a Isaías 9, 6-7.

<sup>20</sup> Filipenses 2, 5-11.

<sup>21</sup> Esta alusión podrá tal vez aclararse con la publicación del copioso Epistolario.

<sup>22</sup> Se refiere a los Magos. Mateo 2, 1-18.

<sup>23</sup> Mateo 2, 13-23; Lucas 2, 33-35.

<sup>24</sup> Mateo 2, 13-18.

<sup>25</sup> Mateo 2, 19-23.

<sup>26</sup> Mateo 1, 18-25.

<sup>27</sup> José, al ser padre putativo de Jesús y esposo de la Virgen Madre de Dios, progresó en gracia, santidad y dignidad hasta el punto de ser únicamente inferior a María. En cuanto al concepto de que una mujer santa santifica con su compañía al marido, véase: 1.ª Corintios 7, 14.

7/1/47

Desde los primeros días del año vivo rebosante de gozo. ¡Cuánto gozo! ¡Cuántas lecciones íntimas de Jesús durante mis largas noches de enferma! En la noche del 2 al 3, su Mano me quitó el espasmo que a nada cedía en mi estómago y después... Esta mañana la dulce parábola de las dos lámparas. Si no se me da orden de escribirla, no la escribo. El, actualmente, me da muchas lecciones secretas y suavísimas; pero dice que es inútil que las escriba. Y yo obedezco.

*12 enero de 1947*  
*Domingo de la Sagrada Familia*  
*e Infraoctava de la Epifanía*

*Dice Azarías:*

«También hoy son dos las Santas Misas que se han de contemplar y lo haré con amorosa solicitud para dejarte libre de poder hacer lo que el Señor te ha dicho.

Los introitos de las dos Santas Misas cantan las dos naturalezas de Jesús Santísimo. En el de la Santa Misa de la Sagrada Familia se nos muestra la Humanidad del Salvador con estas palabras: "Exulte contento el padre del justo... pueda regocijarse la que te dio a luz". Si el Salvador es "justo", es señal de que es hombre. Porque los hombres, únicamente los hombres, con su naturaleza en la que la parte inferior se halla en oposición con la superior, tienen capacidad de poder, con libre voluntad, ser o no ser, llegar o no llegar a ser "justos".

Dios, al ser la Perfección, no puede ser injusto. Nosotros, los ángeles, no tenemos peso de carne ni fomes de pecado, no teniendo, por tanto, otra cosa que hacer sino cuidarnos de ser humildes, obedientes y caritativos espiritualmente para servir con perfección al Señor Altísimo, Creador nuestro. Vosotros, los hombres, tenéis en cambio la penosa y, a la vez, gloriosa posibilidad de ser justos, esto es, de luchar contra las incitaciones de la carne y contra las tentaciones y concupiscencias de todo orden. Esta lucha contra el mal es lo que forma vuestra justicia. Por eso se llama "justo" al que obra con justicia triunfando de las voces tentadoras y de las tendencias de la criatura humana. Y justo, por tanto, puede ser el hombre.

De aquí que si Jesús fue justo, fue *verdadero* hombre, lo mismo que si nació de mujer, fue *verdadero* hombre. Porque lo que es espiritual no necesita de un seno para formarse, como lo que es fantasma tampoco necesita de un seno para tomar figura.

Nosotros, los ángeles, cuando es necesario hacerlo, nos mostramos con la concreción que Dios nos concede para hacernos sensibles a vuestros torpes sentidos. Mas tú ya ves que, en general, no es a los ojos corporales a los que nos presentamos sino a la vista espiritual, y hablamos a vuestro oído espiritual, gozando entrambos, vista y oído, con una agudeza que no tendrían los ojos y los oídos corporales; y aún más, porque al tiempo que el espíritu ve y oye, se regocija también el cuerpo con la paz que con nosotros portamos. Así aparecen los Santos a los que el Señor Jesús envía cuando lo juzga conveniente hacerlo. Y siempre a quien tiene necesidad de ello o se lo merece. Para lo que no necesitan volver a nacer de un seno formándose en él y así aparecer.

Por el contrario, Jesús, verdadero Hombre, nació de un seno de modo en todo igual al resto de los hombres nacidos de hombre, y adquirió la justicia por su voluntad de servir al Señor Altísimo, como deben hacerlo todos los hombres.

No me incumbe a mí rebatir las controvertidas teorías acerca de las reacciones del Salvador ante las tentaciones y todo aquello que rodeaba a su Humanidad. Tan sólo afirmo que yerran, tanto los herejes que niegan en Cristo una verdadera Humanidad y que El hubiera podido advertir las sensaciones inherentes a todo hombre, como aquéllos que, por una mal entendida veneración de Cristo, hacen de El un Hombre en el que la Santidad perfecta de Dios producía una insensibilidad física, moral y espiritual a todo evento.

Mas, si quiere, El mismo hablará sobre esto. A ti te basta con saber que las palabras del Introito son una afirmación de su verdadera Humanidad, como las de la Santa Misa de la Octava de la Epifanía son la afirmación de la Divinidad del Hombre nacido de María. "Sobre el excelso trono vi sentado a un hombre adorado por legiones de ángeles salmodiando a coro: 'He aquí el Cordero cuyo imperio es eterno'". ¿Quién sino Dios puede estar sobre el trono de los ciclos y, con ser hombre, ser adorado por los ángeles? Y ¿quién sino Jesucristo, el Salvador, tiene un imperio eterno y es Dios y Hombre a la vez?

He aquí, pues, constatada la doble Naturaleza del Mesías bendito, de Cristo Redentor, de Aquél que se encarnó para salvaros y que os amó hasta la muerte y muerte de cruz, dándoos su Sangre en lavacro y su Carne en alimento, proporcionándoos la Sabiduría con su Palabra y la salvación con el poder infinito de su amor.

A quien ama totalmente se le corresponde con un amor total. El que no es agradecido carece de amor y el que no tiene amor no pertenece a Dios ni tornará a El.

El agradecimiento impulsa a amar no sólo al benefactor sí que también a cuanto con él se relaciona. ¿Acaso no se tiende entre los hombres a asimilar las costumbres y las ideas de aquél que es, o parece ser, benefactor de una persona o de un pueblo entero? Así es y así lo soléis hacer. Pues bien, ¿no debéis con mucho mayor ahínco esforzaros en asimilar todo aquello que formaba parte de vuestro verdadero benefactor Jesús? Revestíos, pues, como dice el Apóstol, de cuanto revestía al Verbo Santísimo que os eligió por seguidores suyos y sed santos. Amad como habéis sido amados por Dios; amad a Dios en el prójimo teniendo misericordia, benevolencia, humildad, modestia y paciencia, soportándoos y perdonándoos mutuamente, pensando siempre que nadie ha de tenerse por tan perfecto que pueda decir: "Yo no perdono porque no estoy necesitado de perdón".

Jesús no tenía defecto alguno y perdonó a *todos*<sup>1</sup>. Dios es la Perfección y, sin embargo, perdona a quien le pide perdón. No queráis, pues, ser más que el Salvador y más que

Dios.

La caridad es el vínculo de la perfección<sup>2</sup>, es el sello impreso a toda criatura. Si le falta la caridad, la criatura carece de la señal que le abre el Cielo. El Tau es la marca de los redimidos. La caridad es el sello de los santos. Al ser miembros del cuerpo místico, debéis amar como ama la Cabeza de este cuerpo<sup>3</sup>. Si no amáis no permaneceréis en el cuerpo y moriréis como las carnes que se separan de lo que les nutre, cayendo atrofiadas y gangrenosas con turbación y dolor, porque todo aquél que se separa del verdadero Cristo se aparta de su paz<sup>4</sup>.

El Cristo verdadero no es la figura ideal e idealizada que poco a poco se ha ido sustituyendo a la verdadera en demasiadas conciencias, las cuales, individual o colectivamente, se han forjado a su capricho un Cristo irreal que no es sino el reflejo de su propio pensamiento más o menos alejado de la verdad. El Cristo verdadero es el que aparece vivo en el Evangelio, un gigante de mortificación, de bondad, de altruismo, de modestia, de heroísmo, de desinterés; un héroe del amor y del dolor, *que, antes de decir: "Haced", lo hizo El*<sup>5</sup> y que dijo claramente: "Haced lo que Yo hago..."<sup>6</sup>. Sed perfectos...<sup>7</sup>. No tengáis avidez... No temáis por vuestra vida..."<sup>8</sup>.

Este es Cristo: El Cristo pobre, el Cristo bondadoso, el Cristo humilde<sup>9</sup>, el Cristo paciente, el Cristo incansable, el Cristo complaciente, el Cristo obediente, el Cristo mártir, el Cristo que ama. Y no ya el Cristo del que el odio, el esteticismo o aún el quietismo han cortado todas las ramas robustas que servían para la actividad espiritual, constitución de la materia, mortificación del yo, y así no tener que confesar y decir: "El era realmente grande. El fue rudamente héroe. El fue sólidamente Maestro y Ejemplo, debiendo nosotros de imitarle".

No es el Cristo minimizado en artísticas bellezas, en obras poéticas y en plácidas escenas de las que se destierra toda lucha. El es el Fuerte que trabaja, se fatiga, combate contra Satanás y contra las malas inclinaciones de los hombres; que se desfigura por la fatiga y el sufrimiento y se transforma de Hombre en Mártir de *todos* los mártires y de mártir en Triunfador Divino.

Este es el Cristo al que todo un mundo, desde hace veinte siglos, está empeñado en derribar sin conseguirlo; al que todas las herejías y quietismos pretenden aterrar y al que las adoraciones malsanas e imperfectas tienden a negar creyendo confesarlo y teniéndose por las únicas perfectas y sanas. Este es Cristo: Dios por Naturaleza, Santo por voluntad y Hombre por Nacimiento. Este es Cristo, el Ser perfecto en el que hay una trinidad de perfecciones juntas: La Perfección de Dios, la perfección del Hombre y la perfección del alma del Hombre-Dios. En Cristo está el Verbo, o sea, Dios como el Padre; en Cristo el Hombre y en el Hombre el alma llena de Gracia, o sea, de Sí mismo también. Si se pudiera decir que Dios, siempre perfecto, pudo alguna vez superarse a Sí mismo, esto habría que asegurarlo contemplando la trina perfección de la Divinidad, de la Humanidad y de la Gracia reunidas en Cristo en el que está la superperfección de todo cuanto existe<sup>10</sup>.

Un Dios que engendra de Sí a su Hijo Unico y que llega un día en que de este Hijo hace un Hombre sin constreñir a la Divinidad a tener que servirse de un querer carnal para proporcionar una carne al Infinito. Un Hombre que, mediante el amor, se forma como el diamante por el ígneo calor del profundo. El amor de la Divinidad y el amor de la criatura Inmaculada que se unen, engendran en el horno de la caridad al Amor de los amores, al Redentor de toda la Humanidad. Y, al tiempo que el Primogénito crece en el seno inviolado de la Inmaculada, el Omnipotente, en el momento preciso, crea para El el alma perfecta y sin mácula que puede bajar a fundirse, en el instante preciso, con la

Carne concebida por el querer del Espíritu Eterno y la obediencia de la criatura. Y el Hombre-Dios se encuentra en el vivo Tabernáculo digno de hospedarle hasta el día de su Nacimiento.

Este es el Cristo que os dice: “Sed como Yo soy, sed perfectos”, y se os propone por modelo porque sabe que podéis imitarle si os inmoláis totalmente a la caridad como El lo hizo. Porque éste es el secreto de la perfección y de la imitación de Jesucristo Señor Nuestro: saber inmolarse al amor con Cristo y como Cristo, y por sus mismos fines, conforme a la Palabra de su doctrina que es sabiduría y gracia y que El os dio y os sigue dando para que, a la vez que los Sacramentos, sea para vosotros: Camino, Verdad, Vida y Luz como El lo es.

Y –recordando la epístola de la otra Santa Misa– obrando así, ofreceréis verdaderamente vuestros cuerpos en sacrificio viviente, santo, grato al Señor, siendo “vuestro culto racional”. Ese culto vivo que no es coreografía o engaño, como son todas las cosas de este siglo, sino verdadera y continua reforma del hombre viejo en el hombre nuevo, en el Cristiano que es hijo de Dios y hermano de Cristo; ese culto que es renovación del espíritu que, con buena voluntad, tras haber distinguido por medio de la razón el bien del mal y la voluntad del Señor, repudia el mal y la voluntad carnal, desposando la voluntad de su espíritu con la de Dios a la que sigue por ser buena, grata y perfecta.

Con este “culto racional” que es verdadera imitación del Señor Jesús, seréis ciertamente miembros vivos del Cuerpo vivo místico de Cristo y habitaréis durante el tiempo y la eternidad en la casa del Señor y en su paz.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

---

<sup>1</sup> Lucas 23, 33-34.

<sup>2</sup> Romanos 13, 8-10; Colosenses 3, 12-15.

<sup>3</sup> Efesios 5, 1-2, 21-33; 1.ª Juan 3, 16.

<sup>4</sup> Juan 15, 1-17.

<sup>5</sup> Lucas 24, 13-24.

<sup>6</sup> Mateo 11, 28-30; Juan 13, 1-15, 33-35.

<sup>7</sup> Mateo 5, 43-48; 1.ª Pedro 1, 13-16.

<sup>8</sup> Mateo 6, 19-34; Lucas 12, 13-34; 16, 9-13.

<sup>9</sup> Mateo 11, 28-30.

<sup>10</sup> Juan 1, 1-18.

---

**19/1/47**

**Domingo 2.º después de la Epifanía**

*Dice Azarías:*

«Grande es la lección que contiene la Epístola de San Pablo. Lección en la que se pone de manifiesto la necesidad de poner en práctica el décimo Mandamiento desde la infancia y en todas las cosas si se ha de alcanzar la justicia hasta en las cosas santas.

Porque, alma mía, se puede llegar a ser injustos hasta en lo que es justo. No porque las cosas justas puedan por sí mismas cambiarse a injustas sino porque el hombre las puede desordenadamente apetecer y practicar. Y lo mismo acaece con las cosas santas. El hur-

to o, al menos, el deseo inmoderado y concupiscente de lo sobrenatural se halla más extendido de lo que se cree, llegando a adquirir tintes de violencia y de estabilidad que ni el hurto material y el deseo inmoderado los tienen.

La concupiscencia de ser semejantes a Dios, no porque tal deseo provenga del conocimiento de vuestra condición y del amor, que os muevan a conseguir una perfección que os haga dioses, sino del orgullo, es la misma concupiscencia de Lucifer. Y como toma la forma y la violencia del Rebelde, toma igualmente su tenacidad.

Os dijo vuestro Maestro Santísimo: “Sed perfectos como mi Padre”. Por eso no es culpa sino obediencia tender a esa perfección que os asemeja a vuestro Padre. Ahora bien, la perfección comporta justicia y en la justicia hay únicamente amor. En la justicia y en el amor hay siempre humildad y sabiduría, y en la humildad y sabiduría el deseo de ser semejantes a Dios, que no se ha de confundir con el orgullo ni con la ignorancia de quererlo ser en poder y en infinitud a fin de hacer las mismas cosas que El hace y aún mayores, superándole, dominándole y destronándole, diciendo: “Yo soy”, como trató de hacerlo Lucifer y como lo dijo, sino que permanece puro y todo amor, nada más que amor. Amor que mueve a los hijos a imitar al Padre y al Hermano divinos para ser perfectos en la bondad y en la caridad. En esto y no en la sed de hacer las obras estupendas que hace Dios, Creador y Señor del Cielo y de la Tierra.

Con todo, al lado de los ateos que blasfeman de Dios negándolo, de los racionalistas que lo hacen rebajándolo, de multitud de herejes que lo vituperan mutilándolo y de los indiferentes que blasfeman de El preteriéndolo –categorías de hombres a las que los católicos que se tienen por perfectos no cuidándose, antes de juzgar a los demás, de ver si hay alguna viga en su pupila (y si lo hiciesen observarían en su ojo una brizna al menos que bastaría a ofuscar su vista)<sup>1</sup> juzgan severamente escandalizándose de ellas – hay otros pecados, precisamente con el pecado de concupiscencia espiritual, que se encuentran (¿cómo no?) entre las filas de los católicos que se creen fervorosos, y lo son a su manera. Lo son, mas con injusto fervor y con desordenado amor. En tiempo de Jesús Nuestro Señor ellos estarían en las filas de los fariseos. Actualmente se encuentran entre los desordenados en religión.

¡Y son tantos...! Son todos aquéllos que –lo son únicamente porque no dejan pasar día sin ir a la iglesia, respetan la abstinencia y el ayuno a toda costa, hasta el punto incluso de desatender al marido, a la mujer o a los hijos y, de este modo, fomentar en ellos la libertad que, en un buen católico, debería ser el cuidado de impedir que surja; o, faltando a la caridad con un enfermo, se olvidan de que la asistencia al que está enfermo es, por la misericordia practicada, rito de honor y de amor hacia Dios que se oculta en el propio enfermo– son aquéllos que, porque hacen esto, tienen *para su alma* una religión desordenada. Desordenada por ser egoísta. Desordenada por su sed de alabanzas de los hombres que ven su fervor (exterior) y su diaria oración (externa)<sup>2</sup>. Mas Dios penetra el fondo de los corazones y de las cosas. Ve el *verdadero* móvil de tantas prácticas, al igual que las consecuencias de las mismas, todas ellas exteriores. Y no las aprueba, porque Dios es Amor y Orden y quiere, por tanto, orden y amor en todas las cosas.

Cuando el escriba le preguntó al Divino Maestro sobre cuál fuese el más grande de los preceptos, respondió: “Amar a Dios con todas las fuerzas propias, con el alma, con el corazón y con el entendimiento, y amar al prójimo como a nosotros mismos”, y enseñando, dijo a sus discípulos que a los juzgados en el Juicio Final que le preguntarán cuánto nunca le vieron hambriento, sediento, peregrino, desnudo, enfermo o encarcelado, El les responderá: “Lo que no hicisteis con uno de éstos, tampoco lo hicisteis conmigo”<sup>3</sup>.

La Sabiduría quiere el amor en todas las cosas y en la práctica de todas ellas. No pide la exterioridad del acto sino el alma del mismo. Frecuentar las iglesias desatendiendo los deberes con el esposo o la esposa, el padre o la madre, el hijo o el hermano y llevando al hombre o a la mujer hasta la blasfemia y la ira, al hijo o al hermano a la disipación, a la hija a la libertad de amistades y contactos dañosos, no es honrar a Dios. El tiempo, cuando se sabe emplearlo, haciéndolo con verdadero espíritu de caridad y de sacrificio, suple a todas las cosas. Y Dios, que es justo, puso obligaciones justas para el culto a fin de moderar las necesidades y estímulos de las criaturas y de las almas. Idéntica justa medida ha establecido la Iglesia. Todo lo demás es un sobreañadido que ha de emplearse cuando y como las circunstancias lo aconsejen, evitando que un mérito propio pueda dañar a otras almas, puesto que si tal sucediese, el mérito quedaría anulado por la responsabilidad de la ira o del pecado surgidos en otros corazones.

Católicos, sed justos si queréis ser perfectos. Sed justos si de verdad queréis ser de Dios. Amad con perfección. Amando es como amaréis a vuestro Padre y le honraréis por amor, no por la utilidad que ello os pueda reportar. De otra suerte, si el honor que dais es para extraer utilidad, “seréis semejantes a los gentiles y a los pecadores”<sup>3 bis</sup>. Si fuéseris fervorosos únicamente por recibir a la hora de la muerte el premio inmediato, os lo aseguro: expiaréis largamente vuestro egoísmo en el Purgatorio.

Ahora bien, así como el desorden engendra confusión, así también entre estos católicos que humanizan, diré así, el culto espiritual que lleva por nombre religión, la cual es amor, y eliminan, por tanto, de ella la rectitud alterando su natural belleza, se encuentran propiamente los concupiscentes espirituales de los que te hablé al principio, tan numerosos entre los católicos y tan fuera de la justicia, de la humildad y del verdadero amor. En ellos hay transgresión del décimo Mandamiento<sup>4</sup> y culpa de soberbia, de avaricia y de envidia. En ellos se produce el hábito de estos vicios capitales al no matar la mala hierba de la concupiscencia espiritual que brotó en ellos por un amor desordenado.

A éstos se dirige particularmente el Apóstol como a enfermos que deben ser advertidos y curados de su dolencia poniendo al descubierto la llaga; y a aquéllos igualmente que, aun no estando todavía enfermos, pueden caer en enfermedad; o a quien, no obstante encontrarse sanísimo y revestido con las riquezas saludables de Dios, puede caer en pecado de avaricia y de soberbia y, por tanto, enfermar y morir.

“Poseyendo nosotros dones diferentes conforme a la gracia que nos fue dada...”. Así pues, que cada uno *haga lo que* Dios le encomendó hacer y lo haga “con alegría” de espíritu y grande caridad. Porque si tiene caridad tendrá también alegría en su corazón, dado que únicamente el odio es el que proporciona tristeza de espíritu puesto que genera pecado y aparta de Dios.

Por tanto, nadie envidie al que tiene la profecía ni la apetezca y, por aparecer “voz”, simule o acoja las voces tenebrosas siempre dispuestas a prestarse para halagar el orgullo del hombre y contentarle llevándole a la perdición. Nunca tal haga el cristiano porque la simulación y el comercio con Satanás son pecados horribles a los ojos de Dios...

Y el que tenga misión de “voz” no se ensoberbezca ni sea avaro con sus hermanos de los dones de Dios, antes los muestre y distribuya con prudencia y simplicidad. Hay mil modos de hacerlo sin faltar a la caridad, a la prudencia y al respeto debido a la Santa Iglesia docente.

Ante todo sirva de ejemplo la palabra de las “voces”. Ejemplo en toda virtud. Y después sea esta palabra la que sepa repartir en tiempo y lugar debidos las sabidurías reci-



das, “ofreciendo y dando gracias” del pan y de los peces que hay que partir y distribuir “a este pueblo que no tiene qué comer y del que se siente compasión”<sup>5</sup>. Distribuir *el alma* de las palabras *recibidas*, el jugo de las mismas al que languidece – porque, hastiado del alimento invariable de todos los días o lánguido en demasía por asimilar el alimento excesivamente troceado e insípido que el rigorismo o tibieza de demasiados pastores ídolos distribuye a las turbas, no se acerca a las mesas sapienciales– no es pecar contra la prudencia y la obediencia debidas a Dios y a la Iglesia. ¿Por ventura peca una mujer que ofrece el pecho a la boca del lactante? No peca. Mas si esto lo hiciere con un adulto para recibir de él un abrazo lujurioso, es cierto que pecaría. Lo mismo es en este caso. El que dijese: “Venid, recibid de mí, que soy un cofre de Dios y tengo para todos. Venid, alabadme para mi gloria”, ofendería a la justicia. Mas quien, cual agua oculta que brota de una fuente secreta y humildemente rezuma sus humores para refrescar las plantas vecinas que absorben la vida sin conocer al instrumento, dando a éste el jugo que corrobora, al otro el que calma, al de aquí el que ilumina y al de más allá el que guía, ¡oh!, no peca y Dios bendice su fatiga porque es para “proveer a las necesidades de los santos” y para “practicar la hospitalidad” con los hermanos. Es esa misericordia de múltiples facetas que os ceñirá con la corona de los espíritus por vosotros salvados y hará que os diga el Juez: “Venid a mi derecha y tomad posesión de mi Reino que os está preparado desde la fundación del mundo”<sup>6</sup>.

Y, en fin, vosotros que sufrís por haber servido a la justicia, “benedicid a los que os persiguen”. Son, ya os lo dije otra vez, los autores principales de vuestro triunfo eterno. Amadles, por tanto, ya que, al querer despojaros del vestido de vuestro ministerio terreno, os han tejido la vestidura incorruptible de los elegidos de Dios para la eternidad.

Amad siempre: a los enemigos que, para los cristianos, no lo son sino, simplemente, pobres dementes que merecen compasión<sup>7</sup> porque no saben lo que hacen, y a los felices como a los desgraciados, alegrándoos con los que gozan y llorando con los que lloran, haciendo vuestros, tanto su gozo como su dolor.

Y, tornando al tema inicial, despojaos todos de la concupiscencia espiritual “no aspirando a las cosas sublimes sino acomodándoos a las humildes” contentos siempre con vuestra misión, cualquiera que sea, gozándoos de que otros tengan más que vosotros, bendiciendo a Dios por lo que os da, pidiéndole humildemente, si es cosa excelsa, saber usar dignamente de ella para su gloria y para la salvación de vuestro prójimo.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

*Dice Jesús:*

«Habría podido hablarte con anterioridad, mi pequeño Juan, para entregarte esta joya; mas es tal la dignidad del Santo Sacrificio y éste tan poco conocido por demasiados cristianos católicos en lo que es, que he dado la preferencia a la explicación del mismo. Y es ésta la primera lección que doy a muchos al hablar excepcionalmente en día festivo y sobre un fragmento evangélico que ya lo tengo tratado conforme al modo de mi enseñanza.

Cuando un sacerdote o una voz habla en nombre de Dios y por orden suya, cuando se obedece a un precepto, Yo, que soy el Señor, callo por ser grande la dignidad de un maestro que habla en mi Nombre y por mi mandato y grande igualmente la dignidad de un rito y grandísima la de la Santa Misa, el rito de los ritos, como, a su vez, la Eucaristía es el Sacramento de los Sacramentos<sup>8</sup>.

Así pues, escucha, mi pequeño Juan:

Te dije hace ya mucho tiempo – te encontrabas en el lugar de confinamiento<sup>9</sup> y sufrías como sólo Yo sé cuánto – que los fragmentos y episodios evangélicos son una mina de enseñanzas. ¿Te acuerdas? Te mostré la segunda multiplicación de panes y te dije que lo mismo que con unos pocos peces y panes puede saciar el hambre de las turbas, otro tanto se pueden saciar vuestros espíritus hasta el infinito con unos pocos fragmentos narrados por los cuatro Evangelios<sup>10</sup>. En efecto, hace ya veinte siglos que con ellos sacian su hambre un número incalculable de hombres. Y Yo ahora, por medio de mi pequeño Juan, he acrecentado los episodios y las palabras porque, verdaderamente, el hambre está a punto de consumir los espíritus y Yo tengo compasión de ellos. Mas si bien aquellos pocos episodios de los cuatro Evangelios vienen suministrando panes y peces a los hombres para que se sacien con ellos y sigan todavía evangelizando, todo eso lo hace el Espíritu Santo que es el Maestro docente sobre la cátedra de la enseñanza evangélica.

“Cuando venga el Paráclito, El os amaestrará en toda verdad, os enseñará todas las cosas y os recordará todo cuanto os tengo dicho”<sup>11</sup>, enseñándoos el *verdadero* espíritu de cada palabra y de cada letra del episodio. Porque es el espíritu de la palabra y no la palabra en sí la que presta vida al espíritu. La palabra incomprendida es un sonido vano; y es incomprendida cuando es sólo un vocablo, un rumor y no “vida, semilla de vida, centella, manantial” que echa raíces, enciende, lava y alimenta.

.....<sup>12</sup>.

Que mi Cuerpo y mi Sangre sean en ti y para siempre aquellas cosas preciosas e incorruptibles por las que, como dice Simón Pedro, fuiste rescatada a fin de que tú exaltes las virtudes de Aquél que de las tinieblas te llamó a su admirable Luz<sup>13</sup>.

Mi Paz sea contigo, mi pequeña esposa, ansiosa del Amor. La paz sea contigo. La paz sea contigo. La paz sea contigo».

---

<sup>1</sup> Mateo 7, 1-5; Lucas 6, 39-42.

<sup>2</sup> Mateo 6, 5-8.

<sup>3</sup> Mateo 25, 31-46.

<sup>3 bis</sup> Mateo 5, 43-48; Lucas 6, 27-35.

<sup>4</sup> Exodo 20, 17; Deuteronomio 5, 18.

<sup>5</sup> Mateo 14, 13-21, 15; 32-39; Marcos 6, 30-44; 8, 1-10; Lucas 9, 10-17; Juan 6, 1-15.

<sup>6</sup> Mateo 25, 31-46.

<sup>7</sup> Lucas 23, 33-34.

<sup>8</sup> El Concilio de Trento, Sesión XIII, 1551, “Decretum de SS. Eucharistia”, cap. 3, afirma y prueba a este respecto que la Eucaristía es el Sacramento más excelente de todos los Sacramentos porque contiene al autor mismo de la santidad, Jesús Dios hecho Hombre.

<sup>9</sup> Esto es, en San Andrés de Cómputo, como se detalla en los «Cuadernos de 1944».

<sup>10</sup> La segunda multiplicación de panes aparece narrada en: Mateo 15, 32-39; Marcos 8, 1-10.

<sup>11</sup> Juan 14, 26.

<sup>12</sup> La parte que aquí se omite, por no ser pertinente, es una extensa enseñanza sobre el episodio evangélico de las «Bodas de Caná».

<sup>13</sup> 1.ª Pedro 2, 9-10.

---

*Dice Azarías:*

«Dado tu actual estado, breve ha de ser esta lección que debería ser toda para ti, ya que tu humanidad puesta de continuo a prueba por la humanidad nada buena de los demás, podría desear la venganza. No, alma mía. Ya ves cómo Dios lleva a cabo sus venganzas poniéndose de tu parte. Por tal motivo, déjales hacer y tú “vence al mal con el bien”. Mas si después de todo no han de quedar vencidos, cacrán sobre sus cabezas los carbonos encendidos al tiempo que tú arderás en las llamas miríficas del amor.

Mas he aquí para todos la lección de Pablo, lección de humildad, de caridad, de paz y de misericordia.

Sed sabios por amor de Dios tan sólo y no por ser alabados de los hombres y mucho menos de vosotros mismos. Nadie es buen juez de sí mismo ni de los hermanos. Hay quien ha de juzgar a todos. Ahora bien, no hagáis el bien únicamente para vosotros sino que vuestra vida sea como una luz en el mundo, una luz benéfica que ilumine y anime a los demás a hacer lo que vosotros hacéis y persuada a muchos a la santidad de la Religión<sup>1</sup>.

“¿Ya véis cómo se aman?”, decían los paganos de los primeros cristianos. Haced por que esto se diga también ahora. Advertid que causan más daño a la religión la apatía, las continuas deficiencias o las hipocresías declaradas de los falsos y débiles cristianos que no las violentas estocadas de los enemigos de Dios. La religión y la Iglesia son atacadas por la tibieza de los fieles más que por la agresión de los enemigos<sup>2</sup>.

No hagáis de la profesión de la religión arma de partido. Ved lo que aconteció cuando Israel hizo de la confesión hebraica un instrumento político. Nunca déis a las cosas santas un uso profano<sup>3</sup>. Antes bien, sed santos hasta en la vida pública para que así no prevalezcan las fuerzas tenebrosas y resulten defendidas la moral y la Fe.

Obrad, no con clamores inútiles sino con hechos reales y buenos. No odiéis, antes perdonad y estad en amistad con Dios,<sup>4</sup> pues sin Dios es en vano que os afanéis en hacer. En una palabra, sed cristianos: siempre y en todo. No hay dos vidas: la de las horas de culto y la otra ordinaria<sup>5</sup>. Tan sólo hay una y no podéis ser verdaderos cristianos si únicamente lo sois a la hora de la iglesia. Cristianos en casa, en la profesión, en los negocios, en los esparcimientos, en los afectos y en las ganancias, de suerte que vuestra vida no sea una mentira que Dios mire con desdén.

El pequeño Juan se encuentra hoy acabado. Caridad con su postración. E, igualmente, sea dada gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

<sup>1</sup> Mateo 5, 14-16; Marcos 4, 21-23; Lucas 8, 16-18; 11, 33-36; Juan 8, 12.

<sup>2</sup> Exactísimo, como lo demuestran la historia y la experiencia cotidiana. En cuanto a la tibieza, cfr. Apocalipsis 3, 14-22.

<sup>3</sup> Mateo 7, 6; 15, 21-28; Marcos 7, 24-30.

<sup>4</sup> Juan 15, 12-15; Lucas 12, 4.

<sup>5</sup> Mateo 6, 24; Lucas 16, 9-13.

*Dice Azarías:*

«A lo largo de tu dilatada pasión en la que ningún género de sufrimiento se te escatimó y tanto la carne como la sangre, el entendimiento, el corazón y el espíritu, en fin todo, tuvieron que sufrir atrozmente, cuántas veces tú, víctima torturada, estuviste a punto de gritar a tu Señor, único compasivo contigo: “¡Sálvame!”. El epitafio más apropiado que se podría escribir sobre tu vida y sobre tu tumba es éste: “Me cercaron dolores de muerte, dolores de infierno me rodearon y en mis angustias invoqué al Señor y El, desde su santo templo, me escuchó”. Y quedaría completo con el otro versículo del salmo que no está en la Santa Misa litúrgica de hoy, domingo de Septuagésima, sino en *tu* Misa de víctima inmolada, el cual, unido a la primera frase testimoniante de tu dolor, testificaría cómo Dios, sólo Dios te amó y te extendió la mano para sacarte de las muchas aguas. Es esta frase: “El Señor fue mi sostén. Me sacó a campo espacioso y me salvó”.

Alma mía, lee hoy el salmo 17 de David. Es para ti profético, debiendo ser las palabras del salmista preludeo de gozo. Leamos a Pablo, confortador y ejemplo de los que luchan por el amor de Dios.

Con apropiada comparación dice el Apóstol que la vida del cristiano es una vida de atleta espiritual que se desarrolla en la inmensa arena de la Tierra durante el juego más o menos prolongado de la vida humana para conquistar el premio que aguarda a los vencedores. Y siempre, con gran exactitud, hace notar que los que corren en los estadios se someten a toda clase de privaciones por un incierto premio, dado que uno tan sólo de los corredores es el que vence y esto por un premio corruptible que, por valioso que sea, no dura sino un tiempo relativo, mientras que los que luchan por conseguir el premio eterno tienen todos la certeza de obtenerlo, ya que Dios es tan bueno que premia hasta a quien no es el primer atleta, pero que, con *todas* sus fuerzas y con tenaz voluntad, hizo cuanto estuvo de su parte para obedecer a Dios. Y el premio del Señor no caduca tras un tiempo determinado sino que dura por toda una eternidad.

Estas consideraciones deben espolear a los cristianos a imitar a los atletas de los estadios en mantener su espíritu fuerte y ágil para así aumentar la fortaleza, la agilidad y la resistencia contra las insidias adversas y, de este modo, obtener la corona inmarcesible de la gloria celestial.

No todos los cristianos pueden tener una misma fortaleza en la lucha ni se da un modo único de alcanzar la victoria que es el fin. Hay quien es austero con una austeridad tan absoluta que infunde pánico a las almas pequeñas y quien, por el contrario, es tan sobrenaturalmente humano – permítaseme emplear estas palabras – ofreciéndolos un ejemplo tan suave de virtud que otro cualquier hombre, por débil que sea en el heroísmo sobrenatural, le puede imitar. Una virtud suave de niño, la cual, no obstante, por su constancia y perfección, no llega menos la voluntad a crucificar la carne, que no lo haga la gran santidad plena de actos de penitencia y de austeridad extraordinarias de los gigantes del espíritu. Y ¿ya véis? La Santa Iglesia, maternal y sapiente, llama heroico al asceta de poderosos gestos que asustan a las almas sencillas y heroico igualmente al pequeño que hace bien, a la perfección, las cosas pequeñas.

Verdaderamente en el Cielo no existe diferencia entre los que se maceraron con inauditas penitencias y los que por todo cilicio tuvieron tan sólo la adhesión amorosa, humilde y constante a cuanto se les presentó como voluntad de Dios o a través de los mandatos explícitos del Señor, de la Santa Iglesia, de los superiores y familiares o a la resignada aceptación de los acontecimientos de cada día acogidos con amor, realizados con amor y consumados con amor, ya que en todos ellos se llegó a reconocer un querer de Dios para la santificación del alma.

La lima sorda y continuada de la obediencia amorosa es martirio en nada inferior al de los flagelos; el despojo de la propia voluntad no es de menos valor sobrenatural que el de las riquezas para abrazar un estado religioso, y la renuncia a la vida ofrecida silenciosa y voluntariamente por los fines de Dios y la conversión de los pecadores, no es inferior a la renuncia de la libertad material para ingresar en un claustro.

El medio y el fin con los que se igualan los atletas en los diversos ejercicios desarrollados en el estadio de la vida terrena es el amor con el que se conquista el Amor, premio y corona eternos de los luchadores y vencedores espirituales.

“Yo, pues, corro de esta manera y no como al acaso; así combato y no como quien golpea el aire, sino que trato duramente a mi cuerpo y le fuerza a servir a fin de que, tras haber predicado a los demás, no vaya yo a terminar en réprobo”.

Todas las normas del buen luchador y del buen maestro de lucha se condensan en estas palabras: correr, mas no al buen tuntún. ¡Cuántas almas, con buenos impulsos, pero sin reflexión, corren desordenadamente, o sea, hasta el agotamiento de sus fuerzas en un esfuerzo irregular para después caer inertes dejándose superar por aquéllos que se entrenan con constancia, se preparan metódicamente y todo lo hacen con tenacidad y orden, fortaleciéndose así para la gran prueba final que superan felizmente por haberse preparado para ella mediante un ejercicio continuado!

No hay que correr, por tanto, al buen tuntún sino con sujeción a normas fijas. Ni combatir en el vacío para no fatigarse desfogándose inútilmente con ademanes que no tienen otro objeto que el de llamar la atención y ser alabados. También los locos saben debatirse contra los fantasmas de sus delirios. Mas nadie podrá decir que el loco es un atleta que merezca premio. También los mimos fingen peleas contra supuestos adversarios. Mas nadie podrá otorgarles la corona sino como mimos, esto es, como hábiles imitadores de lo verdadero. En el Cielo no entran los simuladores ni los que deliran en cuanto tales. En cambio puede entrar el mimo si, aparte de lo que representa en escena, llevó una auténtica vida de santidad; y puede entrar asimismo el loco si, con anterioridad a su locura, fue un justo, ya que la enfermedad es sufrimiento y no culpa. Y, en definitiva, en el Cielo se entra por méritos reales y no por vanas representaciones.

Hay que luchar, pues, muy de veras contra los adversarios; pero, silenciosamente, en el secreto estadio del yo, allá donde el espíritu se debate contra la carne, contra el demonio y el mundo, contra la triple concupiscencia, las seducciones, las tentaciones, las violencias, las reacciones violentas, en fin, contra todo. Es una lucha continua y tenaz, un cuerpo a cuerpo con los distintos enemigos que resurgen de continuo en vosotros y en torno vuestro. Una lucha en la que no es sólo el espíritu el que combate sino que el mismo cuerpo es el que debe combatir contra sí mismo si ha de cumplir las órdenes que recibe del espíritu. La carne, que debe castigarse a sí misma, que ha de negar a sí misma la hartura que reclama para sus hambres, la carne que debe aherrojarse a sí misma para frenar sus desvaríos de potro salvaje, de fiera indómita, de serpiente rastrea o de animal inmundado que no querría sino lanzarse a los peligros, asaltar, silbar o revolverse en el fango.

Contra las imprudencias, las ferocidades, los engaños, las lujurias de la carne, contra todo esto es preciso combatir. Y asimismo contra enemigos, aunque inmateriales, no menos violentos, como son: el yo mental, las codicias, las soberbias y las desidias. He aquí cómo el individuo humano, compuesto de materia y de pensamiento, está en la obligación de servir al espíritu que es la parte escogida del hombre.

Así debe ser el hombre que hace de maestro para los demás a fin de que, “después de haber predicado a otros, no vaya él a resultar un réprobo”, escandalizando de un modo que no lo hacen quienes se precian de no tener fe. Porque los ojos del mundo están fijos en quienes se erigen como maestros; y si el mundo observa en ellos un género de vida contrario a la perfección que enseñan, moviendo la cabeza concluyen: “Luego no tiene que ser verdad lo que enseñan; no debe haber Dios, ni premio, ni castigo, ni otra vida, ni juicio, puesto que, de otra suerte, ellos harían muy distinto de lo que hacen”. Y, he aquí que un falso maestro provoca una ruina mucho mayor que no un incrédulo sincero; y, no sólo no convierte a los pecadores sino que enfria totalmente a los tibios, entibia a los fervorosos y escandaliza a los justos que, en su fuero interno al menos, no pueden dejar de formar un juicio severo sobre estos maestros ídolos.

“Vuestros padres estuvieron todos bajo la nube, atravesaron todos el mar, todos se alimentaron con la misma comida espiritual y bebieron idéntica espiritual bebida... mas Dios no se complació en gran número de ellos”.

Otra gran lección: Para salvarse y llegar a la gloria no basta con haber recibido el Bautismo y los demás auxilios divinos sino que se requiere la buena voluntad, ya que la posesión del Reino eterno no es don gratuito sino conquista individual a través de una lucha diaria. Dios ayuda. Sin su ayuda el hombre no lo alcanzaría pues cuenta con enemigos despiadados que le interceptan el camino del Cielo, como son: el pecado y sus fomes, la carne, el mundo y el Maldito que no concede tregua. Mas, con todo, el hombre *no debe dejar de ambicionar* el Cielo. No se le dejó el libre albedrío para su ruina, ya que, de ser así, sólo por esto, Dios habría hecho al hombre un don que no era bueno y Dios no hace cosas que no sean buenas<sup>1</sup>. Pues bien, se le dejó el libre albedrío muy principalmente para *querer* la salvación, es decir, el Cielo, esto es: Dios<sup>2</sup>.

Haced, por tanto, que con la protección de la nube, con la travesía del mar profundo, con los alimentos y bebidas que se os dan: la protección de Dios, la superación de la peligrosa barrera de la Culpa Original con todas sus lesiones consiguientes para el hombre, con la Gracia y con los Sacramentos: alimentos y bebidas de inconmensurable poder, podáis todos manteneros de suerte que Dios se complazca en vosotros.

Complacencia de Dios equivale a ayuda de Dios en el tiempo de la necesidad y de la tribulación. Complacencia de Dios viene a ser recuerdo del Padre en favor de su pobre hijo paciente y fiel. Complacencia de Dios es fuerza que hace frente al predominio de los malvados sobre los fieles hijos que, aun en medio de sus involuntarias debilidades, saben no perder la confianza, la humildad y el amor, y gritan: “Clamo a Ti desde mi profundo... Si miras a las culpas, ¿quién podrá mantenerse en pie? Mas a tu lado está la misericordia y por tu ley confío en Ti” y, tras haber luchado y gemido siempre fiel y amorosamente, pueden adormecerse en paz pronunciando las palabras que se leen en la otra Santa Misa de hoy, Purificación de María Santísima: “Deja ahora ir en paz a tu siervo” porque “he combatido la buena batalla, he llegado al final de la carrera, he conservado la fe y ya no me queda sino recibir la corona de justicia” que tu misericordia, muy superior a tu rigor, tiene reservada a quienes te amaron y sirvieron con todo lo que son.

Sea esto igualmente para ti, alma mía, a la que he adoctrinado a lo largo de estas 52

Santas Misas dominicales. Queda, por tanto, completado el ciclo. Mas continúa la buena amistad sin que haya de faltarte mi palabra que te guíe y te consuele. Acudiré festivo a postrarme ante Dios para recibir de El perlas de sabiduría para ti, de las que gozaremos juntos: yo dándotelas y tú recibíéndolas, admirando así los tesoros que Dios da a quienes le sirven con todo lo que son. Y, con ello, alabaremos al Señor. Alabémosle, tributándole gracias por todo y cantando con todo el Paraíso y con los justos de la Tierra: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

16/3/47

#### Dulzuras y promesas de Jesús bendito:

Anoto hoy lo que constituye mi gozo desde hace tres días. La noche del 12 al 13, mientras sufría grandemente por la polineuritis que hasta me turbaba el corazón, se me hizo presente Jesús con su Sacratísimo Corazón descubierto en medio del pecho y rodeado todo él de vibrantes llamas más luminosas que el oro. Me dice: «Ven y bebe» y, acercándose al lecho, de modo que yo pudiese poner la cabeza sobre su pecho, me atrajo a Sí comprimiendo mi boca contra la herida de su Corazón y apretando con su mano el Corazón para que brotase la Sangre en abundancia. Y yo, con la boca comprimida contra los bordes de la herida divina, bebí. Parecíame a mí misma un lactante pegado al pecho de su mamá.

Mientras estaba a punto de succionar, recordando, pensé cómo llegué a gustar el sabor de la Sangre aquella vez en que Jesús me hizo beber de un cáliz colmado de Sangre. Aún recuerdo aquél sabor, aquél líquido un tanto espeso y glutinoso, aquél olor característico de la sangre viva. Mas, por el contrario, desde el primer sorbo que llegó a mi garganta, percibí una dulzura y una fragancia tales, cual miel alguna, azúcar o cosa dulce y aromática pueda poseer. Dulce, fragante y más dulce que la leche materna; más embriagadora que el vino y más fragante que bálsamo alguno. ¡No encuentro palabras con las que expresar lo que para mí fuese aquella Sangre!

¿Y las llamas? Al acercarme sentí un poco de miedo de aquel fuego. Percibía a distancia el vivo calor de aquellas vibrantes llamas y, cuanto Jesús más me atraía a Sí, tanto más parecíame estar junto a un horno ardiente, y yo tengo miedo del fuego hasta el punto de no soportar el más leve calor. Mas cuando puse mi cabeza contra el Corazón Divino y me vi envuelta entre sus cantarinas llamas — puesto que, al vibrar, producían unas como notas melodiosísimas en nada parecidas al barbotear y chisporrotear de la leña en los hogares o al rugir de los devastadores incendios — sentí cómo las lenguas flamíferas me acariciaban las mejillas y los cabellos, insinuándose en ellos, dulces y frescas cual áura de abril y como rayo de sol en una húmeda mañana abrialeña. Sí, así era ciertamente.

Y mientras saboreaba estas agradables sensaciones, pensaba — porque esto tienen de bueno mis éxtasis: que me permiten reflexionar, analizar y pensar en lo que estoy probando y recordarlo después. No sé si otros éxtasis serán así<sup>3</sup> — y mientras disfrutaba de este modo, envuelta en las llamas del Corazón Divino, me vino al pensamiento que así serían las llamas entre las que se paseaban cantando los tres muchachos de los que habla Daniel<sup>4</sup>: «El hizo que el centro del horno fuese como un lugar donde soplara un viento húmedo». ¡Sí, ciertamente, así! ¡El viento fragante de la mañana a la luz suave del primer rayo de sol!

Y Jesús, tras haberme tenido por un largo espacio sobre el Corazón, contra su Co-

razón para que bebiese, me apartó de allí teniéndome la cabeza entre sus manos, elevada yo hacia El y el inclinado sobre mí, de suerte que, si bien no bebía ya de su Corazón ni me envolvían sus vivas llamas, sí, en cambio, bebía su aliento y sus palabras y me envolvía el fuego de su mirada, me dijo:

«Mira: en esto se diferencian todos los fuegos, incluso el purgativo, del mío. Porque este mío es de caridad perfectísima sin que haga mal ni aún para hacer bien. Este es el fuego que a ti te proporciono, sólo éste. Esto es para ti mi amor: fuego que conforta y no quema, luz, armonía y suave caricia. Y esto es mi Sangre para ti: dulzura y fortaleza. Y esto es lo que Yo hago por ti para compensarte de los hombres: Te exprimo, hija mía, mi Sangre, como hace una madre con su recién nacido suministrándole la leche. ¡Así es como Yo te amo!».

A partir de entonces, estas palabras y estas visiones se repiten diariamente y ahora Jesús añade siempre a ellas estas palabras:

«Y de esta manera seguiremos amándonos en lo sucesivo. Esto es lo que te daré en premio de tu fiel servicio. Este es tu futuro a lo largo de tu vida en la Tierra. *Después* será la unión perfecta».

Esta mañana, hasta el P. Mariano, que vino a traerme la Santa Comunión, se dio cuenta de que me encontraba más lejos de la Tierra que no lo esté ella del Sol. ¡Estaba en Jesús para beber su Sangre y regocijarme en el fuego de su amor...!

Incluso hace unos días –y precisamente el 14 de marzo, mi 50.º cumpleaños<sup>5</sup>– mientras yo me decía a continuación de haber tenido una visión en la que Jesús, dirigiéndose a Jerusalén, iba cantando salmos como lo hacen los peregrinos de Israel: «¡Que no haya de oír estos cantos más adelante cuando se haya terminado el Evangelio...! ¡Qué nostalgia del canto perfecto de Jesús y de sus miradas al hablar a las turbas o a sus amigos...!». Entonces se me apareció El para decirme:

«¿A qué dices eso? ¿Cómo puedes ni pensar que Yo te haya de privar de todo ello por haber tú terminado el trabajo? Yo siempre vendré, y *para ti sólo*; por lo que, al ser Yo todo para ti, aún te resultará más dulce. Pequeño Juan, mi fiel portavoz, nada te quitaré de lo que has merecido: verme y sentirme. Y aún más, te llevaré más arriba, hasta las diáfanas esferas de la pura contemplación, envuelta en los velos místicos que harán de todo a *nuestros* amores. *Entonces serás únicamente María*. Ahora, en cambio, tienes que ser también Marta porque debes trabajar activamente si has de ser la portavoz. En adelante contemplarás tan sólo. ¡Qué hermoso será! ¡Sé feliz! ¡Cuánto, cuánto te amo! Y ¡cuánto me amas tú! ¡Oh, nuestros dos amores...! ¡Está ya el Cielo a punto para acogerte! ¡Mi tortolilla escondida, se acerca la bella estación! Yo vendré a ti entre el vivo perfume de los viñedos y manzanales<sup>6</sup> y *te desmemoriaré del mundo en mi amor...»*.

¡Oh, imposible expresar lo que es esto!

<sup>1</sup> Génesis 1; Eclesiástico 15, 11-21.

<sup>2</sup> Porque Dios quiere que todos se salven; 1.ª Timoteo 2, 1-8.

<sup>3</sup> María Valtorta no poseía cultura alguna en el campo de la mística y confesaba humildemente su ignorancia al respecto. Y aquí, sin saberlo, expresa una gran verdad doctrinal y nos desvela un eximio don personal. En efecto, los competentes en la materia enseñan y atestiguan que cuanto el estado místico y la oración mística son más perfectos y elevados, tanto el uso de la inteligencia, de la voluntad y de los sentidos permanece *libre*: como ocurrió ya con Jesús y María sobre la tierra y como sucede, o mejor, como sucederá, tras la resurrección corpórea, con los santos en el Cielo.

<sup>4</sup> Para entenderlo bien, léase todo el capítulo 3 de Daniel y, en especial, el Cántico de Azarías y de



los tres jóvenes, con especial referencia al versículo 50.

<sup>5</sup> En efecto, María Valtorta nació en Caserta el 14 de marzo de 1897.

<sup>6</sup> Para entender bien estas expresiones y alusiones, sería bien releer el «Cantar de los Cantares» y principalmente: 2, 10-14 (6, 11; 7, 11-14).

<sup>7</sup> A este párrafo hacíamos alusión en el Prólogo a la tercera edición de «Il Poema dell'Uomo Dio», vol. I, pág. XII, cuando escribíamos: «De varios indicios debidamente documentados parece deducirse que esta ofrenda de víctima sea la más profunda y sobrenatural explicación del estado de inercia física y de abstracción psíquica en que María Valtorta vino a encontrarse durante los últimos años de su existencia terrena. El Señor, en efecto, habíale dicho: «Te desmemoriaré del mundo en mi Amor».

---